
EDITORIAL LATINO AMERICANA S.A.

R.2065543

JOSÉ INGENIEROS

LOS TIEMPOS NUEVOS



Editora "Latino Americana", S. A.

Guatemala 10-220 México, D. F.

Advertencia del Autor

Este libro contiene las reflexiones que la guerra europea y la revolución social han sugerido a un hombre que no se cree obligado a pensar con la cabeza de los demás. Tan graves problemas contemporáneos no lo encontraron indiferente ni pesimista. El hábito de la investigación científica y el cultivo de los estudios filosóficos, lejos de estar reñidos con un cálido idealismo fundado en la experiencia, son su mejor sostén para quien logra eludir las rutinas del profesionalismo universitario.

El autor ha asistido a la gran catástrofe del pasado con el inquieto anhelo de encontrar los gérmenes del porvenir. Sin lamentar la agonía de un régimen social caduco, ha auscultado los balbuceos de un naciente mundo moral. Esta actitud suya, confiada y optimista, no ha sufrido inflexión; por eso los ensayos reunidos en este volumen poseen un estrecho nexo espiritual y una rigurosa continuidad, circunstancia harto rara en los escritores que han comentado los mismos sucesos. Contra las pasiones beligerantes, primero, y contra la coacción reaccionaria, después, el autor se ha mantenido fiel a los anhelos de renovación ideológica que han dado algún valor moral a sus libros precedentes.

Pocas semanas después de estallar la guerra, en 1914, publicó el artículo "El suicidio de los bárbaros", previendo las consecuencias. La página, en su brevedad, definió su actitud frente a los imperialismos beligerantes. Merece, por ello,

preceder a las demás, como su antecedente lógico y necesario.

Hasta fines de 1916 contempló la siniestra hecatombe provocada por el régimen capitalista, sin apartarse de su convicción inicial. Cuando el presidente Wilson dió una bandera idealista a los aliados, el autor expresó su adhesión a los nuevos principios, en mayo de 1917, con reservas explícitas sobre la poca fe que suelen merecer las palabras de la diplomacia oficial.

Al mismo tiempo se desarrollaba en Rusia el proceso revolucionario que puso término a la autocracia zarista y a la guerra con los imperios centrales. En mayo de 1918, en la conferencia "Ideales nuevos e ideales viejos", manifestó su cordial simpatía hacia el pueblo que iniciaba una era nueva en la historia de la humanidad.

Al terminar la guerra, mientras se festejaba la derrota militar del kaiserismo prusiano, creyó cumplir con un deber cívico recordando, en voz alta, cuáles eran los ideales cuya experimentación reclamaban los pueblos en nombre de la justicia, explicando el sentido de la revolución social que sucedería inevitablemente a la guerra, en su conferencia "Significación histórica del movimiento maximalista", pronunciada en noviembre de 1918.

Desde ese momento siguió, con repulsión, las negociaciones mercantiles de los aliados en Versalles, mientras el presidente Wilson renegaba de los principios con que había engañado a los espíritus independientes. El capitalismo sin patria arrojó la careta y reorganizó sus fuerzas para combatir a los pueblos que reclamaban lo prometido durante la guerra. La mentira sistemática de la prensa internacional se ensañó particularmente contra los revolucionarios rusos, para impedir que sus anhelos de renovación contagiaran a los demás oprimidos del mundo.

Ante esa conducta inmoral, no vaciló el autor en libertarse de cierta opinión pública, corrompida por la prensa,

reiterando su simpatía a los ideales simbolizados por la Revolución Rusa. Ella, a pesar de sus inevitables imperfecciones, revelaba poseer un contenido ideológico más generoso que el estratégico wilsonismo. Así lo escribió diez veces, en 1919, saludando al fin el movimiento iniciado por Anatole France y Henri Barbusse, para fundar "La Internacional del Pensamiento", en torno del grupo ¡Claridad!

A fines de 1919, roto el bloqueo a la información de Rusia, las nuevas formas de experiencia social allá iniciadas ofrecieron vastos materiales al estudio de los sociólogos y a la reflexión de los filósofos. Disponiendo ya de informaciones menos inexactas, el autor consagró, en 1920, tres ensayos al examen de las doctrinas revolucionarias y al análisis de su experimentación.

Los principios básicos de la presente Revolución Social son tres:

1º El perfeccionamiento histórico del sistema representativo federal consiste en sustituir los parlamentos políticos por organismos administrativos en que estén directamente representadas las funciones sociales, desenvolviendo el principio ensayado en el sistema sovietista de los Consejos.

2º La educación debe ser integral, capacitando a los hombres para el trabajo útil a la sociedad, dando oportunidades para el desarrollo máximo de todas las aptitudes y preparando a los ciudadanos para la vida cívica.

3º Los medios de producción y de cambio deben ser socializados para suprimir las clases parasitarias, transfiriendo el contralor de las actividades económicas a organismos cooperativos, técnicamente organizados en triple escala local, nacional e internacional.

Estos tres principios, entendidos en su más lata generalidad, aparecen como el saldo positivo con que la presente Revolución contribuirá al desenvolvimiento de la civilización humana. El autor cree que ellos están destinados a ser los sillares de la futura organización social, aumentando la

justicia y la solidaridad entre los pueblos, despertando la dignidad y el civismo entre los hombres.

El hecho histórico más sorprendente de la revolución en Rusia ha sido la persistencia del partido bolchevique en el gobierno durante tres años, sin variación sustancial de sus núcleos directivos. Excediendo las esperanzas de sus mismos simpatizantes, han logrado vencer las invasiones de mercenarios reclutados por el capitalismo extranjero y desbaratar las intrigas de los restauradores internos.

Esa victoria de la revolución demuestra la inutilidad de la violencia contra las fuerzas morales; lo que ha triunfado es la inquebrantable fe en un ideal de justicia, más poderosa que los ejércitos, el oro, la diplomacia y la traición. Pero es más grande el sentido histórico de ese triunfo si se contemplan sus resonancias mundiales, en cuanto simboliza el espíritu de renovación que ya ha formado una nueva conciencia moral en la humanidad.

El destino ulterior del esforzado gobierno bolchevique es independiente del proceso revolucionario, cuyo desenvolvimiento histórico parece irreversible; el espíritu renovador, representado por los ideales nuevos, ha vencido ya, imponiéndose a la conciencia de todos los pueblos.

Esa creencia del autor está expresada sin ambages en el ensayo "Las fuerzas morales de la revolución", escrito en noviembre de 1920, en el tercer aniversario del advenimiento bolchevista.

En esa fecha, el autor consideró bien definida la primera fase de esta nueva era histórica, cuyos resultados para la humanidad pueden resultar más importantes que los del Cristianismo, el Renacimiento y la Revolución Francesa. Movido por el deseo de interesar a la juventud en el estudio de estos altos problemas, ha autorizado la impresión conjunta de sus reflexiones optimistas, bajo el título común: **Los tiempos nuevos.**

La civilización feudal, imperante en las naciones bárbaras de Europa, ha resuelto suicidarse, arrojándose al abismo de la guerra. Este fragor de batallas parece un tañido secular de campanas funerarias. Un pasado, pletórico de violencia y de superstición, entra ya en convulsiones agónicas. Tuvo sus glorias; las admiramos. Tuvo sus héroes; quedan en la historia. Tuvo sus ideales, se cumplieron.

Esta crisis marcará el principio de otra era humana. Dos grandes orientaciones pugnaron desde el Renacimiento. Durante cuatro siglos la casta feudal, sobreviviente en la Europa política, siguió levantando ejércitos y carcomiendo naciones, perpetuando la tiranía de los violentos; la minoría pensante e innovadora, a duras penas respetada, sembró escuelas y fundó universidades, esparciendo cimientos de solidaridad humana. Por cuatro centurias ha vencido la primera. Príncipes, teólogos, cortesanos, han pesado más que filósofos, sabios y trabajadores. Las fuerzas malsanas oprimieron a las fuerzas morales.

Ahora el destino inicia la revancha del espíritu nuevo sobre la barbarie enloquecida. La vieja Europa feudal

ha decidido morir como todos los desesperados: por el suicidio.

La actual hecatombe es un puente hacia el porvenir. Conviene que el estrago sea absoluto para que el suicidio no resulte una tentativa frustrada. Es necesario que la civilización feudal muera del todo exterminada irreparablemente. ¡Que nunca vuelvan a matarse los hijos con las armas pagadas con el sudor de sus padres!

Una nueva moral entrará a regir los destinos del mundo. Sean cuales fueren las naciones vencedoras, las fuerzas malsanas quedarán aniquiladas. Hasta hoy fué la violencia el cartabón de las hegemonías políticas y económicas; sobre la carroña del imperialismo se impondrá otra moral y los valores éticos se medirán por su Justicia. En las horas de total descalabro ésta sola sobrevive, siempre inmortal...

Aniquiladas entre sí las huestes bárbaras, dos fuerzas aparecen como núcleo de la civilización futura y con ellas se forjarán las naciones del mañana: el trabajo y la cultura. Cada nación será la solidaridad colectiva de todos sus ciudadanos, movidos por intereses e ideales comunes. En el porvenir, hacer patria significará armonizar las aspiraciones de los que trabajan y de los que piensan bajo un mismo retazo de cielo.

Las patrias bárbaras las hicieron soldados y las bautizaron con sangre; las patrias morales las harán los maestros sin más arma que el abecedario. Surja una escuela en vez de cada cuartel, aumentando la capacidad de todos los hombres para la función útil que desempeñen en beneficio común. El mérito y la gloria rodearán

a los que sirvan a su pueblo en las artes de la paz; nunca a los que osen llevarlo a la guerra y a la desolación.

Hombres jóvenes, pueblos nuevos: Saludad el suicidio del mundo feudal, deseando que sea definitiva la catástrofe. Si creéis en alguna divinidad, pedidle que anonade al monstruo cuyos tentáculos han consumido durante siglos las savias mejores de la especie humana.

Frente a los escombros del pasado suicida se levantarán ideales nuevos que habiliten para luchas futuras, propicias a toda fecunda emulación creadora.

No basta poseer surcos generosos; es menester fecundarlos con amor y sólo se amará el trabajo cuando se recojan integralmente sus frutos. Pero tenemos algo más noble, que espera la semilla de todo hermoso ideal: una tradición de luz y de esperanza. Los arquetipos de nuestra historia espiritual fueron tres maestrescuelas: Sarmiento, el pensador combativo; Ameghino, el sabio revelador; Almafuerte, el poeta apostólico.

Mientras rueda al ocaso el mundo de la violencia militar y de la intriga diplomática inspirémonos en sus nombres para prepararnos al advenimiento de una nueva era; procuremos ser grandes por la dignificación del trabajo y por el desarrollo de las fuerzas morales. Y para no ser los últimos, emprendamos con fe apasionada nuestra elevación colectiva mediante el único esfuerzo que deja rastro en la historia de las razas: la renovación de nuestros ideales en consonancia con los sentimientos de justicia que mañana resplandecerán en el horizonte.

IDEALES VIEJOS E IDEALES NUEVOS

I

LA ENGAÑADORA POESÍA DEL PASADO

CUANTO más se estudia la historia, mayor es el eco sentimental que despiertan los restos de las civilizaciones pasadas. Una ruina informe, una piedra labrada, un herraje orimiento, un papel amarillo, mudos para el que ignora los sucesos y las costumbres de su época respectiva, tienen para el hombre ilustrado un poder sugerente que excede en mucho a su valor intrínseco. Fascinación llena de peligros, ciertamente, como aquel cantar de las sirenas que turba el viaje de Ulises, en la Odisea.

Sólo una clara inteligencia del progreso puede impedir que tales sentimientos se conviertan en firme obstáculo a la comprensión de la historia misma. Sin ese correctivo, creencias agonizantes suelen parecer preferibles a las nacientes, los otoños a las primaveras, los crepúsculos a las auroras. Y por una ilusión peligrosa, no rara en personas de cultura exquisita, la regresión a las supersticiones, escombros del pasado, llega a ser con-

fundida con la construcción de ideales, arquitecturas del porvenir.

Esto es lo que podemos llamar, con frase sintética, *la engañadora poesía del pasado.*

Yo mismo —lo confieso— nunca he podido visitar una ciudad medieval, sin sentirme profundamente emocionado por los evocadores fantasmas de que la pueblan sus leyendas.

En Florencia, auscultando el murmullo del Arno, me ha parecido alguna vez que Dante resucitado se deslizaría como una sombra por entre las callejas sin sol, despertando a su paso afiebradas pasiones en los protagonistas de su propio poema. En la añosa Wittenberg prusiana, que hoy descansa sus tremendas fatigas junto al Elba, el espectro glorioso de Lutero parece que fuera a clavar por segunda vez en la vieja iglesia sus proposiciones contra el tráfico de las indulgencias o a quemar la bula del pontífice en la puerta del Elster. Siempre, en Córdoba, en la esplendorosa de los árabes, he creído imaginar que entre los muros de sus mezquitas seculares palpitan todavía las viejas pasiones fanáticas que hicieron inmolar millares de vidas humanas, mientras Averroes contribuía a renovar la cultura de los teólogos cristianos, sembrando buenas semillas del pensamiento helénico.

Ese mundo feudal, que con tan intensas sugestiones ha inquietado la conciencia moderna, tenía ideales que no son ya los nuestros. Algunos, porque eran legítimos, se han realizado parcial o totalmente, en un porvenir que es, para nosotros, pasado; otros, porque eran absurdos, se han extinguido, o persisten como supersticiones que aletargan el espíritu de los ignorantes.

Aun si prescindimos del valor artístico de sus monumentos y museos, de la belleza intrínseca de sus paisajes, del rico venero de enseñanzas históricas que ellas implican, las viejas ciudades medievales tienen para el viajero culto una poesía indefinida, como si el eco de sus pasiones remotas resonara todavía en el corazón de los hombres del siglo xx.

No es ilusión. Esa resonancia existe. Existe y es legítima. La herencia ha estratificado en nuestro instinto los múltiples residuos de costumbres y creencias que fueron propias de nuestros abuelos lejanos; de tiempo en tiempo reviven, cuando las generaciones se cansan o se distraen, tal como aparecen islotes en la superficie de un río toda vez que, por circunstancias fortuitas, se produce una bajante extraordinaria.

El hombre estudioso, aunque sensible a esas solicitaciones estéticas y afectivas, sabe que ese mundo feudal fué un fenómeno fugaz en la multisecular historia humana; sabe que ese pasado fué un porvenir para las civilizaciones precedentes; sabe que la belleza, la virtud y la verdad se habían mecido ya en cunas más gloriosas; sabe que otros ideales, incesantemente renovados, habían estremecido a la humanidad en siglos más remotos. Y mientras no olvida lo que sabe, infiere de ello la necesaria transitoriedad de las ideas y sentimientos de cada época, la falacia de todo esfuerzo que intente poner en el pasado los ideales presentes, la certidumbre de que el tiempo irá borrando las supersticiones que todavía sobreviven como bazofia de ideales cuya extinción parece ya indefectible.

II

LOS IDEALES DE LA SOCIEDAD FEUDAL

El mundo feudal, cuyos escombros morales nos rodean, fué, por muchos conceptos, una decadencia. Conocéis la historia de sus orígenes. El admirable florecimiento griego de las artes y de la filosofía, después de un indeciso relampagueo en la imperial urbe latina, declinó; junto con esa cultura, se apagó en los hombres el amor de la vida bella, serena y optimista, cuyos más nobles símbolos humanos fueron Sócrates, en Atenas, y Séneca, en Roma. Ellos, en efecto, expresan mejor que todos el sentido moral del pensamiento pagano. Sócrates, acusado de burlarse de los dioses del Olimpo griego, muere admirablemente, asiendo con mano firme la copa de cicuta, y afronta la hora suprema dando las últimas lecciones a sus discípulos; Séneca, sospechado de conspirar contra la tiranía de Nerón, espera la muerte en la cárcel mamertina con la sonriente resignación de los estoicos, cuya ética no ha sido, hasta hoy, superada por ningún otro sistema de preceptos morales.

La sociedad feudal, guerrera y mística, sobrepuso a los del mundo grecolatino otros ideales, que respondían mejor a sus condiciones de vida y a sus sentimientos.

Formóse, poco a poco, un modo común de juzgar la vida humana y la convivencia social; se miró la primera como una transitoria expiación del hombre sobre la tierra, y la segunda como una subordinación a la

voluntad de quienes poseían poder sobrenatural para gobernar a sus semejantes.

Los monarcas y los teólogos, movidos por un común interés, difundieron en los pueblos, que les obedecían sumisos, ideales derivados de esa concepción del gobierno por derecho divino, excluyendo la posibilidad de examinar los dogmas que lo sustentaban; fué proscrita toda investigación científica o creación artística que significara apartarse de las creencias vulgares propias de la época. Estas últimas, fomentadas por muchos que no creían en ellas, eran un complejo armazón de falsedades, usado como instrumento de dominio por las clases privilegiadas.

Convergían esas viejas creencias a desenvolver en el hombre el sentimiento de la dependencia, disciplinándolo para obedecer a los amos del cielo y de la tierra. La fidelidad del vasallo y la fe del creyente eran miradas como las dos virtudes máximas: el ideal del hombre consistía en ser un sumiso servidor del monarca o un feligrés asiduo de la parroquia. Obedecer y esperar era el binomio de la mentalidad feudal. Sus ideales no tenían por punto de mira la vida terrenal indudable, sino la hipotética vida venidera.

Comparados con los del mundo grecolatino, *los ideales de la sociedad feudal* marcaron un evidente rebajamiento del valor de la vida humana, atenuando en los hombres el afán de perfeccionarse para servir mejor a la sociedad en que vivían, como si la inferioridad en la vida fuese un título de superioridad para después de la muerte.

Así fué el mundo moral de los tiempos coloniales en nuestra América: mucho juramento de fidelidad al rey

y mucho fanatismo en las masas híbridas, con la esperanza, no bien cimentada, de que esa sumisión tendría su premio después de la vida, en tanto que de ésta gozaban los representantes de la doble autoridad, divina y humana.

III

LA VERDAD REVOLUCIONARIA

Nada es eterno, ni del bien ni del mal, siendo obra de los hombres. La renovación es incesante. Por entre la tiniebla medieval comenzaron a filtrarse en Europa las tradiciones literarias y filosóficas del mundo pagano, despertando en los mejores ingenios el sentimiento augusto de la belleza y el curioso anhelo de la verdad. Frente a los ideales negativos de la sociedad feudal resurgieron los ideales afirmativos del mundo grecolatino. Se enunció, en voz alta, el derecho de embellecer esta vida terrenal y de investigar la verdad sin cortapisas de ninguna especie.

Conocéis la historia del Renacimiento; es el más hermoso triunfo de *la verdad revolucionadora.* Todos los países de la Europa civilizada contribuyen a él con un gran nombre o con un hecho extraordinario. Bacon, en Inglaterra, demuestra la corrupción de la escolástica y afirma la necesidad de poner la experiencia como fundamento de la verdad; Galileo, en Italia, renueva en sus cimientos la técnica de las ciencias experimentales; Gutenberg, en Alemania, crea el arte de multiplicar el pensamiento humano, construyendo la imprenta; Espa-

ña misma, no caída todavía a la posterior decadencia, engendra, en Luis Vives, uno de los más grandes pedagogos y psicólogos de su tiempo; Francia, en fin, con René Descartes, fija en líneas imborrables las normas del método y entreabre horizontes nuevos al desenvolvimiento de las matemáticas.

En todas partes, afirmando el derecho al libre examen y a la ilimitada investigación de la verdad, se iniciaba la más grandiosa Revolución de la historia humana. Porque —necesario es decirlo— no hay ni se concibe una fuerza revolucionaria comparable al deseo de investigar la verdad y de vivir conformándose a los resultados de esa investigación. Todos los falsos ideales, asentados sobre esos cimientos de barro que se llaman ignorancia, superstición, mentira, convencionalismo, ceden al primer rayo de sincera crítica inspirada lealmente en el deseo de la verdad. Y en esto se distinguen los falsos ideales de los verdaderos; los unos son contradichos por la experiencia mientras los otros viven sobre ella, la completan imaginariamente, representan su perfección.

En el lenguaje vulgar suele darse el nombre de revoluciones a los pequeños desórdenes que un grupo de insatisfechos promueve para quitar a los hartos sus prebendas políticas o sus ventajas económicas, resolviéndose, generalmente, en cambios de unos hombres por otros, en un reparto nuevo de empleos y de beneficios. Ése no es el criterio del filósofo de la historia, no puede ser el del hombre de estudio.

El renacimiento de las artes y de las ciencias en el mundo feudal fué, sí, una Revolución, acaso la más honda de los tiempos históricos, tan grande que dura

todavía, como conflicto entre lo medieval aún no extinguido y lo moderno aún no estabilizado. Y la fuerza magnífica puesta en juego por los hombres que la iniciaron fué la verdad, el deseo de la demostración que es la verdad en la ciencia, el deseo de la belleza que es la verdad en el arte, el deseo de la virtud que es la verdad en la moral, el deseo de la justicia que es la verdad en el derecho.

La verdad, por ser la más poderosa, es la más temida de las fuerzas revolucionarias. Todos los que han pretendido mantener los "intereses creados", en cualquier tiempo y lugar, han temido menos a los conspiradores políticos que a los investigadores de la verdad, porque la verdad, pensada, hablada, escrita, enseñada produce en los pueblos cambios infinitamente más profundos que los motines y las asonadas. Ella es la matriz que engendra ideales nuevos, subvirtiendo la conciencia de los que llegan a amarla; ella es la fuerza de la transmutación más irresistible que se ha conocido en la historia de la humanidad.

IV

LOS IDEALES DE LA SOCIEDAD MODERNA

La revolución iniciada por el Renacimiento llegó pronto a adquirir un sentido político y social hasta entonces desconocido. La concepción del Estado tenía por fundamento el privilegio; se decía de mala fe, para que las víctimas lo creyeran, que el poder, la autoridad ejercitada por algunos hombres sobre otros —esclavos, siervos, asalariados—, era de origen divino; se

pretendía que al tener uncidos al yugo a los demás hombres, los privilegiados lo hacían por una delegación de poderes que les hiciera la divinidad.

Este principio del gobierno por derecho divino pareció absurdo a los hombres inspirados por el renacimiento de las ciencias, las letras y las artes; poco a poco, alzando la voz, las minorías ilustradas, que son la fuerza de las revoluciones, advirtieron que la ley es de origen humano, que los hombres tienen el derecho de participar en la confección de las leyes que deben obedecer, que los pueblos sólo pueden pagar las contribuciones que ellos mismos sancionen por medio de sus representantes.

Se comprendió que era legítimo perseguir el mejoramiento del hombre en esta vida, procurando ensanchar el horizonte de sus libertades civiles y políticas; y poco a poco, las diversas clases sociales que constituían el Estado fueron afirmando su deseo de participar en el gobierno, limitando, en nombre de los derechos humanos, las funciones omnímodas que los monarcas creían desempeñar por derecho divino. Así nació el movimiento constitucionalista, progresivamente difundido en las naciones más cultas de Europa.

Dos franceses ilustres, Montesquieu y Voltaire, aprendieron en Inglaterra los nacientes derechos; otro, Condillac, dió novedosa expresión a la filosofía experimental inglesa, continuando las huellas de Bacon y de Locke; al mismo tiempo, Rousseau, sembrando nuevas ideas de educación y de política, contribuía a completar el movimiento ideológico de los enciclopedistas, augural de ideales apenas bosquejados hasta entonces.

Poco tardaron en tener un comienzo de realización

las aspiraciones engendradas por el libre examen. La parte más selecta de dos grandes naciones —sus minorías revolucionarias— consumó los actos memorables de un mismo drama secular, las Revoluciones Norteamericana y Francesa, cerrando su ciclo con la histórica Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Al calor de esos *ideales de la sociedad moderna* se incubó la emancipación sudamericana, como una abjuración de las viejas creencias de la sociedad colonial. No era una sustitución de gobernantes lo que en todas partes, desde Méjico hasta el Plata, se reclamaba; era un cambio de instituciones, una renovación profunda del pasado que diera libre paso al porvenir. Y fué al calor de esos ideales como un nuevo mundo se abrió a la libertad política y civil.

En los momentos de más honda convulsión revolucionaria se cometieron errores, en todas partes. Guardemos, frente a su recuerdo, una actitud de tolerancia y simpatía; es imposible exigir a los pueblos que se ensayan en el uso de la libertad una madurez de juicio y una serenidad de procedimientos que sólo sobreviene después de una larga experiencia.

Aquellos ideales vagamente expresados por la simbólica fórmula —Libertad, Igualdad, Fraternidad—, podían tener, y tuvieron ciertamente, su parte ilusoria. Pero de ellos nació la progresiva realización de las dos grandes conquistas del siglo pasado: la soberanía popular en el orden político y la libertad de conciencia en el orden moral.

Así el mundo moderno engendró un nuevo sistema de creencias frente a las del mundo feudal. El pueblo

comenzó a reemplazar las supersticiones medievales por principios fundados en la vida social misma; la soberanía popular entró a sustituir el derecho divino de la reyecía medieval; y, en fin, el siervo obediente del antiguo señor se convirtió en señor él mismo, dueño de hacer las leyes que debía obedecer, parte de la sociedad por cuya grandeza trabajaba, ciudadano, en una palabra, igual ante la ley a todos los otros ciudadanos, sin más rango que el mérito, ni más diferencias que las implicadas en las aptitudes naturales, ni más privilegio que la mayor estimación de sus semejantes conforme a la utilidad social de sus acciones.

Ésa ha sido en principio, si no en la práctica, la antítesis sustancial entre los ideales viejos y los ideales nuevos, durante el siglo XIX. Eran dos concepciones morales opuestas, dos distintas filosofías políticas, dos maneras inconciliables de concebir la finalidad de toda acción colectiva, presente y futura.

V

CONFLICTO DE IDEALES EN EL SIGLO XIX

No nos engañemos. Los ideales nuevos sólo tuvieron un comienzo de realización; frente a ellos se organizaron muy pronto los intereses creados por la sociedad feudal, dispuestos a defender los viejos dogmas contra el libre examen, y la autoridad de origen divino contra el derecho fundado en la soberanía popular. Tal fué el sentido ético del *conflicto de ideales en el siglo XIX*.

En Europa se unieron los grandes imperios reaccionarios, Austria, Prusia y Rusia, bajo los auspicios del Papa, para formar la Santa Alianza, con el programa de restaurar todas las instituciones derribadas por la Revolución Francesa, y para ayudar al rey de España en la reconquista de las nuevas repúblicas sudamericanas que proclamaban los mismos principios que esa Revolución. Más tarde, en nuestra América, las clases privilegiadas de la sociedad colonial se dieron la mano para acabar con los gobiernos progresistas y liberales nacidos del movimiento emancipador; no es necesario que evoquemos las páginas siniestras de la Restauración, para comprender lo que significó entre nosotros el triunfo de los ideales viejos sobre los ideales nuevos.

Las dictaduras no fueron obra de la perversidad de los tiranos, sino obra de todas las fuerzas conservadoras que detestaban la Revolución; marcaron el triunfo pasajero de la rutina sobre el pensamiento renovador. Pero cayeron, porque ningún interés humano puede impedir que el porvenir surja del pasado, porque no hay creencias ni instituciones inmutables, porque es una superstición suponer que el mérito de los nietos está en no apartarse de las tonterías de sus abuelos.

Si un ideal es una aspiración legítima hacia un modo de ser más perfecto, es absurdo llamar ideales a las creencias que expresan modos de pensar y de vivir retardados ya frente al devenir incesante de la humanidad. Los ideales son la antítesis de las supersticiones. Los ideales no son herencias del pasado, sino anticipaciones del porvenir; no son fuerzas conservadoras de

lo que ya fué, sino gérmenes fecundos de lo que será. Superstición es la obediencia a los mandamientos de un amo; ideal es la confianza en sí mismo bajo el contralor de la propia dignidad. Superstición es el privilegio de castas y la supremacía de la riqueza; ideal es la justicia para todos los hombres, sin más excelencias que las propias de la virtud y del ingenio.

Prescindiendo de su causalidad económica, básica en todo tiempo y momento, la historia de los países civilizados en el siglo XIX, desde la Revolución Francesa hasta nuestros días, se presenta como una lucha fatigosa entre las creencias de un mundo que nace, entre viejos ideales, que son ya supersticiones, y nuevos ideales, que esperan convertirse en realidades humanas.

VI

ASPECTOS DEL CONFLICTO

Este conflicto entre supersticiones que luchan por perpetuarse e ideales que pujan por florecer se observa en esferas diversas de la actividad contemporánea, revistiendo caracteres propios en el individuo, en la sociedad y en la humanidad, caracteres incesantemente renovados, de los que surge una perpetua brega por embellecer y dignificar la vida humana, dentro de las posibilidades creadas por el acrecentamiento de la experiencia. Señalaremos, aunque sea someramente, *los tres aspectos del conflicto.*

Los *ideales individuales* que antaño ponían fuera de este mundo todo anhelo de mejoramiento y de posible

felicidad, se han humanizado progresivamente, transfiriéndose de la esfera supersticiosa a la esfera social. Junto con los derechos del hombre han crecido los deberes del hombre; y no como deberes abstractos e hipotéticos, dirigidos a hacer méritos para después de la vida, sino como deberes activos y cotidianos, deberes de mejoramiento intelectual, moral y material, deberes que inducen a saber más para equivocarse menos, a ser más virtuosos para merecer la cooperación de nuestros semejantes, a bastarse por el propio esfuerzo para adquirir esa independencia personal que permite vivir fuera de todo parasitismo. Con esos ideales de confianza ética y de responsabilidad personal, tan elocuentemente predicados por Emerson, se ha constituído en el siglo XIX la nación más poderosa de la otra América. También los bosquejó muchas veces un virtuoso pensador de la nuestra, que merece, sin reservas, el nombre de moralista: Agustín Álvarez. Su crítica de las costumbres hispanoamericanas, de la absurda herencia colonial que recibimos, de la política, de la sociedad, muestra en su triste desnudez el carácter nocivo de los ideales viejos; frente a ellos, en sus notas sobre la educación cívica y sobre la creación del mundo moral, expone el valor de los nuevos ideales que harán del hombre un ciudadano virtuoso, firme, digno, capaz de imprimir a la sociedad un sello de grandeza moral que pueda enorgullecer a cuantos la componen.

Los *ideales sociales* han presentado el mismo conflicto entre las diversas clases. La sociedad feudal vivía en condiciones distintas de las presentes y la división del trabajo permitía que sobre la inmensa multitud de

los siervos que trabajaban pudiera holgarse una minoría de privilegiados, al amparo de ideales incompatibles ya con nuestros sentimientos y creencias. Desde hace un siglo el mundo civilizado vive en convulsión por ese conflicto entre el privilegio de castas y la justicia social, cuyos primeros ecos se adivinan en las anticipaciones proféticas de Bernardino Rivadavia, pues sus leyes agrarias habrían resuelto en su origen muchos problemas que perturban la vida económica contemporánea; y al calor de análogos ideales predicó su credo social Esteban Echeverría, cuyos anhelos compartieron los hombres más ilustres de aquella generación que realizó la unidad nacional y dictó las bases de nuestro federalismo político. El conflicto ha arreciado después en la vieja Europa; y todos, gobernantes y gobernados, los unos por temor y los otros por anhelo firme de justicia, se han mostrado favorables a ceder, cada día, una parte de los antiguos privilegios de clase en homenaje a una creciente solidaridad.

Los *ideales humanos,* más amplios en su concepción que los individuales y sociales, han mostrado también el conflicto entre dos concepciones diversas del Estado político y de las relaciones entre los diversos Estados. La voluntad de la nación ha sustituído progresivamente a la gracia sobrenatural como justificativo del principio de autoridad; el absolutismo va camino de extinguirse. El derecho de los pueblos a conservar su nacionalidad independiente, de acuerdo con las características impresas a las razas por la naturaleza en que viven, ha sido afirmado con creciente firmeza en el siglo XIX; un docto estadista de nuestra América, Juan Bautista Alberdi, escribió, ha medio siglo, su fa-

moso alegato jurídico *El Crimen de la Guerra,* denunciando la ilegitimidad y la irracionalidad de resolver por medio de la violencia los conflictos que alteren las relaciones de derecho entre las nacionalidades contemporáneas.

En todo terreno, en las aspiraciones del individuo, de la sociedad, de la humanidad, han luchado dos concepciones antagónicas, ideales viejos e ideales nuevos. El conflicto ha mostrado grandes alternativas, períodos de avance y de retroceso muy desiguales, que han llenado de temor o de esperanza a los que vegetaban genuflexos ante el pasado y a los que marchaban soñando el porvenir.

VII

LA GUERRA EUROPEA

La pavorosa guerra actual, destruyendo las energías vivas de la parte más civilizada de la humanidad, señala un momento crítico de la lucha entre un mundo moral que nace y un mundo moral que llega a su ocaso.

He llegado a hablar de *la guerra europea,* acaso contra vuestro deseo. Hay dos guerras, sin embargo; dos guerras simultáneas, pero esencialmente distintas. Una es la guerra política y militar, por cuyo resultado me intereso muy poco, pues creo que no triunfarán los gobiernos vencedores en los campos de batalla, sino los pueblos que al fin castigarán a todos los gobiernos, pues todos son culpables de la espantosa tragedia.

Como hablo mientras los ejércitos alemanes parecen victoriosos —en mayo de 1918—, considero un deber de lealtad repetir que mis simpatías en la gran contienda no pueden estar por el káiser, que a toda hora habla en nombre del derecho divino e invoca para sus ejércitos la protección de Dios, como en la Edad Media; mis simpatías acompañan al presidente Wilson, que ha intervenido en la guerra en nombre del derecho y de la justicia, no para extender en el mundo el dominio de su pueblo, sino para sembrar en todos los pueblos los ideales que han cimentado la grandeza del propio. Mis simpatías no pueden estar por el gobierno de Austria, símbolo consagrado de obscurantismo y de espíritu feudal; no pueden estar por el gobierno de Turquía, que por siglos y siglos ha sido la mancha negra de la civilización europea. Ni pueden estar, en fin, por el monarca ficticio que desde el Vaticano teje insidiosamente su telaraña sutil al servicio de los emperadores por derecho divino, sin haber encontrado todavía la palabra de excomunión definitiva contra todos los que esparcen en el mundo la consternación y el exterminio.

Mis simpatías están con Francia, con Bélgica, con Italia, con Estados Unidos, porque esas naciones están más cerca de los ideales nuevos y más reñidas con los ideales viejos. Mis simpatías, en fin, están con la revolución rusa, ayer con la de Kerensky, hoy con la de Lenin y de Trotsky; con ella, a pesar de sus errores; con ella aunque sus consecuencias hayan parecido por un momento favorables al imperialismo teutón; y creo que la palabra más noble y más leal pronunciada desde el principio de la presente guerra es la palabra de soli-

daridad con que el presidente Wilson saludó el triunfo de los revolucionarios rusos, viendo en sus actos una expresión inequívoca de los ideales que han sido la bandera de la humanidad en el siglo XIX y que esperan más grandes integraciones en el que vivimos.

No es éste, bien lo sé, el punto de vista en que se colocan los que juzgan la guerra en su simple aspecto político y militar. Para ellos no se trata de vencer el pasado y favorecer el porvenir en beneficio de todos los pueblos que están en lucha, sin excepción. Desearían aplastar a Alemania o a Inglaterra e imponerle una paz humillante, sin pensar que su principal beneficiario sería uno de los dos imperialismos que están más lejos de los ideales nuevos. Conozco a ambos países; he leído a Bacon y a Kant; me son familiares Shakespeare y Goethe; he cultivado la amistad de sabios ingleses y de sabios alemanes. No tengo motivo alguno para creer que los dos grandes pueblos anglosajones difieran fundamentalmente por su virtud o por su inteligencia. El estudio de la historia obliga a creer que ambos tienen las mismas aspiraciones con relación al resto de la humanidad: imponer su hegemonía sobre el mundo entero, sean cuales fueren los medios convenientes para afirmar su imperio y su dominación. Si el uno aniquilase al otro —lo que, felizmente, conceptúo imposible—, sus aliados, al llegar la hora del reparto, no dejarían de recordar la clásica fábula de Fedro: tomo la primera parte porque me llamo León; la segunda, porque soy fuerte; y así sucesivamente.

Los resultados de esta guerra, creo necesario repetirlo, son los que menos me preocupan.

Esta guerra me interesa y me apasiona: guerra de

ideales nuevos contra ideales viejos, guerra de la humanidad joven contra la humanidad senil, guerra de los pueblos sacrificados contra los gobiernos sacrificadores. Y esta guerra creo verla palpitante, febril, dentro de todos los pueblos que inmolan millones de sus hijos en los campos de batalla, sacrificándolos a las aberraciones de sus gobernantes.

Esa convicción, aunque no atenúe el horror ante la espantosa matanza, puede hacernos mirar con interés el desenvolvimiento de *nuevas fuerzas morales* que florecerán con lozanía después de la guerra, más temprano o más tarde, cuando se disipen el terror místico que aflige actualmente a los hombres de ánimo menguado y la exaltación belicosa que padecen los temperamentos menos reflexivos.

VIII

NUEVAS FUERZAS MORALES

La otra guerra, la de principios, la de ideales, me parece independiente del resultado a que se llegue en los campos de batalla. Creo que en todas las naciones, en las vencidas antes, pero después también en las vencedoras, asistiremos al advenimiento de nuevos ideales civiles, ya porque los gobiernos concedan a los pueblos todas las libertades y franquicias que éstos han pagado con su sangre, ya porque los pueblos se decidan a barrer los últimos rastros del imperialismo político y del privilegio económico. A medida que termine la

guerra feudal de los pueblos comenzará la guerra redentora de los pueblos.

La humareda del campo de batalla no puede cegar a los que juzgan los sucesos desde un punto de vista elevado y forzosamente inactual. El heroísmo homicida y destructivo que se acostumbra admirar como una virtud, en cada uno de los combatientes, colectivamente juzgado es una vergüenza para la humanidad. ¿Hasta cuándo el instinto atávico de matar hombres será objeto del estímulo religioso, hasta cuándo será loado por los poetas? Madres hay que escuchan; yo les pregunto: ¿podríais llamar héroes a los que pusieran mayor ensañamiento en matar a vuestros hijos? Esa misma superstición del heroísmo individual, propia de otros tiempos, ha perdido gran parte de su valor en esta guerra, donde el éxito sólo puede corresponder a la inteligencia directriz, a la mejor organización, a la capacidad colectiva de ataque o de resistencia. Es posible que después del desastre varíe en todos los pueblos la concepción del mérito y del heroísmo, admirándose más las actividades creadoras y constructivas, las que mejoran o embellecen la vida.

Creo que, para muchos, es ya objeto de mayor admiración el heroísmo civil que el militar. La mujer engañada que lleva en sus entrañas un hijo, lo alimenta con su savia, lo cría con sus esfuerzos, trabaja para educarlo, se sacrifica para redimirse en él de lo que suele llamarse una culpa, es una heroína cien veces más heroica que el coronel que percibe copiosos salarios durante veinte años de paz hasta que en un día de guerra se arroja al fragor del combate para matar o morir. Y más heroico que él es un simple médico de aldea

que sabe llevar su consejo y su consuelo a los hogares afligidos, exponiéndose a cada instante, en tiempos de epidemia, a dar su vida por salvar la del prójimo. Y no lo es menos el obrero que durante años y años acepta la esclavitud del taller para ganar el pan de sus hijos, obscuro héroe que no ennoblece su condición cuando lo arrancan de la fábrica y lo envían a esconderse en una trinchera hasta que lo ahoguen con gases asfixiantes. Todo el que tiene un ideal o una misión en la vida, grande o pequeña, es un héroe, si sabe cumplirla con buena voluntad, todos los minutos, todos los días, todos los años.

Es posible que el valor del heroísmo individual se transmute después de esta guerra; es posible que se admire a todo el que siembra un grano, hace un invento, elabora una idea, y no a los que en una hora de ebriedad o de ceguera se sienten capaces de matar un número mayor de sus semejantes.

IX

RENOVACIÓN DE IDEALES Y DE VALORES

Son muy grandes, evidentemente, los intereses creados por el antiguo régimen, cuyos tentáculos se filtran en la conciencia popular a través del doble sentimiento nacionalista y religioso. Pero es más grande la necesidad de los tiempos; basta contemplar las reformas jurídicas y sociales que se han iniciado en todos los países durante la guerra, para comprender que las más grandes aspiraciones del siglo XIX han tenido ya un ge-

neroso comienzo de realización. El valor de cada ciudadano dentro de su nación se ha centuplicado al exponer durante años su vida en las trincheras; el valor de cada mujer ha crecido desde que las circunstancias le permitieron reemplazar, sin desventaja, al hombre en la mayoría de las actividades sociales. En cambio, las diferencias de casta y los privilegios de la fortuna han perdido su precedente significación, borradas ya sus prerrogativas por las nuevas leyes dictadas bajo la presión de la necesidad.

Es visible que, en todos los pueblos, se ha iniciado ya una *renovación de ideales y de valores,* cuyas consecuencias serán más hondas que el triunfo de uno u otro de los bandos en guerra.

¿Cómo desconocer que esos factores determinarán en todas las naciones, vencidas y vencedoras, un saldo favorable para los nuevos ideales de justicia y de solidaridad social? ¿Cómo ignorar que las condiciones de vida consecutivas a la guerra harán variar de tal manera la experiencia social que surjan nuevas aspiraciones e ideales, no sólo opuestos a los del medioevo, sino más radicales que los expresados en el siglo XIX? ¿Podría concebirse que después de la guerra vuelvan las instituciones, las costumbres, las ideas, al mismo estado en que se encontraban la víspera?

Quien pueda concebirlo, olvida la historia. Quien se atreva a creerlo, carece de la noción de la historia en grande, narrada por siglos, prescindiendo de los menudos accidentes que ocurren cada año y en cada lugar. La gran revolución iniciada hace quinientos años por el Renacimiento ha tenido ya sus dos primeras crisis, en las revoluciones consecutivas al 1789 y al

1848. La guerra actual marcará la tercera crisis de ese gran proceso que tiende a sobreponer la justicia al privilegio, la cultura a la ignorancia, la dignidad a la servidumbre.

X

LAS NUEVAS ASPIRACIONES

Creo posible que nuestros hijos miren como cosas corrientes muchos de los ideales que nuestros padres consideraban utopías irrealizables: el nuevo régimen tributario, la desaparición de los privilegios de clase, los derechos de los trabajadores, la capacidad política y civil de la mujer, la asistencia social por el Estado, los tribunales de arbitraje en materia internacional, la eugenesia, la supresión de las burocracias parasitarias, la igualdad de las iglesias ante el Estado, la educación integral, etc., etc.

Todo esto, y mucho más, vendrá; está en camino; ha venido ya en gran parte, por obra de la guerra misma.

Ciegos, los que no lo ven. Paralíticos, los que no se preparan a adaptarse a ese nuevo régimen social, que irá surgiendo naturalmente de los sucesos. Y para no ser ciegos ni paralíticos en un mundo que será movido por nuevos ideales, no conocemos, hasta ahora, sino una profilaxia segura: la educación, el ideal de Sarmiento, tal como él lo concibió y lo practicó durante toda su vida, por vocación y por principio, una *educación para el porvenir,* libre de las mentiras del pasado. No se equivocaba al mirar la cultura como el instrumento

más grande de dignificación en el individuo, de solidaridad en la nación, de simpatía en la humanidad.

Sarmiento... Sarmiento... Sea él nuestro abanderado en la marcha hacia los nuevos ideales que surgirán de esta gran hora humana. Sarmiento, que inició su vida pública enseñando a leer a los mocetones analfabetos de Cuyo; Sarmiento, que, emigrado en Chile, fundó la primera escuela normal de maestros en la América del Sur; Sarmiento, que en su viaje por Europa miró con ojo de águila todos los progresos pedagógicos que podían trasladarse a su patria; Sarmiento, que en Estados Unidos tuvo por más alta, entre sus amistades ilustres, la del educador Horacio Mann; Sarmiento, que, presidente de la república, bregó por abrir en cada encrucijada de nuestras pampas una escuela y una biblioteca; Sarmiento, en fin, que a los ochenta años de edad, cuando el espíritu reaccionario conspiraba contra la nueva educación liberal, no vaciló en asumir las más altas responsabilidades, aceptando el cargo de dirigir la instrucción primaria, mirando ese puesto como un ascenso, después de haber sido presidente de la Nación. Y tenía razón Sarmiento; era un ascenso. Merecen más confianza los maestros de escuela que los hombres políticos...

Pertenecemos a una nueva raza que ha sabido llenar de mieses opimas y de haciendas magníficas las llanuras desiertas de esta parte del mundo, consiguiendo los laureles que nacen del Trabajo, primera virtud de los pueblos nuevos; pero no olvidemos la segunda virtud, la Cultura, que da a los pueblos otras glorias más nobles, permite saber para prever, ayuda a dis-

tinguir los ideales vivos de las supersticiones muertas, enseña a no confundir con auroras los crepúsculos.

XI

PARA NUESTROS HIJOS

Frente al viejo mundo moral, que ha engendrado los horrores bárbaros de la guerra, es necesario cultivar una fe optimista en la fuerza de los ideales nuevos; son ellos los únicos que pueden reconstruir una sociedad más justa sobre los escombros del abominable pasado cuyos resultados contemplamos.

Sería absurdo escuchar a los oblicuos consejeros que están aprovechando el horror colectivo para predicar un renacimiento místico de viejas supersticiones, como si las llagas del pasado inmediato pudieran curarse con los rancios ungüentos del pasado remoto.

La humanidad necesita fe; pero una fe puesta en el futuro, que no le sirva de consuelo sino de esperanza, que la impulse a luchar activamente contra las causas del mal, que sea fuerza renovadora y no regresiva pasividad.

No temamos que la formación de nuevas creencias deje desamparados ciertos sentimientos satisfechos por las viejas. La vida moral se acrecienta y se embellece cuando aumenta la fe optimista en la justicia futura. El mismo deseo de no morir, la ansiedad del más allá, encuentra fuentes de renovación en sentimientos legítimos que todos, los que sois padres o madres, los que

tenéis hijos, comprenderéis mejor de lo que yo podría explicarlos.

El deseo de mejorarnos incesantemente, de aumentar la suma de bondad en el mundo, de sacrificarnos por el triunfo de ideales que creemos legítimos, de anteponer los intereses del porvenir a los del pasado, ese deseo, ese anhelo, esa esperanza, necesitan un estímulo o una recompensa moral que satisfaga la eterna pregunta: ¿para qué?...

No lo dudéis: tenemos un más allá, anhelamos una inmortalidad. Para ellos vivimos y trabajamos, para un más allá que no es quimérico, para una inmortalidad que no es ilusoria. Ellos existen, vivos, rosados, sonrientes, crecen a nuestro lado, nos continuarán en el tiempo y en el espacio después de nuestra muerte individual: lo creemos firmemente, todos los que somos padres y trabajamos para ellos, todas las que sois madres y habéis mecido sus cunas.

Miremos con simpatía los ideales nuevos que aspiran a un porvenir mejor, para que en él vivan las generaciones venideras, *nuestros hijos*, que son nuestro indudable más allá, la expresión más segura de nuestra inmortalidad.

SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA DEL MOVIMIENTO MAXIMALISTA

I

LO QUE NADIE IGNORABA

Desde hace medio siglo oíanse en el mundo grandes voces augurales de una palingenesia social que aspiraba a elevar entre los hombres el nivel de la Justicia. Los principios sembrados por la Revolución Francesa germinaban con lozanía y sus resonancias eran cada vez más gratas a los espíritus libres; en cien formas distintas, en los talleres y en las cátedras, en los parlamentos y en las barricadas, signos inequívocos anunciaban la formación de una nueva conciencia moral en la humanidad.

El horizonte reverberaba luces rojizas, parpadeantes de tiempo en tiempo. Parecían preliminares de aurora a los idealistas que acariciaban un ensueño y a los oprimidos en quienes hervía una esperanza; pero, frente a ellos, igualmente numerosa, estrechaba sus filas la legión del miedo. Los viejos rutinarios y los jóvenes domesticados confiaban en que un riguroso militarismo sería dique eficaz a la ascendente marea de la demo-

cracia y esperaban que una fervorosa regresión al misticismo envenenaría en sus fuentes la ideología emancipadora.

Los servidores de los intereses creados creían ver en el militarismo un baluarte contra los derechos nuevos y en la superstición el antídoto de los nacientes ideales. Y cada vez que el murmullo de la democracia se tornaba clamor, para defender una libertad o exigir una justicia, sus enemigos acentuaban su adhesión a la espada y a la cruz, como si ellas fueran los talismanes con que el Derecho Divino podría conjurar el advenimiento de la Soberanía Popular.

Los gobiernos más fuertes conspiraban contra la paz, minados por sus respectivas castas militares. En vano, durante cuatro décadas, los hombres de estudio daban el alerta a los gobernantes, asegurando que el gran resultado histórico de una guerra europea sería una crisis del proceso revolucionario cuyos síntomas eran visibles, pues había comenzado ya una transformación de las instituciones políticas, de las relaciones económicas, de los ideales éticos, cuyo sentido era imposible ignorar. No podían precisarse su programa y sus métodos para cuando llegase la época crítica; pero se consideraba evidente que, en su conjunto, haría efectivas las más radicales aspiraciones de "las izquierdas", variamente formuladas en cada país.

Nadie dudaba de ello tres días antes de comenzar el drama histórico cuyo primer acto ha terminado con el fusilamiento del zar y con la abdicación del káiser, los hombres más representativos del absolutismo feudal. Pero esa convicción —no lo ocultemos— fué olvidada tres días después de encenderse la guerra. La

humareda de los combates cegó a casi todos, a los sabios lo mismo que a los ignorantes; los instintos del hombre primitivo apagaron toda luz de la razón. Pocos recordaron lo que hasta la víspera había sido su espantajo o su esperanza: la Revolución Social inevitable, espantajo para los que tenían privilegios que perder, esperanza para los que tenían derechos que reivindicar.

II

LA TESIS OLVIDADA

Pocos, muy pocos en el mundo, pudieron sustraerse a la ebriedad general y osaron repetir su creencia, no turbada por las circunstancias. Algunas semanas después de comenzar la tragedia, mientras los ejércitos teutónicos arrasaban el suelo de Bélgica y corrían sobre París, publicamos en la más difundida de nuestras revistas * un artículo: *El suicidio de los bárbaros,* que otras ciento reprodujeron; cuatro años después necesitamos repetir sus textuales palabras, pues son la premisa necesaria para juzgar serenamente la significación histórica del movimiento maximalista:

"La civilización feudal, imperante en las naciones bárbaras de Europa, se prepara a suicidarse. Este fragor de batallas parece un tañido secular de campanas funerarias. Un pasado, pletórico de violencia y de superstición, entra ya en convulsiones agónicas. Tuvo sus glorias; las admiramos. Tuvo sus héroes; quedan en la historia. Tuvo sus ideas; se cumplieron.

* *"Caras y Caretas", septiembre de 1914.*

"Esta crisis marca el principio de otra era humana. Dos grandes orientaciones pugnaron desde el Renacimiento. Durante cuatro siglos el alma feudal, sobreviviente en la Europa política, siguió levantando ejércitos y carcomiendo naciones, perpetuando la tiranía de los violentos...

"Ahora el destino inicia la revancha venidera de la Justicia sobre el Privilegio. La vieja Europa feudal ha decidido morir como todos los desesperados, por el suicidio.

. . . . . .

"La actual hecatombe del pasado es un puente hacia el porvenir. Conviene que el estrago sea absoluto para que el suicidio no resulte una tentativa frustrada. Es necesario que la civilización feudal muera del todo, exterminada irreparablemente. ¡Que nunca vuelvan a matarse los hijos con las armas pagadas con el sudor de sus padres!

"Una nueva moral entrará a regir los destinos del mundo. Sean cuales fueren las naciones vencedoras, la barbarie militarista quedará aniquilada. Hasta hoy fué la violencia el cartabón de las hegemonías políticas; sobre la carroña del feudalismo suicida se impondrá otra moral y los valores éticos se medirán por su justicia. En las horas de total descalabro ésta sola sobrevive, siempre inmortal...

"Aniquiladas las huestes bárbaras en esta conflagración abismática, dos fuerzas aparecen como núcleos de la civilización futura y con ellas se forjarán las naciones de mañana: el Trabajo y la Cultura. Cada nación será la solidaridad colectiva de todos los que piensan y tra-

bajan bajo un mismo cielo, movidos por intereses e ideales comunes.

. . . . . .

"¡Hombres jóvenes y raza nueva!: Saludad el suicidio del mundo feudal, con votos fervientes para que sea definitiva la catástrofe...

"Frente a los escombros del pasado suicida levantaremos ideales nuevos que nos habiliten para luchas futuras, propicias a toda fecunda emulación creadora..."

No recordamos estas palabras porque ellas sean proféticas ni originales. Reflejan la creencia más difundida durante medio siglo, la que ningún hombre de pensamiento debió olvidar ni callar: la guerra marcaba el crepúsculo de un régimen y después de ella amanecería para la humanidad un nuevo orden social...

Siguieron las batallas un mes y otro mes, un año y otro año. Las gentes más pacifistas perdían la cabeza, tomaban partido por uno u otro contendiente, mirando la victoria militar como la finalidad histórica de la guerra. Momento hubo en que el corazón estuvo a punto de imponernos sus razones: cuando nos indignó la inmolación de Bélgica, cuando nos conmovió la firmeza de Francia.

La cuestión era otra, sin embargo, hasta ese momento. Los ases de la guerra eran las dos naciones imperialistas: Alemania e Inglaterra, apoyadas por los cómplices más vergonzosos, el Austria de los Habsburgos y la Rusia de los Romanoff. Si Francia no hubiera estado en lucha, ninguna conciencia democrática habría vacilado un minuto en desear el inmediato exter-

minio de los cuatro combatientes, sin distinción. Se equivalían uno a otro: Alemania a Inglaterra, Austria a Rusia.

III

LA SIGNIFICACIÓN MORAL DE LA GUERRA

La opinión pública del mundo entero comenzó a ser corrompida por las potencias imperialistas; no hubo gran ciudad que no sintiera la epidemia del espionaje y la infección de los gacetines mercenarios, a tiempo que Alemania parecía triunfar en tierra e Inglaterra comenzaba a dominar los mares.

La guerra, hasta ese momento, carecía de ideales. Era guerra en su sencillez materialista, guerra entre imperios, guerra entre castas, guerra para vencer y para dominar...

De pronto, a principios de 1917, algunos sucesos fundamentales dieron una bandera ideológica a las naciones aliadas y la guerra pareció adquirir un sentido moral. La revolución rusa libró a Francia de la deshonrosa complicidad de una siniestra autocracia; el presidente Wilson tomó partido en la contienda formulando un loable programa de principios democráticos; todas las naciones aliadas dieron participación en el gobierno a representantes de las más radicales izquierdas democráticas.

Fué un momento decisivo. Incidencias harto notorias plantearon para los sudamericanos el problema de adherir a la causa aliada o de mantener la neutralidad.

Un escritor justamente admirado * —cuyo nombre no deseo complicar en esta conferencia— publicó su artículo decisivo: *Neutralidad imposible.* Sus razones nos parecieron excelentes y no vacilamos en adherir a su actitud, en palabras que no se apartaban de nuestra primitiva convicción.

"Enemigos como él del despotismo y del dogmatismo, en todas sus formas, amamos como él la Justicia y la Democracia: las vemos en el nuevo derecho político y social afirmado por las Revoluciones Norteamericana y Francesa, las vemos en los gobiernos que en las últimas décadas han regido los destinos de la Francia, las vemos representadas en los ministerios de Bélgica e Italia, las vemos iniciando la revolución social en Rusia, y las vemos consagradas en la declaración del presidente de los Estados Unidos.

. . . . . .

"Al reiterar, sin reservas, nuestra adhesión a los ideales de filosofía política y social que en esta hora reivindican los aliados de Francia, reafirmamos nuestra habitual reprobación a todas las violencias que tienen por condición el absolutismo de los gobiernos, y por instrumentos la insania militarista y el misticismo supersticioso. No creeríamos totalmente estériles los pavorosos horrores de esta guerra —ya que no hay parto sin sangre y sin dolor— si después de ella los pueblos civilizados se vieran libres de todas las instituciones feudales que radican en el *Derecho Divino,* reiteradamente invocado por los monarcas de los imperios centrales y se encaminasen hacia una práctica leal de instituciones

* *Leopoldo Lugones.*

cimentadas en la *Soberanía Popular,* conforme al pensamiento más difundido entre las naciones aliadas *."

Principios bien definidos determinaron nuestra simpatía por los aliados; basta reflexionar sobre ellos para comprender que no podíamos mezclarnos en actos públicos realizados por personas que demostrabàn análogas simpatías, pero las fundaban en principios absolutamente distintos.

Ello pudo advertirse con motivo de la memorable revolución que en Rusia puso fin al gobierno despótico de los zares.

Desde ese momento hubo dos clases de aliados en el mundo. Algunos, que anhelábamos el triunfo de la justicia y de la libertad, celebramos jubilosamente la emancipación de cien millones de hombres del más tiránico feudalismo de los tiempos modernos, viendo en ello un primer paso hacia la victoria final de una gran causa humana; otros, que sólo anhelaban el triunfo militar de los gobiernos, comenzaron a denigrar a los revolucionarios, no vacilando en calumniarlos como serviles instrumentos del imperialismo alemán. Algunos fanáticos hubo que osaron llamarlos traidores y vendidos... ¿Nada significaba para ellos que la bandera roja flameara en las antiguas residencias de los déspotas?... ¿No comprendían que el pueblo, en uso de su soberanía, acababa de aniquilar a uno de los más conspicuos representantes del derecho divino?... Perdonemos a los necios difamadores, solamente culpables de ignorancia; perdonémoslos, hoy que los sucesos permiten hacer justicia a la revolución, aunque la miserable ca-

* Revista de Filosofía, *mayo de 1917, pág. 474.*

lumnia sigue envenenando los cables militarizados. Los que hemos seguido con ecuanimidad el proceso revolucionario ruso, sentimos desde el primer día consolidarse las creencias adquiridas por el estudio: con el fin de la guerra las naciones civilizadas entrarían al previsto período crítico de la revolución social.

IV

LA REVOLUCIÓN RUSA

Fuerza es reconocer que el primer gobierno de la Rusia libre se caracterizó por cierta ineptitud revolucionaria. Pretendía seguir recibiendo el apoyo de los gobiernos aliados, sin advertir que éstos no tenían su mismo concepto doctrinario de la finalidad del conflicto; el presidente Wilson, dicho sea en su honor, fué el único que se solidarizó con ellos, afirmando que, más allá de sus fines militares, la guerra debía tener generosas proyecciones democráticas.

En Rusia todo era inseguro. El grupo militarista, que había engañado al mismo zar y contribuído a encender la mecha de la guerra, conservaba su libertad de acción y manejaba millones; su influjo era suficiente para intentar la restauración del régimen caído y buscaba descaradamente la complicidad de los gobiernos aliados para ahogar en su cuna a la revolución naciente.

Kerensky empezó a comprometer la revolución con sus vacilaciones; olvidó que en ciertos momentos críticos todo el que contemporiza sirve a la causa de sus enemigos y no a la propia; temió usar los medios enér-

gicos que las circunstancias imponían, asumiendo con entereza las responsabilidades de la gran hora histórica. ¿Está derribado el despotismo mientras viven los déspotas, y sus parciales conspiran para restaurarlos?

No condenamos por ello a Kerensky; fué útil para la revolución en el primer momento, pero habría sido funesta su permanencia en el gobierno. No olvidemos que análogas vacilaciones había mostrado con su dinastía la Revolución Francesa; pero entonces, como ahora, fué necesario que ella se desligase de sus elementos indecisos, para que el antiguo régimen fuese mortalmente herido en la persona de sus simbólicos representantes.

El vuelco decisivo ocurrió en Rusia a fines de 1917. La fracción radical de los partidos revolucionarios comprendió que era peligroso seguir caminos oblicuos; desalojó del gobierno al partido que ya estorbaba, sacrificó la vana ilusión de combatir contra los ejércitos teutónicos y se contrajo a reorganizar los diversos pueblos avasallados por el zarismo.

Wilson y Kerensky habían dado a la democracia un programa "minimalista", más parecido a una concesión que a un reclamo; Lenin y Trotsky creyeron que la oportunidad imponía formular sus aspiraciones máximas, lo que hizo dar al movimiento el nombre de "maximalismo" *.

La actitud que asumieron frente a él los gobiernos beligerantes, fué lógica. Los aliados se inclinaron a mirarlo como una lisa y llana defección militar; los ger-

* *El lector habrá advertido que sobre el origen y significación de las palabras "bolchevique" y "menchevique", Ingenieros repetía un error que en 1918 estaba muy difundido.*

manos, militarmente beneficiados por el suceso, lo vieron con discutible agrado, sospechando que el espíritu revolucionario podría contagiarse a sus propios pueblos.

Desde ese momento, día a día las agencias telegráficas comenzaron a injuriar la revolución que había destruído el despotismo de los zares y buscaba dificultosamente un nuevo estado de equilibrio, no muy fácil de encontrar en pocos días, después de tan brusca sacudida. El cable se hinchaba a cada hora con noticias terroríficas que los gobiernos interesados difundían por el mundo, presentando a los maximalistas como una banda de malvados e insensatos.

Se habló del terror. ¿Qué terror? ¿El de los zares, que habían asesinado en las cárceles y en Siberia millones de ciudadanos que amaban la libertad, o el de los maximalistas que fusilaron unos cuantos centenares de domésticos que conspiraban para volverlos a la esclavitud?

Hemos leído periódicos rusos opositores al movimiento maximalista, pues son ésos los únicos que deja circular la censura aliada; sólo nos sorprende en ellos la libertad con que lo critican, realmente inexplicable si reinara el terror que mienten los cables. Hay una verdad que es necesario afirmar, porque callarla equivaldría a mentir: comparando la revolución rusa con sus congéneres, ella se caracteriza hasta ahora por cierta dulzura de procedimientos, casi angelicales frente a los de la gloriosa Revolución Francesa, cuyos beneficios disfrutamos, sin recordar la mucha sangre que costó.

No pretendemos sugerir que la crisis maximalista se efectuó con pelucas empolvadas, como una tertulia de

cortesanos; sería, indudablemente, exagerado. Pero, sí, sorprende que sus únicas víctimas, según los diarios rusos que ponen el grito en el cielo, hayan sido una familia de autócratas, diez o veinte obispos, cuatro docenas de jefes militares y varios cientos de burócratas, espías y cosacos, en cifras apenas apreciables en un imperio de tantos millones de habitantes. Son más víctimas, sin duda, que las de la incruenta revolución estudiantil que acaba de triunfar en la Universidad de nuestra Córdoba; pero convengamos en que no es lo mismo desalojar a una docena de sabios solemnes, que demoler una siniestra tiranía secular...

V

WILSONISMO Y MAXIMALISMO

Las pocas noticias que tuvimos del movimiento maximalista nos indujeron a poner en cuarentena las tonterías alarmistas de los cablegramas. Y en la primera oportunidad que tuvimos de hablar en público —el 8 de mayo de 1918— no vacilamos en decir que la revolución maximalista era una de las diversas formas que acentuarían el programa democrático con que Wilson había ennoblecido la causa de los aliados.

Refiriéndose a la lucha secular entre *ideales viejos* e *ideales nuevos,* llegamos a hablar de la guerra que señalaba "un momento crítico de la lucha entre un mundo moral que nace y un mundo moral que llega a su ocaso..."

"Considero un deber de lealtad —dijimos entonces

— repetir que mis simpatías en la gran contienda no pueden estar por el káiser, que a toda hora habla en nombre del derecho divino e invoca para sus ejércitos la protección de Dios, como en la Edad Media; mis simpatías acompañan a ese presidente yanqui que ha intervenido en la guerra en nombre de la democracia y del derecho, no para extender en el mundo el dominio de su pueblo, sino para sembrar en todos los pueblos del mundo los ideales que han cimentado la felicidad del propio... Mis simpatías, en fin, están con la revolución rusa, ayer con la de Kerensky, hoy con la de Lenin y Trotsky; con ellos, a pesar de sus errores; con ellos, aunque sus consecuencias hayan sido por un momento favorables a la causa de los ideales viejos; y creo que la palabra más noble y más leal pronunciada desde el principio de la presente guerra, es la palabra de solidaridad con que el presidente Wilson saludó el triunfo de los revolucionarios rusos, viendo en sus actos una expresión inequívoca de los ideales que han sido la bandera de la humanidad en el siglo XIX y que esperan más grandes integraciones en el que vivimos."

Creíamos, y lo dijimos, que ése no era el punto de vista de los que miraban la guerra como un escueto problema político o militar; dijimos que ellos no pensaban en vencer el pasado y favorecer el porvenir; dijimos que la otra guerra, la de principios, la de ideales, sería independiente del resultado a que se llegara en los campos de batalla; dijimos que en todas las naciones, en las vencidas antes, pero después también en las vencedoras, asistiríamos al florecimiento de nuevos ideales; dijimos que si los gobiernos no concedían a los pueblos todas las libertades y franquicias que éstos ha-

bían pagado con su sangre, los pueblos se decidirían a barrer los últimos rastros del imperialismo y del privilegio; creíamos, en fin, y también lo dijimos, que al terminar la guerra feudal de los gobiernos, comenzaría la guerra civilizadora de los pueblos.

Pronunciamos esas palabras en los momentos en que parecía más formidable la capacidad ofensiva de los ejércitos alemanes, pero, ganaran o perdieran, lo que vendría después sería lo mismo en todas partes, "primero en las naciones vencidas, después también en las vencedoras".

Era lógico pensar así y los hechos parecen justificar esa opinión. Nos constaba que una de las grandes tareas de los revolucionarios rusos había sido provocar movimientos análogos en toda Europa; aunque los imperios centrales lo ocultaban, teníase noticia de agitaciones graves en Alemania, Austria, Polonia y Hungría; aunque lo callara el cable aliado, sabíase que hechos semejantes habían ocurrido en Francia, en Inglaterra y en Italia. Y no se ignoraba, en fin, que el movimiento se extendía a países neutrales, como Holanda, Suecia y Dinamarca, y que en Suiza había tenido lugar en las calles de Zurich una verdadera batalla de artillería, con muertos y heridos, entre el Consejo de Obreros y las tropas federales...

No se trataba, pues, de meras hipótesis, sino de informaciones exactas en su conjunto, aunque no pudieran precisarse sus detalles.

Mientras tanto, del 5 al 10 de julio de 1918 se reunía en Moscú el quinto congreso panruso de los soviets y daba a los pueblos emancipados un Estatuto Constitucional; toda persona culta que lo haya leído reconoce

que él, con toda su acidez de fruto primerizo, abre un capítulo en la filosofía del derecho político; imprime caracteres nuevos al sistema republicano federal y pone directamente en manos del pueblo la soberanía del Estado; nacionaliza los feudos territoriales y las grandes fuentes de la producción; suprime la división de la sociedad en clases y convierte en productoras a las ociosas; y fuera de eso, para sintetizar, consagra casi todas las reformas que desde hace medio siglo constituían la aspiración de los partidos radicales y socialistas.

Este régimen dura desde hace un año y la prensa rusa opositora no le hace crítica más grave que las usuales contra cualesquiera de los gobiernos precedentes. En cuanto a la primera Constitución de la República Federal de los Soviets, debemos mirarla como un tanteo inseguro hacia el porvenir, que no es lícito juzgar en conjunto sin tomar en cuenta las condiciones particulares del medio social a que fué destinada.

VI

LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Estaba en ese punto el proceso revolucionario ruso cuando se produjo el derrumbamiento de la autocracia alemana, convenciendo a su pueblo que las relaciones entre el káiser y Dios eran una de las tantas tarsas con que los pícaros engañan a los tontos. La victoria de los aliados provocó en Alemania y en Austria la esperada revolución; hace tres semanas que la bandera roja fla-

mea en los castillos imperiales y el poder ha pasado a manos de los partidos revolucionarios.

¿Qué eco han tenido esos acontecimientos en los demás países europeos? Guiándonos por una información parcial, la única que hasta hoy tenemcs, es visible que en el primer momento de la crisis los gobiernos aliados exageraron el carácter maximalista de los sucesos, mirándolos como una consagración de su victoria militar. Pero muy pronto las informaciones se tornaron tranquilizadoras y quieren dar la impresión de que el cambio de régimen se ha operado sin los caracteres explícitos de una verdadera revolución social.

Es verosímil que el pueblo alemán, más disciplinado que el ruso, haya sido capaz de ejecutar hasta ahora su revolución con cierto orden; pero no debemos excluir que los gobernantes vencidos pueden consentirla como una farsa necesaria para eludir el cumplimiento de algunas condiciones reclamadas por los vencedores. Nos inclina a desconfiar de los revolucionarios alemanes la inesperada simpatía que manifiestan por el maximalismo algunos impúdicos germanófilos, que hasta hace un mes adoraban al káiser y hoy sonríen de felicidad bajo el gorro frigio...

No nos equivoquemos. La crisis revolucionaria alemana está en su primer período, como la rusa en tiempos de Kerensky; es creíble que pronto serán desalojados del poder los sospechosos y vendrán hombres que por sus principios probados constituyan una garantía de lealtad para propios y extraños. Cuando ello ocurra no es difícil que la agitación revolucionaria se defina abiertamente en Francia, Italia, Bélgica, Polonia e In-

glaterra, si es que ya no ha comenzado en los pueblos y la calla el cable que manejan los gobiernos.

Creo , firmemente, que la paz definitiva no será firmada por los actuales gobernantes; dentro de pocas semanas o de pocos meses, casi todos los gobiernos europeos habrán pasado a otras manos libres para preparar una paz cimentada en aspiraciones distintas de las que mareaban a los mangoneadores de la guerra. Aquella paz de Estocolmo, que fué dificultada por la vanidad de los gobiernos, será, probablemente, impuesta al mundo por la cordura de los pueblos.

VII

LAS ASPIRACIONES MAXIMALISTAS

Sin mucho don profético puede preverse que ahora vendrá lo que desde antes de la guerra se miraba como su consecuencia: una transformación profunda de las instituciones en todos los países europeos y en los que viven en relación con ellos. Eso, solamente eso, merece el nombre de Revolución Social —con mayúsculas— y no los pasajeros desórdenes y violencias que la acompañarán.

El resultado final será un bien para la humanidad, como el de la precedente Revolución Francesa; pero muchos de sus episodios serán, sin duda, desagradables en el momento de ocurrir. Las revoluciones se parecen en esto a ciertas medicinas, al aceite de castor, pongamos por caso; en el momento de tomarlo produce disgusto o náuseas, pero después obra bienes muy gran-

des sobre el organismo, depurándolo de sus residuos inútiles o nocivos.

El momento histórico actual es de los que se producen una vez en cada siglo, determinando una actitud general de los espíritus, favorable a toda iniciativa renovadora.

¿No es legítimo pensar que las naciones civilizadas querrán ensayar las innovaciones discutidas desde hace medio siglo? ¿Muchas de éstas no se han ensayado ya durante la guerra, sin que nadie piense volver atrás? ¿Qué mejor oportunidad para efectuar tan generoso experimento? Lejos de inspirarnos el menor recelo, las aspiraciones maximalistas pueden mirarse como una justa integración del minimalismo democrático enunciado por Wilson.

Conocemos la objeción de los espíritus tímidos; hace varios meses que la escuchamos. Dicen que el maximalismo se propone simplemente matar y saquear a todos los que tienen algo, en beneficio de los que no tienen nada, como ciertos conservadores españoles que todavía llaman a la república *la repartidora* y a sus partidarios *la canalla,* sin sospechar que recibirán sus beneficios antes de lo que creen...

No caeremos en la paradoja de afirmar que la revolución social a que asistimos tiene por objeto favorecer a los ricos contra los pobres... Creemos, en cambio, que *las aspiraciones maximalistas serán muy distintas en cada país, tanto en sus métodos como en sus fines.* Nos parece natural, por ejemplo, que se nacionalicen los inmensos latifundios de Rusia, pero creemos que ese problema no se planteará en Suiza o en Bélgica, donde la propiedad agraria está ya muy subdividida en

manos de los mismos que la trabajan. Concebimos la nacionalización de las industrias que emplean millares de obreros, pero no la de pequeñas industrias individuales o domésticas. Nos explicamos la libertad de las iglesias dentro de los Estados cuando por su organización ellas no constituyan un peligro social, pero creemos probable en otros casos la nacionalización de todas las iglesias y su contralor uniforme por el Estado. Encontramos posible que en pueblos muy civilizados los municipios sean la célula fundamental de federaciones libres, pero en villorrios atrasados y rutinarios el cambio de régimen sólo podrá ser establecido bajo el legítimo influjo de los centros adelantados y progresistas.

Esos ejemplos, harto fáciles de comprender, nos permiten fijar este concepto general: las aspiraciones revolucionarias serán necesariamente distintas en cada país, en cada región, en cada municipio, adaptándose a su ambiente físico, a sus fuentes de producción, a su nivel de cultura y aún a la particular psicología de sus habitantes.

El programa de los maximalistas rusos interpreta el máximum de sus aspiraciones en su medio y en su momento histórico; en otros medios y en momentos distintos, las aspiraciones serán diferentes. De allí proviene la imposibilidad de concretar en una fórmula única las "aspiraciones maximalistas", que en países diversos no podrán ajustarse a un mismo "programa maximalista". Una definición general, para no ser inexacta, sólo podría afirmar que el *maximalismo se manifestará como la aspiración a realizar el máximum de reformas posibles dentro de cada sociedad, teniendo en cuenta sus condiciones particulares.*

Es legítimo suponer que no habrá un maximalismo uniforme y universal sino tantos programas cuantos son los núcleos sociológicos que reciban el benéfico influjo de la presente revolución social.

VIII

SU REFLEJO EN AMÉRICA

¿Qué interés tienen estas reflexiones para los habitantes de América? Si aquí no ha habido guerra —se dirá— no hay razón para desear o temer que nos alcance la revolución social que es su consecuencia.

Quien tal dice ignora la historia, carece de conciencia histórica, olvida que todos los movimientos políticos y sociales europeos han repercutido en América, en proporción exacta de ese grado de europeización que suele llamarse civilización. Es indudable que los indios residentes entre los Andes y las fuentes del Amazonas, no sentirán los resultados de la guerra; probablemente ignoran que ha existido una guerra europea, en el supuesto improbable de que conozcan la existencia de Europa.

Pero en todos los pueblos que han nacido de colonizaciones europeas, desde Alaska hasta el estrecho magallánico, lo que en Europa suceda tendrá un eco, tanto más grande cuanto mayor sea su nivel de civilización. Nuestro destino, ineludible, como decía Sarmiento, es "nivelarnos con Europa"; y la experiencia del último siglo demuestra que allá no ha aparecido un invento mecánico, una ley política, una doctrina filosó-

fica, sin que haya tenido aplicación o resonancia en este continente. Mientras en Europa se desenvuelva la actual revolución social ya iniciada, aquí participaremos de sus inquietudes primero y de sus beneficios después. Inquietudes mientras se subviertan las instituciones existentes para ensayar otras nuevas: beneficios cuando por simple selección natural se arraiguen las útiles y desaparezcan las nocivas. La experiencia social no pide consejo a los conservadores espantadizos ni presta oídos a los optimistas ilusos; en cada lugar y tiempo se realiza todo lo necesario y fracasa todo lo imposible. ¿No sería absurdo cortar las alas, anticipadamente, a los idealistas que pidan lo más? ¿Si sólo consiguieran lo menos, no sería en bien de todos los que anhelan un aumento de justicia en la humanidad?

Los resultados benéficos de esta gran crisis histórica dependerán, en cada pueblo, de la intensidad con que se definan en su conciencia colectiva los anhelos de renovación. Y esa conciencia sólo puede formarse en una parte de la sociedad, en los jóvenes, en los innovadores, en los oprimidos, pues son ellos la minoría pensante y actuante de toda sociedad, los únicos capaces de comprender y amar el porvenir. ¿Exagerarán sus ideales o sus aspiraciones? Seguramente; ¿no es indispensable que las exageren para compensar el peso muerto que representan los viejos, los rutinarios y los satisfechos?

IX

¿CÓMO VENDRÁ?

Algunos curiosos desearán, sin duda, saber de qué manera se desenvolverá esta revolución social en que todos somos actores o testigos. La respuesta, naturalmente hipotética, obliga a precisar el término básico de la pregunta.

Una revolución social es un largo proceso histórico, compuesto de preparativos, resistencias, crisis, reacciones, después de los cuales se llega a un estado de equilibrio distinto del precedente.

La revolución a que asistimos ha comenzado hace muchos años; la guerra la ha hecho entrar en el período crítico; seguirán muchos impulsos y restauraciones; de todo ello, dentro de uno o veinte años, según los países, resultará un nuevo régimen que oscilará entre los ideales minimalistas enunciados por Wilson y los ideales maximalistas formulados por los revolucionarios rusos.

Si los hombres fueran ilustrados y razonables, sería muy bonito que se pusieran de acuerdo para navegar juntos en favor de la corriente, con buena voluntad y corazón optimista, decididos a ir tan lejos como se pueda, en bien de todos. Esa hipótesis, con ser tan agradable, nos parece la más absurda.

No lo es tanto pensar que algunos gobiernos inteligentes, entre los muchos que se turnarán con frecuencia en cada país, podrán dar saludables golpes de timón y poner la proa hacia el puerto feliz de las aspiraciones legítimas, pensando más en construir el porvenir que en defender el pasado.

Donde eso no ocurra, la transformación se hará irregularmente, por conmociones, como producto de choques, con violencias inevitables y represiones crueles; los excesos de los revolucionarios y de los restauradores determinarán una resultante final que realizará, aproximadamente, el máximum posible de las aspiraciones que tenga cada pueblo al comenzar la fase crítica de su ciclo revolucionario.

¿Qué hacer, pues, frente a las aspiraciones maximalistas? Depende. Los que tengan anhelos de más justicia, para ellos o para sus hijos, pueden saludarlas con simpatía; los que no crean que puede beneficiarlos, deben recibirlas sin miedo. Eso es lo esencial: ser optimistas y no temer lo inevitable. Cuando llegue, en la medida que deba llegar sólo causará daños graves a los que pretendan torcer el curso de la historia y a los espantadizos; la rutina hará víctimas, porque es causa de miedo, y *el miedo ha engendrado los mayores males de que tiene memoria la humanidad.*

El desarrollo de esta revolución no incomodará a quienes la esperen como la cosa más natural, anticipándose a ella, preparándola, como expertos navegantes que ajustan las velas al ritmo del viento, recordando las palabras de Máximo Gorki: "Sólo son hombres los que se atreven a mirar de frente el Sol"...

I

LOS IDEALES DEL GRUPO ¡CLARIDAD!

Un grupo de hombres libres ha pronunciado esta palabra de ensueño y de esperanza: ¡Claridad! Al terminar la pavorosa noche de la guerra ella anuncia a los hombres el amanecer de una era nueva, repercutiendo en el corazón de los que afirman ideales jóvenes frente a las ruinas de las iniquidades viejas.

Ante el proceso revolucionario que está operando la transmutación moral del mundo, no podían permanecer indiferentes los trabajadores llamados intelectuales. El que cultiva la belleza tiene el deseo de introducirla en la vida; el que investiga la verdad siente el anhelo de enseñarla a todos; el que ama la justicia está obligado a luchar por que ella rija las relaciones entre los hombres. Esos deberes morales, tan elevados como ineludibles, tienen propicia oportunidad de cumplirse en esta hora de renovación universal; ha sido, pues, legítimo que mientras las instituciones sociales tiendan hacia nuevas formas de equilibrio, un grupo selecto de escritores, conscientes del ritmo de la historia, estrecha-

ra sus filas para "hacer la revolución en los espíritus".

Muchos caracteres independientes habían hecho oír su voz contra los graves peligros de reacción que amenazan el libre desarrollo de la libertad y de la justicia; pero sus esfuerzos eran vanos porque permanecían dispersos frente al bloque internacional de los intereses conservadores. "Al conflicto de fuerzas materiales ha seguido el conflicto de las ideas, más importante y profundo porque se remonta hasta las raíces mismas de las instituciones existentes. Todo lo abarca; es, sencillamente, una lucha a muerte entre el pasado y el porvenir. Se trata de mantener o de rehacer totalmente, de uno a otro extremo del mundo, el estatuto de la vida común. La guerra ha hecho desplomar el régimen de falsas apariencias, poniendo de relieve las mentiras, los viejos errores, los sofismas hábilmente mantenidos, que ocasionaron en el pasado el largo martirio de la justicia. En el presente se impone la necesidad de organizar la vida social, conforme a las leyes de la razón, preparando el reinado de la bondad sobre la violencia, de los ideales sobre las rutinas". Partiendo de estas premisas, valientemente afirmadas, los fundadores del Grupo ¡Claridad! hacen un llamamiento a los intelectuales del mundo entero, invitándolos a estrechar sus filas en torno de ciertos principios que creen necesario salvar de la hecatombe moral. "En este momento existe un verdadero acuerdo entre los espíritus libres del mundo. Para que sea eficaz, es necesario formularlo. Levántense, pues, todos aquellos cuyo pensamiento fraterniza, para que todos se reconozcan. Fundan, sin tardanza, a través de las fronteras, su inmensa familia. Su ideal no se realizará nunca si ellos no se deciden a realizarlo."

Para crear esa unión se han agrupado escritores, sabios, artistas, fundando la Internacional del Pensamiento, con sede central en París. No desean formar un partido político sino establecer un acuerdo vibrante en torno de ideales que miran al porvenir. "Trabajarán para preparar la República Universal, fuera de la cual no hay salud para los pueblos. Quieren la abolición de las barreras ficticias que separan a los hombres, la aplicación integral de los catorce puntos wilsonianos, el respeto de la vida humana, el libre desenvolvimiento del individuo limitado sólo por las necesidades de la comunidad viviente; la igualdad social de todos, hombres y mujeres; la obligación de trabajar para todo ciudadano válido; el establecimiento del derecho de cada uno de ocupar en la sociedad el puesto que merezca por su labor, sus aptitudes o sus virtudes; la supresión de los privilegios del nacimiento; la reforma, según el punto de vista internacional, que es el punto de vista social absoluto, de todas las leyes que regulan la actividad humana."

Ha podido pensarse que el manifiesto del Grupo ¡Claridad!, cuyos párrafos esenciales hemos transcripto, adolece de vaguedad ideológica. Es una actitud, pero no es un programa. Señala un rumbo, sin precisar la meta.

Todo ello es cierto; pero, lejos de ser un inconveniente, debe mirarse como una ventaja. Sus fundadores no quieren echar las bases de una nueva cofradía electoral, sino coordinar orientaciones de hombres que tienen ya ideas propias. La humanidad entera está hoy dividida en dos grandes partidos divergentes, el de los que se aferran al pasado y el de los que miran el por-

venir. Dentro de cada uno pueden señalarse varios matices, pero todos son perfectamente conciliables para un esfuerzo común; sería absurdo que las energías afines permanecieran disgregadas en momentos en que se está desenvolviendo la más grande revolución de que tiene memoria la humanidad. Sin coincidir con ninguna facción, secta o partido, el Grupo ¡Claridad! se propone el acercamiento de todos los intelectuales que amen el Porvenir, el Trabajo y la Verdad.

II

UN NUEVO ESTADO DE ESPÍRITUS

El fenómeno capital de la hora presente es la anhelosa inquietud renovadora que agita la conciencia de la humanidad. Concreta en algunos, indefinida en muchos, se dilata de día en día, seduce corazones, conquista voluntades. No expresa un credo dogmático, pero alienta la convicción firme de que "algo" va a cambiar en el mundo. Es confianza optimista en la revolución que nos rodea, fe en la posibilidad de que ella no será infructuosa al pasar al terreno de la experiencia. Y, puesta la mirada en Rusia, los que están animados por esa benéfica inquietud creen que sobre las ruinas feudales de la autocracia zarista florecerán algunos principios destinados a guiar a la humanidad en el siglo XX.

El Grupo ¡Claridad! ha polarizado ese nuevo estado de espíritus. Sin atarse las manos con programas minuciosos, que generalmente no se cumplen, sus fun-

dadores no han ocultado sus ideales, ni consienten que ellos sean rebajados por cobardía u oportunismo. A nadie engañan, ni toleran engaños. Persiguen los fines que siempre figuraron en la declaración de principios de los partidos sociales, convencidos de que ha sonado en el mundo la hora de iniciar su experimentación. Quien cree lo contrario es su enemigo, está contra "Claridad".

Por eso la palabra, tan simple y expresiva, se ha convertido rápidamente en símbolo, hallando eco doquiera vive un intelectual anheloso de Paz y de Justicia, dispuesto a luchar por ellas. De mil maneras, por varios caminos, en haces firmes, en rayos indecisos, el espíritu de "Claridad" penetra en la conciencia de las nuevas generaciones y las aparta de las viejas doctrinas, que han cubierto al mundo de terror y de espanto. "Claridad" es vida intensa; es intención de abrir paso a todas las esperanzas.

La juventud estudiosa, que entra a la vida sin los rencores de la guerra, se ha mostrado particularmente sensible a esta inquietud renovadora. No trae antiguas pasiones, ni comparte rutinas de otro tiempo. De suyo idealista y romántica, la juventud es la más firme palanca del espíritu nuevo.

Los perezosos, los tímidos, los rutinarios, son inútiles para los ideales del Grupo ¡Claridad! La vida se transforma de prisa en los países civilizados, bajo nuestros ojos, a nuestro alrededor, formando un nuevo mundo moral al que las sociedades tendrán que adaptarse, tarde o temprano. Para seguir el ritmo de esa transformación es indispensable una actividad mental constante, una inflexible valentía, una libertad ideológica sin tra-

bas. En los que han adquirido el espíritu nuevo no puede concebirse la pereza, que es vida agonizante; ni la timidez, que es domesticidad servil; ni la rutina, que es ceguedad frente a la aurora.

III

UNIDAD DE ORIENTACIÓN

Programa, no; quede ello para los partidos políticos. El acercamiento de los intelectuales, para cooperar a la revolución de los espíritus, sólo exige unidad de orientación; pero esa unidad debe girar en torno de principios generales claramente definidos, para evitar la dispersión de esfuerzos y el estéril diletantismo social. La acción de los pensadores independientes debe ser armónica con la de todas las fuerzas revolucionarias que están convergiendo a fines bien determinados

Para ello sería deseable que la Internacional del Pensamiento se diera bases más concretas que las aspiraciones enunciadas por el Grupo ¡Claridad! Es difícil, por cierto, hallar fórmulas que contengan lo esencial y excluyan lo contingente, de manera que puedan aceptarse en medios sociológicos muy distintos, respetando los variados matices teóricos y las diferencias individuales de temperamento; pero es indispensable, a la vez, excluir las heterogeneidades excesivas que estorbarían a todo esfuerzo común.

Las normas que fijasen unidad de orienıación a la Internacional del Pensamiento deberían satisfacer las

siguientes exigencias, que armonizan la firmeza de los objetivos con la elasticidad de los métodos.

a — En el orden nacional: federalismo que tenga sus bases en las funciones sociales; representación proporcional de las entidades productivas en los cuerpos deliberativos; administración técnica y eliminación de los políticos profesionales.

b — En el orden internacional: defensa del derecho de autodeterminación de los pueblos, contra todo imperialismo político y económico; solidaridad moral con los pueblos que luchan por la extinción de los privilegios y tienden a organizar un nuevo régimen social fundado en la cooperación de los productores; repudio de la diplomacia secreta que trama en la sombra la enemistad de las naciones; desconocimiento de todos los pactos y ligas concertados por los gobiernos sin asentimiento expreso de sus pueblos; acción pacifista; guerra a la guerra.

c — En las relaciones económicas: extensión del contralor social a todos los ramos de la producción y del consumo; posesión colectiva de los medios de producción por los productores técnicamente organizados; eliminación de los parásitos del trabajo humano.

d — En el orden moral: educación integral que capacite a los hombres para desempeñar funciones útiles a la sociedad; proscripción de las supersticiones y dogmatismos en la enseñanza; defensa de la libertad de pensar en todas sus manifestaciones orales y escritas; igualdad jurídica de todas las iglesias bajo el contralor uniforme del Estado.

e — En los métodos: auspiciar la convergencia de todas las fuerzas intelectuales que se inspiran en la vi-

sión de un porvenir social más justo y cooperan a la transformación de las instituciones en concordancia con los ideales expresados.

f — En la acción: solidaridad nacional e internacional con los hombres y corporaciones que profesan los mismos principios; resistencia a los que abierta o subrepticiamente los niegan.

Como se ve, la Internacional del Pensamiento no necesitaría un programa de prescripciones imperfectibles, sino una orientación unitaria que dejase a cada uno de sus miembros la mayor libertad de ideas y de acción.

IV

CONVERGENCIAS RENOVADORAS

Las divergencias de orden político, que separan a las diversas fuerzas revolucionarias, carecen de valor histórico si se considera el movimiento renovador en su grandioso conjunto. Los partidos militantes suelen disputar por la preeminencia de las personas o por la oportunidad de las tácticas; la Internacional del Pensamiento, apartada de esas riñas partidistas, puede servir a los ideales comunes sin contagiarse de particularismos nocivos, que en ciertos casos llevan a traicionar la causa que creen defender. Si por muchos caminos marchan los pueblos hacia un mismo porvenir, de varias maneras pueden cooperar los hombres a una obra común. Comprendiéndolo así, la Internacional del Pensamiento serviría de nexo espiritual entre las partes desacordadas por recíproca incomprensión, sobreponiendo lo fun-

damental a lo transitivo, conservando la orientación sin extraviarse en las tortuosidades del oportunismo.

La visión global del proceso revolucionario permite advertir que los nuevos ideales se preparan a sufrir la prueba decisiva de la experiencia en todos los pueblos civilizados.

Inspirados por ellos, los pueblos de Rusia derriban la autocracia, luchan contra los que medraron en las sombras de la guerra, desafían la mentira organizada por los traficantes y consentida por los cobardes, vencen ejércitos de mercenarios movidos por el oro de prestamistas. Son esos ideales los que han puesto en fuga a los aventureros derrotados por el pueblo, que ha afirmado ante la faz del mundo su voluntad de realizar el primer experimento de una democracia funcional.

Análogos principios han proclamado los socialistas de Italia, obteniendo ya las primeras victorias, estrechando sus filas con ánimo resuelto para no detenerse ante la ola de la reacción.

Convergiendo a los mismos ideales, los laboristas ingleses han vencido en recientes elecciones administrativas, afirmando su voluntad de socializar los medios de producción y disponiéndose a asumir, como en Rusia, el contralor de las funciones sociales.

Los signos de que "los tiempos están cercanos" son demasiado significativos para los hombres de estudio; sólo pueden equivocarse los ignorantes y los interesados en no acertar. Las grandes victorias socialistas de Bélgica y el enorme aumento de votos en Francia son índice de renovación social impostergable, aunque por el momento sea equívoca la actitud de esas fuerzas revolucionarias; y lo es también que los laboristas de

América busquen su apartamiento definitivo de los partidos tradicionales, preparándose a la conquista del poder, sin complicidades y sin compromisos. Por la causa de la justicia cayeron mártires, en Alemania, como los apóstoles de buena fe, Rosa Luxemburgo y Carlos Liebneck, empeñados en desalojar del poder los últimos restos del imperialismo agazapados tras la república. En homenaje, en fin, al porvenir que en todas partes alza su voz, se van plegando a los ideales nuevos todos los pueblos bálticos, libertándose de la coacción oprobiosa de los insaciables imperialismos vencedores.

En el resto del mundo actúan ya minorías conscientes, respaldadas por organizaciones sindicales cada vez más poderosas y decididas. Desde Inglaterra hasta el Japón y desde Suecia hasta Australia, ellas han impuesto a los gobiernos el retiro de la intervención a Rusia, porque la mentira de los usureros no ha conseguido engañar a los pueblos acerca del gran experimento que está realizando en el antiguo feudo de los zares. Y el primer triunfo del espíritu nuevo son las tímidas negociaciones diplomáticas que inician el reconocimiento de un nuevo orden político y social.

V

LA INTERNACIONAL DEL PENSAMIENTO

A esa revolución de los hechos, visible en todas las relaciones políticas y económicas, ha correspondido una revolución en los espíritus, expresada en la orientación ideológica consecutiva a la guerra.

Las fuerzas en lucha se han coordinado en escala internacional; el Supremo Consejo Económico aliado, las Internacionales socialistas, las Internacionales sindicalistas, la Liga de las Naciones, se han dado una organización semejante a las que antes tuvieran el Capitalismo y la Iglesia Católica, esencialmente internacionales. Los intereses y las ideas se han tendido la mano por sobre las fronteras de los Estados políticos, aunque los más astutos defensores de los privilegios del viejo régimen han explotado el sentimiento nacionalista al mismo tiempo que buscaban la complicidad de sus afines extranjeros.

Existe, desde hace siglos, una Internacional de los escritores tradicionalistas y católicos, cuya solidaridad ha logrado imponer valores históricos y literarios en todos los países; también existe, desde hace algunas décadas, una Internacional del periodismo capitalista, destinada a favorecer las maniobras financieras de las clases sociales parasitarias. El nuevo estado de espíritus, engendrado por la presente revolución, ha estrechado las filas de esas falanges malsanas, determinando una formidable campaña periodística y cablegráfica dirigida a corromper la nueva conciencia de la humanidad. Sería peligroso negar la importancia de esa internacional reaccionaria. Cuenta con poderosas organizaciones, dispone de capitales fabulosos, alimenta un ejército de escribas, forma la reputación de los intelectuales que la sirven, fomenta el desarrollo de las asociaciones defensoras de intereses creados; y al mismo tiempo, justo es declararlo, excluye de la competencia informativa a la prensa independiente, intriga y difama a las fuerzas revolucionarias, miente en el orden nacional e interna-

cional, y sabotea a los escritores que afirman en voz alta los ideales del espíritu nuevo.

Contra esa opulenta internacional es difícil luchar, pero es necesario luchar. Tomando partido contra ella los escritores comprometen su notoriedad, sus medios de vida y hasta su reputación privada; pero eso mismo realza el mérito de su actitud y da la medida de su valor moral, que es el cimiento más duradero de la gloria, no discernida por los contemporáneos sino por los que vendrán.

En esa lucha desigual los intelectuales "de las izquierdas" deben suplir con una estrecha solidaridad a los medios materiales de que sólo dispone la prensa capitalista. Sentirse acompañado, bien acompañado, por hombres desinteresados e idealistas, es un estímulo poderoso para resistir la presión hostil del ambiente reaccionario. En este sentido la Internacional del Pensamiento, tal como la han concebido los fundadores del Grupo ¡Claridad!, servirá para coordinar las fuerzas morales del partido renovador, multiplicando su eficacia para llevar a cabo la revolución en los espíritus.

Siendo conocidas las dificultades con que tropieza toda iniciativa para unir a los hombres, consagrados a tareas intelectuales, es posible que la Internacional del Pensamiento no llegue a tener una "organización" adecuada a sus fines. En el caso menos favorable ella será una *"entente"*, de utilidad indiscutible, entre todos los que prevén y desean el advenimiento de un nuevo mundo moral.

Por su independencia de los partidos políticos, la Internacional del Pensamiento no podrá convertirse en instrumento de ninguna camarilla oportunista, ni com-

plicarse en las pasiones de ninguna facción logrera. Ha nacido para acercar a los intelectuales que anhelan cooperar en la elaboración ideológica del Porvenir, y todos los espíritus independientes tienen un puesto a su lado.

LA DEMOCRACIA FUNCIONAL EN RUSIA

I

UNA NUEVA FILOSOFIA POLITICA

La humanidad acaba de presenciar un horrible espectáculo de muerte, de violencia, de odio, de intriga, provocado por insanos gobernantes que arrastraron a los pueblos a una catástrofe mundial. Algunos epílogos del mismo origen turbarán todavía la quietud de la "generación de la guerra", que asistirá al nacimiento de nuevas formas de equilibrio político y social; pero ella no alcanzará a gozar de sus beneficios, reservados a la siguiente "generación de la paz".

En la vida social, como en la doméstica, corresponde a cada generación preparar la dicha de la siguiente, educándola para vivir adaptada al medio que incesantemente se renueva. El nivel moral de los pueblos puede medirse por su celo del porvenir, que es solidaridad prolongada en el tiempo, y por su sentimiento de fraternidad, que es solidaridad proyectada en el espacio.

Para los hombres que poseen esa ética superior, los problemas sociales de la hora presente son dignos de estudio profundo y de serena meditación. No es posi-

ble cerrar los ojos con la esperanza de que la realidad desaparezca si no la vemos. Y la realidad es muy simple: en todas las naciones civilizadas se ha acelerado el ritmo de la evolución sociológica, conforme a las exactas previsiones de los hombres estudiosos. Nuevos principios de derecho se han manifestado y están ya en el período de experimentación, tanto en el orden nacional como en el internacional; la Revolución Rusa, con su Sistema de los Consejos, o Soviets, ha planteado problemas dignos de honda reflexión. Sin prejuzgar sobre el destino futuro de esos principios, podemos decir que representa *una nueva filosofía política,* encaminada al perfeccionamiento del sistema representativo federal.

La transformación de las instituciones y las reformas constitucionales son hechos frecuentes en las naciones civilizadas. Varían sin cesar las funciones internas de una sociedad y sus relaciones externas; esa variación determina la utilidad de modificaciones institucionales, destinadas a coordinar el funcionamiento social en formas de equilibrio eternamente instables. La sucesión de esas formas constituye el progreso, que no significa estabilidad, sino incesante devenir.

Los que han estudiado sociología saben que no se conoce una sola sociedad humana cuyas instituciones políticas hayan permanecido fijas; ninguna asamblea de legisladores ilustrados ha compuesto jamás una Constitución suponiendo que sería imperfectible o eterna. Las instituciones sirven los intereses sociales en un momento dado; cuando dejan de servir, son reemplazadas por otras mejor adaptadas al nuevo ritmo de las funciones. No podría afirmarse su invariabilidad sin negar a las sociedades toda posibilidad de perfeccionamiento

interno y externo, es decir, nacional e internacional.

Las personas de instintos fuertes y de razonamiento débil acostumbran juzgar los fenómenos sociológicos a través de sus pasiones y apetitos del momento; esto ocurre en las clases enriquecidas lo mismo que en las necesitadas, porque la fortuna o la miseria no pueden dar serenidad de juicio a quien no la ha adquirido en las severas disciplinas del estudio y de la meditación. De ello provienen las exaltaciones absurdas de los ignorantes, a propósito de toda nueva experiencia social; por eso mismo son merecedoras de perdón, tanto cuando se expresan en temores convulsivos y en persecuciones estériles, como cuando se traducen por optimismos ilusorios y por esperanzas ilegítimas.

En las experiencias sociales contemporáneas sólo puede verse claro olvidando las pasiones y apetitos del momento, pues ellos impiden analizar su sentido y desentrañar sus nuevos principios de derecho político.

Son conocidos los hechos históricos que nos proponemos analizar. Después de dos años de infatigable difamación inalámbrica, el pueblo de Rusia sigue experimentando un sistema de representación política sustancialmente nuevo, cuyas características sociológicas son generalmente ignoradas. En vano las agencias telegráficas, al servicio de gobiernos interesados, han mentido horrores sobre horrores, infamias sobre infamias, defendiendo por esos medios inmorales el pago de empréstitos negociados con la autocracia de los zares; en vano los enriquecidos de cada país han intentado explotar contra el pueblo ruso la inquietud y el miedo producidos por sus propios conflictos económicos internos; en vano empresas periodísticas al servicio del capitalis-

mo sin patria han esparcido fábulas terroristas de que podrían estar ya avergonzadas, si su obsecuencia a los intereses creados no las hiciera incapaces de vergüenza; en vano, en fin, se ha explotado en todas partes las tradicionales razones del patriotismo, la religión y el orden, sin más resultado que enfurecer a muchos impulsivos e intimidar a algunos cobardes. En vano. Los que honramos a nuestros conciudadanos con buenas obras sabemos que el buen patriotismo es el que busca la justicia de todo el pueblo, y no el que apuntala el privilegio de algunos traficantes; los que vivimos tan virtuosamente como predicamos, creemos que la buena religión es la que anhela unir los hombres para realizar Fines Morales y no la que encadena conciencias mediante dogmas; los que disipamos el caos de los cerebros incultos decimos que el buen orden es el que nace de la Cooperación de todas las fuerzas sociales, y no el que oprime la libertad de muchas víctimas para asegurar la impunidad de pocos verdugos.

La mentira organizada ha logrado parte de su objeto, cegando a los que no desean estudiar los hechos históricos actuales. Los que observan y piensan, en cambio, han podido tomar conocimiento de dos hechos incontrovertibles:

1º Que el pueblo ruso ha logrado adaptarse a un régimen político, tan estable, después de dos años, como el de cualquier otro pueblo europeo, sin excepción.

2º Que ese mismo pueblo, en armas para defender su derecho de libre determinación política y económica, ha puesto en fuga a algunos traidores, mercenarios del oro de capitalistas extranjeros: Yudenitch, Koltchak y

Denikin. Y entre la polvareda de los aventureros fugitivos, el pueblo en armas ha avanzado cantando la Marsellesa eterna, hasta Odessa y Arkángel, hasta el Cáucaso lejano, hasta la remota Vladivostock; y a su paso —cien veces más triunfal que el de la admirada Revolución Francesa— pueblos enteros han hecho coro a la canción redentora, entonándola como augurio de una era de Paz y de Justicia.

Ante estos hechos — inocultables ya — comienzan a cantar la vergonzante palinodia los mismos gobiernos que más se distinguieron por su obstinación difamatoria*. No creemos, sin embargo, que los nuevos "puntos

* *El 13 de febrero de 1920, el diario "La Nación" ha publicado el siguiente telegrama de su corresponsal especial en Londres, con el título: "Nuevo punto de vista británico sobre el maximalismo":*

"Londres 12. — Es indudable que últimamente se ha modificado considerablemente la opinión política británica respecto al maximalismo. Las cosas han cambiado y ahora la opinión pública es la que guía a la prensa, y no como antes la prensa a la opinión pública.

"Es probablemente cierto que algunos diarios, en su vivo deseo (espontáneo o no) de convencer a sus lectores de que la situación de Rusia bajo los maximalistas es horrorosa, han hecho un esfuerzo supremo, pero ese esfuerzo no ha tenido éxito completo. En todo caso, las informaciones que ahora se publican enviadas por corresponsales especiales mandados a la Rusia soviética, no hacen mención de las atrocidades que antes constituían el tema principal de las correspondencias.

"Naturalmente, puede argumentarse que los maximalistas han cometido tales atrocidades, que han logrado exterminar a todos sus adversarios; pero, por otra parte, grandes corrientes de opinión sostienen que la mayor parte de las atrocidades atribuídas a los maximalistas fueron invenciones de los reaccionarios y de los que, por razones financieras o de otro orden, esperaban exaltar a las naciones occidentales de Europa contra los maximalistas, con el fin de obtener de ellas ayuda militar para restablecer la monarquía. Estas opiniones, aunque arriesgadas, merecen ser tenidas en cuenta, siquiera por el hecho de que casi todas las relaciones de horrores maximalistas procedían de gentes que no habían visto lo que contaban,

de vista" de la diplomacia mercantil èxpresen un honesto respeto a la verdad, ni siquiera el remordimiento de haber mentido a sabiendas; tampoco es creíble que las mueva a rectificar sus opiniones la escueta convicción de que los ideales del pueblo ruso son invencibles por las armas de traidores y mercenarios. Su *mea culpa* es entonado por razones análogas a las que antes los empujaron al crimen de la mentira sistemática: los viejos gobiernos, ocupados hasta ahora en politiquear triviales intereses, comienzan a padecer hambre y necesitan ser auxiliados en ciertos abastecimientos que sobran en la Rusia nueva, donde el pueblo ha procurado organizarse para trabajar conforme a sus ideas y aspiraciones*.

Independientemente del juicio que puedan merecer esos hechos y actitudes históricas, la nueva experiencia

y que siempre habían llegado al lugar de los sucesos inmediatamente después de producidos.

"De todos modos es improbable que el distanciamiento entre las grandes potencias y Rusia continúe por mucho tiempo, pero se reconoce que el restablecimiento de relaciones de algún género con Rusia, así como con Alemania, contribuiría en mucho grado al mejoramiento de la situación económica general de las grandes potencias aliadas, no menos que de Rusia y de Alemania mismas.

"Es digno de notar que "The Times", cuya actitud hacia el maximalismo ha sido hasta ahora tan agresiva como intransigente, publique un artículo de su corresponsal especial en la Rusia soviética, en el cual no se habla de atrocidades. El corresponsal se limita a describir la situación de ese país, que juzga comparable a la de otros países europeos que aún no han gustado el maximalismo.

"Todos esos indicios permiten creer que entre la Europa occidental y la Rusia soviética se creará una situación menos tirante, mucho antes de lo que se creía posible".

* *Todos los capitalistas gritan al unísono que para reparar los estragos de la guerra es necesario trabajar, pero se encuentran con dificultades porque no dicen "quiénes" deben trabajar ni "para quién". El único país europeo que en 1919 ha logrado organizar el trabajo es Rusia, por dos razones; ha dicho que "todos deben trabajar" y que "nadie debe*

política ensayada en Rusia tiene un valor ideológico que interesa al filósofo. Detrás de los acontecimientos circunstanciales se perciben nuevos principios políticos, mejor definidos a medida que el régimen soviético se aproxima a su estado de equilibrio, después de las incertidumbres y tropiezos propios de la fase inicial.

II

LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y LA SOBERANIA POPULAR

Los sistemas políticos efectivos son siempre el resultado de la experiencia, nunca improvisaciones inventadas por quiméricos utopistas. Por eso es necesario acudir al método genético, pues sólo él permite establecer el significado histórico de un principio o una doctrina, y en ciertos casos ayuda a determinar su grado de legitimidad.

Los principios básicos de la Revolución Rusa han sido formulados como perfeccionamientos de otros ya afirmados por revoluciones precedentes: la soberanía popular, la abolición de los privilegios feudales, el sistema de gobierno representativo. No es nuestra intención —ni sería oportuno— estudiar el desenvolvimiento histórico de los principios políticos que fueron la norma fundamental de los países civilizados, durante el siglo XIX. Digamos, solamente, que suele tomarse

trabajar para mantener a ociosos". Si estas fórmulas, tan simples y honradas, se adoptasen en los otros países desaparecerían inmediatamente todos los conflictos económicos que afligen a los pobres capitalistas.

como su símbolo la Revolución Francesa, y recordemos brevemente su significado en la evolución del derecho político*.

Sólo merece el nombre de Revolución un cambio de régimen que importe hondas transformaciones de las ideas o radicales desequilibrios entre las clases que coexisten en el Estado; por un vicio de lenguaje suelen confundirse con ella los motines y pronunciamientos en que se ajetrea la historia de ciertos pueblos.

Bajo el llamado antiguo régimen el poder de la monarquía había alcanzado en Francia su culminación, anulando todas las otras fuentes de autoridad e inhibiendo políticamente las fuerzas localistas feudales, conglomeradas ya en la nación, cuyos representantes dejaron de convocarse desde 1614. El poder monárquico conceptúabase de derecho divino, libre de toda coparticipación directa o indirecta con el pueblo, y a nadie sobre la tierra tenía que rendir cuenta de sus actos. La filosofía política de este régimen la concretó Bossuet, el menos original de los grandes pensadores franceses y el más respetuoso de los intereses creados. La teoría católica del poder aboluto encontró su profeta en el violento perseguidor de los cristianos disidentes; concebido el monarca como representante de Dios en la tierra, y gobernando en su nombre, justo le pareció que sólo a Dios tuviese que rendir cuenta de su gobierno. Bossuet no había eludido ninguna de las consecuencias legítimas de esas premisas. Concibiendo todos los cambios que ocurren en el mundo

* *Ver, con más extensión, el capítulo "Dos Filosofías Políticas", en nuestro libro* La Evolución de las Ideas Argentinas. *Vol. I:* La Revolución.

como obra de la voluntad divina, la historia llegó a parecerle constituída por golpes de Estado de la Providencia. Y siendo el deber esencial de los reyes servir la causa de Dios, deducía que ellos debían estar al servicio de la Iglesia; es decir, de aquel de los dioses en que él creía y de aquella de las iglesias en que él militaba, con exclusión de toda otra.

Absolutismo de derecho divino era la filosofía política del antiguo régimen. Impuesta por la omnipotencia de la reyecía no era acatada sin reclamos. En ausencia de Constitución o de leyes generales que determinaran los derechos y deberes recíprocos de las clases y entidades administrativas que conviven en el Estado, cada una de ellas — nobleza, clero, municipio, corporaciones — bregaba de hecho contra el absolutismo del poder. En cierto momento, y por la convergencia de factores numerosos, el régimen de la monarquía absoluta vaciló en Francia. Se convocaron los Estados Generales. El proceso electoral fué un caos, como era natural tras varios siglos de feudalismo militar, eclesiástico y administrativo. Desde su reunión pudo comprenderse que no iba a reformarse un régimen, sino a substituirse un mundo por otro; pronto se vió el relampagueo de una verdadera revolución en todo el orden social, que importaba el devenir de otra filosofía política.

Desde Grocio, el derecho público venía apartándose netamente de la teología que antes lo involucrara buscando sus fundamentos en la naturaleza, de acuerdo con la razón humana; a una nueva concepción del gobierno se había llegado cuando escribió Montesquieu, y a poco se difundieron en las minorías ilus-

tradas los principios de soberanía popular incorporados a la realidad legislativa por la Revolución Norteamericana. La Asamblea General francesa los consagró en la memorable "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano". Sus postulados teóricos, difundidos con mayor eficacia por Rousseau, fueron la libertad y la igualdad de todos los hombres, concebidas, la una y la otra, como bases imprescindibles de la legitimidad de los gobiernos y de la validez de las leyes.

A la filosofía política de la monarquía feudal, fundada en el absolutismo por *derecho divino* y en la desigualdad de las clases, se opuso la filosofía política de la democracia, radicando en la *soberanía popular* toda autoridad legítima, con prescindencia de cualquier otro principio político o religioso. Por la una, sólo podían ejercer autoridad quien la tuviese de Dios; por la otra sólo quien la recibiese del Pueblo.

Era, pues, la Revolución del siglo XIX el conflicto entre dos órdenes de ideas teóricamente inconciliables. Por otra parte, nuevas condiciones de vida social, incompatibles con el antiguo régimen político, hicieron que el hecho nuevo violara el derecho viejo, renovando *ab imis* las relaciones jurídicas entre los gobernados y sus gobernantes.

III

LA REPRESENTACIÓN PARLAMENTARIA FALSEA LA SOBERANÍA

Si prescindimos de algunos grupos sociales en los que puede concebirse la deliberación y la ejecución directa, estas funciones se especializan en órganos cada vez menos imperfectos; por mucho que varíen el principio y la forma de la representación, las autoridades pretenden ser representativas. En las sociedades militares, de los ejércitos; en las religiosas, de la divinidad; en las feudales, de la espada y la cruz al mismo tiempo. Pero, aunque existieron asambleas deliberativas, el derecho de representación estuvo limitado a castas privilegiadas.

A medida que los límites de la sociedad se extendieron de la tribu y el municipio a la provincia y a la nación, las sociedades particulares, unificadas en el Estado, expresaron con firmeza el derecho de diputar representantes a los cuerpos deliberativos. Así nacieron las asambleas modernas, extendiéndose variamente el derecho de representación a los diversos feudos, órdenes y clases.

Aunque restringida, la representación aspiraba a ser funcional. Los señores feudales tenían intereses propios frente a la reyecía, lo mismo que la Iglesia y el "tercer Estado". En las repúblicas y municipios medievales existió, casi siempre, la representación netamente funcional, mediante agremiaciones y sindicatos profesionales; fué, sin embargo, limitada la capacidad

deliberativa, por reservarse el príncipe o las clases privilegiadas las funciones más amplias y el monopolio del poder ejecutivo.

Este proceso histórico general corresponde a principios sociológicos muy simples. Las sociedades cuyas funciones están poco diferenciadas se adaptan al medio efectuando reacciones generales; cuando las funciones se especializan, la coordinación de las partes entre sí y la adaptación del conjunto al medio conviértense en funciones especiales servidas por instituciones apropiadas. La representación es el modo natural de coordinar las funciones para toda acción conjunta; anteponiendo la deliberación a la ejecución disminuyen las reacciones irreflexivas e inadaptadas a sus fines.

La soberanía popular fué afirmada como un derecho individual y contra los privilegios de clase; como consecuencia de ese criterio se tendió a distribuir la representación cuantitativamente, dividiendo al pueblo soberano en tantas secciones electorales cuantos representantes debía elegir. Ello permitió disgregar los privilegios que viciaban las precedentes asambleas; pero, al mismo tiempo, suprimió el carácter funcional de la representación. en vez de aumentarlo.

Reducida a su más simple esquema, la técnica adoptada en el siglo XIX para hacer efectiva la soberanía popular presentó dos características.

1ª Extensión de los derechos electorales a un número de individuos cada vez mayor y proporcionalidad numérica entre la población y la representación. Para obtener ese resultado se han experimentado diversas técnicas electorales. Los partidos políticos no

están de acuerdo sobre las técnicas preferibles, porque subordinan su criterio a la conveniencia de sus intereses creados; los hombres de estudio, sin embargo, parecen contestes en que el sistema de sufragio universal sin distinción de sexos, el voto secreto, la representación proporcional de los partidos y el ministerio parlamentario, serían las formas menos imperfectas de asegurar la representación cuantitativa de la soberanía popular.

2ª Sustitución del criterio funcional en la representación, por un criterio topográfico y cuantitativo; se ha dividido la sociedad en zonas o distritos sin función diferenciada, cuyos representantes no lo son de ninguna función social, aunque pretenden serlo de todas al mismo tiempo *. Esta técnica de la representación es la más ilógica y primitiva de todas las posibles dentro del sufragio universal; la sociedad no está representada por funciones naturales, sino por secciones artificiales. Su mantenimiento puede mirarse como una hábil artería de malos políticos para impedir los beneficios de la ampliación progresiva del cuerpo electoral. El sistema de representación parlamentaria, vigente un siglo después de afirmarse la soberanía popular, ha burlado la universalidad del sufragio. La técnica electoral ha corrompido el principio político.

Aun llegando a las formas que se reputan menos imperfectas, el régimen parlamentario actual estaría muy lejos de representar las funciones efectivas de las

* *En cualquier país el diputado de una provincia, distrito o circunscripción, representa "al mismo tiempo" los intereses de los banqueros, los agricultores, los ladrones, los rentistas, los acróbatas, los albañiles, los rufianes, los farmacéuticos, los jueces, etc., radicados en su jurisdicción electoral.*

sociedades contemporáneas. Esta afirmación podrá parecer exagerada a las personas que confunden las menudas aventuras electorales con los grandes ideales políticos; es, en cambio, una vulgaridad para todos los estudiosos de sociología. Las opiniones que exponemos carecen de la más mínima originalidad *.

La forma de representación, en todos los países — menos en la nueva Rusia — está viciada por residuos del régimen político de las sociedades feudales. Algo la ha corregido la ampliación del cuerpo electoral por el sufragio cada vez más alto; algo, la proporcionalidad numérica entre la población y los representantes, tan resistida en ciertos países por la supervivencia de antiguos regionalismos; algo, en fin, el sistema de la representación proporcional, obstinadamente contrariado en todas partes por los partidos menos liberales. Pero aun dando por efectuados esos remiendos, el sistema parlamentario actual falsea la representación.

Su crítica ya está hecha; suele considerárselo profundamente desacreditado en todos los países, aunque opinen lo contrario los políticos, que sólo representan a sus respectivas clientelas. El descrédito es merecido; el parlamentarismo actual ha llevado al gobierno representativo casi todos los vicios y defectos que sus partidarios reprochaban a los gobiernos absolutos. No es, siquiera, el gobierno de clases privilegiadas o enriquecidas; peor que eso, es el gobierno de "rings", for-

* *Ver su amplísima demostración en la* Introducción a la Sociología *del eminente Guillermo Degreef, Vol. II: y en su ensayo* Régimen Parlamentario y Régimen Representativo, *que debieran saber de memoria todos los "representantes" del pueblo.*

mados por profesionales audaces, sin más ética ni doctrina que el éxito individual dentro del éxito del grupo. La soberanía popular, afirmada por la Revolución Francesa, es indignamente usurpada en el actual sistema representativo.

No olvidemos que el resultado esencial de la soberanía popular — según Montesquieu y Rousseau — debía ser la equilibración de los poderes del Estado, quitando al Ejecutivo el privilegio de las funciones deliberativas y judiciales; durante medio siglo se llamaron "constitucionalistas" los partidos que defendían al Legislativo y "absolutistas" los que obedecían al Ejecutivo. ¿Cuál ha sido el resultado, cien años después? Con el sistema representativo actual, el Poder Ejecutivo no expresa en los países democráticos la voluntad del pueblo soberano, sino la de peligrosas camarillas profesionales; la falta de representación funcional ha desautorizado a las asambleas deliberantes, permitiendo que el Ejecutivo se sobreponga en todas partes al Legislativo y al Judicial, sostenido por mayorías parlamentarias siempre dispuestas a servir al único amo del Estado.

A expensas de la soberanía popular se han formado nuevas "castas privilegiadas", con el nombre de cuerpos Legislativos, y nuevos "absolutismos", con el predominio de los Ejecutivos.

JOSÉ INGENIEROS

IV

PARTIDOS POLITICOS Y FUNCIONES SOCIALES

Todos los cultores de las ciencias sociales que han escrito las palabras "política científica" han coincidido en decir que ésta sólo será posible cuando los partidos representen expresamente los intereses correspondientes a las diversas funciones sociales. De allí ha nacido la tendencia o la aspiración a formar partidos económicos definidos, lo que apenas logró realizarse antes de la guerra en muy pocos Estados.

El mayor obstáculo a ese progreso ha sido el régimen actual de representación, puramente cuantitativa e indiferenciada; no se ha tenido en cuenta que "el pueblo" es un conjunto de funciones sociales distintas y que para representarlas eficazmente es necesario "organizar" el pueblo, pues las zonas o distritos son heterogéneos y absolutamente irrepresentables. A esa expresión bruta del sufragio universal se la ha llamado Democracia, sin más resultado que desacreditar el vocablo; el actual parlamentarismo, en vez de representar necesidades y aspiraciones bien determinadas, expresa vagas tendencias de la voluntad social, corrientes de intereses indefinidos, mal canalizados y siempre expuestos a desbarrar. Por eso los representantes, si interpretan en un punto el pensamiento de sus representados, están obligados a contradecirlo en otros ciento, sobre los que deben deliberar sin tener para ello representación expresa.

Los partidos parlamentarios tienen por finalidad

incautarse del poder o participar de él en provecho de los representantes del pueblo más bien que en beneficio del soberano representado. Los que más hablan de patriotismo son, generalmente, los de conducta menos patriótica; no tratan de cooperar con los demás para el bienestar común, sino de combatirlos sistemáticamente para monopolizar el poder; la riña de los partidos mantiene a la sociedad en perpetua guerra civil; cada grupo impone a sus prohombres una estricta complicidad que agria el carácter y empuja a la intolerancia, resultando de ello la esterilidad de las funciones deliberativas.

De este fracaso del régimen vigente, muchos ignorantes, y no pocos pícaros, desearían deducir la maldad del sufragio universal y del sistema representativo, soñando que puede desandarse la historia vivida y volverse a los sistemas inconstitucionales o absolutos. Confunden el "sistema representativo", que es excelente, con su "actual forma parlamentaria", que es detestable. "El parlamentarismo — dice Degreef — sólo es una fase histórica y transitoria de la representación; no ha existido siempre y es probable que deje de existir. La representación de los intereses sociales, en cambio, es un elemento esencial en toda sociedad; está implícita en toda organización colectiva y es eterna, por cuanto toda sociedad, en el pasado, en el presente y en el porvenir, funciona y funcionará necesariamente conforme a algún sistema de representación". A través del desenvolvimiento histórico, la mayor libertad política y social concuerda con el máximum de organización de la representación colectiva.

No diremos, pues, que es malo el sistema representativo, sino su actual forma parlamentaria. Es uno de los inconvenientes que no se previenen al establecer el sufragio universal, pero ese error de técnica no invalida en manera alguna el principio.

El perfeccionamiento de la vida política consistirá en marchar hacia formas cada vez más eficaces del sistema representativo, procurando que todas las funciones de la sociedad tengan una representación en los cuerpos deliberativos.

Se sabe perfectamente cuáles son las funciones esenciales para la sociedad, internas o nacionales las unas, externas o internacionales las otras. Se sabe que ellas han variado en todo tiempo, de donde se infiere que sus formas actuales están destinadas a variar. Se sabe que el desenvolvimiento de los medios de comunicación e intercambio aumenta la solidaridad entre los grupos componentes de cada sociedad política (Estado) y entre todas las sociedades del mundo (humanidad).

Las actuales asambleas parlamentarias, ¿representan las funciones diversas con que la actividad social satisface sus necesidades actuales y prepara la satisfacción de las futuras? ¿Quién representa la producción, la circulación y el consumo de las riquezas, y quién la agricultura, la industria, el comercio, los bancos? Y dentro de cada función, ¿quién representa a los capitalistas y quién a los trabajadores? Esas funciones económicas no son, sin embargo, las únicas necesarias a la vida social, aunque suelen predominar. ¿Quién representa las funciones reproductivas, es decir, la fa-

milia, las madres, los hijos, cuyos intereses como tales son primordialísimos en la sociedad? ¿Quién representa las funciones educativas, morales y jurídicas? ¿Quién las funciones culturales y estéticas, las universidades, los institutos científicos, las letras y las artes? Todas esas funciones, y otras muchas, carecen de representación explícita en los parlamentos políticos que deliberan sobre la vida y la muerte de la sociedad entera.

El ciudadano es un cero a la izquierda después de elegir como representantes a los políticos profesionales que dirigen el partido de sus simpatías. El elector no les confiere la representación de funciones definidas; los elegidos no necesitan competencia especializada para representar ninguna función. El parlamento, en su forma actual, no representa a la sociedad; es un organismo parasitario y nocivo para el funcionamiento de las actividades sociales *.

Inútil sería argüir que el fracaso de la representación cuantitativa no prueba su insuficiencia, sino la incapacidad actual de los representantes y de los representados. El argumento sería legítimo si admitiéramos la inutilidad de un siglo de experiencias, en los ambientes más diversos y con factores personales variadísimos. Pero si se negara valor a la experiencia, el mismo argumento — adviértase bien — podría afirmarse en favor de cualquier sistema político o técnica electoral, inclu-

* *Se explica que Spencer y muchos individualistas tuvieran horror al Estado y al exceso de legislación; lo juzgaron por el sistema representativo vigente, sin pensar en la posibilidad de un sistema representativo funcional.*

sive los que han sido reemplazados por los actuales. Con ello se llegaría a negar la legitimidad de todo progreso o perfeccionamiento; equivaldría a oponerse a la adopción del ferrocarril, arguyendo que si hasta ahora las carretas de bueyes han sido más lentas, eso no prueba que en el porvenir no podrán ser más veloces.

Con excelente lógica, pues, arguye Degreef: "El parlamentarismo, tal como se lo ha comprendido hasta ahora, es decir, como un *poder* balanceado y equilibrado por otros *poderes,* es un órgano arcaico; es insuficiente para representar con fidelidad las necesidades sociales y no está ya a la altura de la función que se le exige. Si esto es cierto, no se deberá rechazar y condenar el sistema representativo, el cual, por el contrario, deberá ser desarrollado y perfeccionado. Lo que debe colocarse en el museo de antigüallas es sólo el parlamentarismo actual, con todas las otras piezas arqueológicas que le son correlativas". Asi se expresaba hace más de treinta años el doctísimo profesor de la Nueva Universidad de Bruselas, previendo el advenimiento de una sociedad socialista en que se adoptaría un sistema representativo funcional muy similar al que hoy se está experimentando en Rusia. Y agregaba: "No hay que ser injustos, sin embargo, porque el parlamentarismo es una fase natural de la evolución política; exactamente como el cerebro del mono, con sus sencillas circunvoluciones, es una fase precursora del cerebro humano",

V

HACIA LA REPRESENTACIÓN FUNCIONAL

Poco tenemos que inventar para decir en qué consistiría un sistema representativo funcional que no traicionase los intereses varios de la sociedad, cuyo derecho a ser representados está implícito en la soberanía popular. *Principio esencial:* en los organismos deliberativos no deben estar representadas jurisdicciones políticas ni partidos políticos, sino partes interesadas en las funciones sociales; conforme al principio de la soberanía popular, todo ser humano en ejercicio de su capacidad civil, sin distinción de sexo, tiene derecho a ser representado en el grupo o grupos funcionales de que forma parte. *Principio derivado:* los organismos ejecutivos no deben representar la mayoría inorgánica de los habitantes, sino la organización de las funciones sociales.

Estos principios no son del todo teóricos; han sido objeto de tímidos ensayos en diversas épocas y países, aunque todavía no han llegado a las asambleas legislativas. Una de sus manifestaciones más antiguas ha sido la representación por gremios en los cuerpos municipales, nunca extinguida totalmente. Al mismo fin tendían los Estados Generales, cuya representación no era numérica sino de los órdenes — clero, nobleza, tercer Estado— que, para las ideas de la época, eran las funciones básicas de la sociedad. Durante el siglo pasado se ha dado en muchos países representación a los padres de familia en las autoridades escolares. En

fin, para abreviar, la Conferencia del Trabajo recientemente reunida en Estados Unidos, no tuvo representantes de partidos políticos, sino de capitalistas, obreros y público, lo que implicó iniciar la representación funcional en reemplazo de la cuantitativa indiferenciada.

La representación funcional ha pujado durante un siglo por penetrar en el Poder Legislativo, aunque en las formas imperfectas compatibles con el parlamentarismo político. Es seguro que han tenido esa significación los partidos agrarios, industriales, librecambistas, proteccionistas, que han logrado representación en las asambleas deliberativas, aunque confundiendo en cada caso los intereses heterogéneos de los capitales y de los proletarios. Todos los sociólogos han coincidido en decir que la "política científica" sólo sería posible cuando las asambleas deliberativas se compusieran de representantes de funciones sociales y no de partidos políticos indefinidos*.

La representación funcional en el Poder Ejecutivo se ha iniciado indirectamente por la creación de cuerpos e institutos técnicos encargados de asesorar a los ministros, con la particularidad de que éstos varían con los cambios políticos de los partidos, mientras los ase-

* *Los partidos socialistas de todo el mundo nacieron proponiéndose una organización netamente funcional; se apartaron de ella al adaptarse a los diversos ambientes electorales, organizándose por distritos políticos. Con esto se olvidó una de las características esenciales del socialismo, mejor conservada en la organización de los partidos laboristas y en las federaciones sindicales. Las circunstancias han acercado en muchos países a los socialistas y los sindicalistas, y, en otros, fuertes masas laboristas han aceptado la lucha política, incorporándose al socialismo y devolviéndole, en parte, su organización funcional.*

sores técnicos pueden ser permanentes, como verdaderos gestores de funciones sociales determinadas.

A estos mismos representantes técnicos se ha atribuído un papel importantísimo en todos los organismos internacionales creados por los recientes tratados de paz. Esa tendencia hacia la representación funcional se acentuará en los futuros tratados que firmarán los pueblos anhelosos de paz, en reemplazo de los urdidos por los gobiernos ensangrentados en la guerra, después de nuevos y graves acontecimientos internacionales que todo hombre ilustrado puede fácilmente prever. La coordinación de esas representaciones funcionales de orden internacional tiende a establecer, sobre las de orden nacional, un cuerpo que será a los Estados lo que éstos son a las provincias, éstas a los departamentos, éstos a las comunas, etc., en un sistema federal de buena fe. Con ello se procurará eliminar progresivamente las soluciones antijurídicas de los conflictos internacionales, abriendo un portezuelo por donde pasarán más cosas de las que generalmente se piensa.

Existe una función social —la Enseñanza Universitaria— cuyo desenvolvimiento puede servirnos para comprender el principio y la técnica del sistema representativo funcional, en la constitución de los organismos deliberativos y ejecutivos. Las más recientes reformas ensayadas en la Universidad de Buenos Aires tienen el valor de una experiencia cuya legitimidad no se atreven a negar abiertamente los mismos que la combaten con intrigas, sin perjuicio de aprovechar sus resultados.

En las Universidades del siglo XVIII, el organismo

deliberativo y ejecutivo representaba a la autoridad política o eclesiástica que lo nombraba, sin contralor alguno. Desde la Revolución Francesa, en general, esos organismos representaron la voluntad nacional, por delegación de las autoridades constitucionales. Más tarde se dió alguna representación al profesorado en los cuerpos académicos que se integraban por sí mismos. Pronto se advirtió la necesidad de extender el derecho de representación a todo el cuerpo de profesores, que al fin constituyó los cuerpos deliberativos y eligió las autoridades ejecutivas, alcanzándose la llamada autonomía universitaria.

Fué visible, sin embargo, que este paso de la representación política a la representación técnica era incompleto, desde el punto de vista funcional; y con buen acierto, en algunos países, se ha extendido el derecho de representación en los organismos deliberativos a los profesores suplentes y a los estudiantes. Se ha marchado, pues, hacia formas de representación cada vez más funcionales, prescindiendo de todo criterio cuantitativo.

Se trata, como es sabido, de reformas que están en su primer período de experimentación; el tiempo dará la fórmula que equilibre y coordine las diversas funciones representadas. El principio está afirmado; se consolidará a medida que la experiencia sugiera perfeccionamientos técnicos y capacite a las partes representadas para comprender sus derechos y sus deberes.

A estas manifestaciones del sistema representativo funcional no damos, entiéndase bien, otro valor que el de indicios expresivos de nuevas formas que van to-

mando las instituciones sociales. Indicios, nada más; pero mucho antes de ver tierra pudo adquirir Colón la certeza de su proximidad observando los pájaros y las plantas flotantes que con progresiva frecuencia aparecían en torno de sus desesperadas carabelas.

VI

DEL FEDERALISMO POLÍTICO AL FEDERALISMO FUNCIONAL

El federalismo político, cuya legitimidad fué indiscutible al celebrarse pactos feudales para constituir uniones nacionales, puede ya considerarse inadaptado para la representación funcional de la sociedad. Es seguro que, en su origen, los municipios, feudos o provincias, constituyeron sociedades diferentes y heterogéneas, con cierta especificidad funcional bien definida; el federalismo feudal era, al nacer, más o menos funcional. Pero desde que se adoptó la técnica representativa por zonas o distritos, y nacieron los partidos parlamentarios, la representación perdió el carácter fundamental que le quedaba, convirtiéndose en simple instrumento de política profesional.

Es ilusorio creer que las deficiencias del régimen parlamentario y la gravitación del poder ejecutivo, pueden remediarse alentando las autonomías, libertades y fueros municipales o provinciales; esos remedios no corresponden a los males que deberían curar, porque los intereses y las aspiraciones sociales no dependen ya de razones topográficas localistas.

Todo ha sido escrito sobre esta materia y, como siempre, los hombres de ciencia han demostrado lo contrario de lo que interesa a los políticos de profesión. "Hoy las relaciones económicas, familiares, intelectuales, morales y jurídicas, difieren mucho de las del pasado, sea del punto de vista extensivo o intensivo, sea por su complejidad y especialización. Los grupos de intereses agrícolas, industriales, comerciales, que, en conclusión, constituyen las relaciones naturales de los grupos políticos, requieren hoy formas políticas adaptadas a su nueva estructura". Esto es lo que pierden de vista los partidarios de una descentralización "por zonas o distritos políticos", diferenciados topográficamente, complicación que de ninguna manera nos acercaría a la representación "por funciones sociales".

La legitimidad funcional del viejo federalismo aumenta de año en año; cada vía de ferrocarril, cada hilo de telégrafo, cada periódico o libro que va de una a otra aldea, de una a otra provincia, tiende a atenuar los localismos y regionalismos que todavía dificultan la unidad nacional de los Estados poco homogéneos. Y a medida que el conjunto adquiere homogeneidad, los intereses dejan de ser comunes topográficamente, para hacerse comunes funcionalmente; los agricultores de cualquier provincia tienen intereses distintos de los farmacéuticos de sus respectivos lugares; el maestro de escuela desempeña doquiera la misma función y nada común tiene con sus vecinos rentistas o flebótomos. Cuando hay unidad nacional, hay funciones nacionales. Y son estas funciones las que tienen intereses comunes por encima de las zonas y distritos, correspondiéndoles tener representación en las asambleas deliberativas.

Es imposible equivocarse, ni habría ventaja en seguir creyendo lo contrario. El federalismo político es cada vez más legítimo; para ser federalista, mirando al porvenir, es necesario poner la esperanza en un federalismo funcional. "Se comprende — escribe Degreef — que las subdivisiones políticas, electorales y aun regionales, perderían importancia según el nuevo sistema; las divisiones regionales sólo podrían tener representación distinta cuando correspondiesen a divisiones funcionales. Políticamente, en la nueva organización, se formarán uniones profesionales fuera y sobre las comunas, los cantones, los departamentos, las provincias y, queremos esperarlo, también sobre los Estados: todas estas uniones que cooperan a una misma función estarán representadas, en vez de las divisiones políticas que en los parlamentos actuales sólo representan la yuxtaposición cuantitativa de elementos heterogéneos y antagónicos". Insensiblemente, nuevas agrupaciones naturales, fundadas en la similaridad de las profesiones y de las funciones, deben sustituir a los antiguos grupos políticos, que en su origen estuvieron determinados por relaciones naturales de casta, vecindad u oficio, pero que desde hace tiempo han perdido esa significación. El órgano no corresponde ya, una vez más, a la función; al cambio funcional debe corresponder una variación estructural del órgano. Sin que yo insista, los filósofos y los sociólogos comprenderán el inmenso porvenir que esta transformación nacional e internacional depara a la unificación de la humanidad. Esos grupos y esas relaciones, existen; ¿por qué no reconocerlos?, ¿por qué no organizar a su imagen la representación social?, ¿por qué seguir viviendo de ficciones

y mentiras, seguir vistiéndonos con trajes viejos y demasiado ajustados?

En resumen, el ideal consiste en hacer efectiva la representación social, pasando del sufragio universal indiferenciado e incoherente, al sufragio universal funcionalmente organizado. Para ello es necesario renunciar al ya inútil federalismo político y ensayar un federalismo funcional adaptado a los intereses efectivos que coexisten en cada sociedad.

¿Ello es posible? ¿Cuál sería su organización técnica?

No pretendemos imitar a los utopistas; la imposibilidad de prever las circunstancias en que tal organización podrá efectuarse nos obliga a no ofrecer un plan apriorista, que seguramente resultaría impracticable en el momento histórico oportuno.

Podemos, sí, formular alguna conjetura, suficiente para demostrar que el sistema funcional es posible y que resultaría menos imperfecto que el sistema actual.

Entremos al terreno imaginativo.

En la ciudad de X — ponemos por caso — la Legislación Sanitaria está a cargo de diputados políticos de varias provincias heterogéneas y la Función Ejecutiva está delegada en un Departamento de Higiene, compuesto de diez personas que el Presidente del Estado nombra entre sus amigos políticos, anteponiendo esta condición a la competencia técnica.

Un buen día cambia el régimen político y el nuevo gobierno resuelve que la Legislación Sanitaria y la Función Ejecutiva queden a cargo de un Departamento de Higiene, compuesto de diez personas que repre-

senten a los siguientes sindicatos o corporaciones técnicas funcionales: 1º Academia de Medicina; 2º Facultad de Medicina o sus profesores de Higiene y Epidemiología; 3º Asociación de todos los Médicos de X; 4º Asociación del personal técnico del Departamento de Higiene; 5º Federación de comunas donde reinan enfermedades endémicas; 6º Representante de las sanidades marítimas de los Estados vecinos; 7º Corporación municipal de X; 8º Corporación de ingenieros sanitarios o Facultad de Ingeniería; 9º Departamento de Estadística y Demografía; 10, Sindicato central de Asilos y Hospitales (u otros cuerpos técnicos, vinculados con la función de preservar la higiene pública).

Tendríamos por loca de remate a la persona que afirmase que este Departamento de Higiene, formado por representación funcional de cuerpos técnicos, sería menos competente que el actual, constituído por delegación del Ejecutivo en diez miembros de su clientela política.

He ahí una expresión de representación funcional. Si cada sindicato o corporación representado estuviese, a su vez, constituído y dirigido con el mismo criterio representativo, el Departamento de Higiene sería una repartición pública cada vez mejor adaptada a sus fines, cada vez más útil a toda la sociedad.

Ese ejemplo, aunque hipotético, está en concordancia con aspiraciones legítimas ya expresadas en la Argentina y en otros países por el profesorado secundario y por los maestros de escuela, que pueden considerarse como el más ilustrado de los gremios. Con notoria unanimidad reclaman nuestros educadores que en los Consejos Primarios y Secundarios —municipales,

provinciales y nacional— tengan representación técnica los profesores mismos, eliminando a los elementos políticos que actualmente gravitan como factores de incompetencia e inmoralidad. La federación de los Consejos escolares técnicos conduciría a la formación de un Consejo Nacional de Educación, conforme a los principios representativos que caracterizan la actual organización soviética rusa; quedaría librada a ese cuerpo técnico —juntamente con los otros, secundarios, artísticos, universitarios y especiales— la designación de un Ministro o Comisario General de Educación, cuyas funciones se desenvolverían dentro del Poder Ejecutivo en que estuviesen representadas las demás funciones de la sociedad.

Supongamos, en fin, que todas las reparticiones públicas, así organizadas, diputaran representantes para constituir la Asamblea Deliberativa del Estado, y tendríamos representadas en ella, en vez de partidos políticos, todas las funciones y necesidades sociales organizadas en servicio público. Ese Cuerpo Deliberativo podría confiar a varios de sus miembros el cumplimiento de sus deliberaciones, constituyendo así un Poder Ejecutivo colegiado, que no representaría partidos políticos sino funciones sociales *.

* *En este ejemplo queda tipificada la organización del Estado futuro, tal como tiende a realizarse en el llamado "sistema de los soviets". Para comprenderlo es necesario no olvidar que se trata de una coordinación técnica de órganos técnicos; mientras se piense en la representación por partidos y por distritos geográficos se permanece en el federalismo artificial, que es la antítesis del funcional.*

Desde 1918 el sistema electoral ruso excluyó explícitamente "el viejo sistema de asambleas territoriales y el nombramiento previo de candidatos por las direcciones centrales de los partidos", con el objeto de asegurar la elección de diputados técnicos y competentes.

He ahí el bosquejo conjetural de lo que podría ser un Estado en que rigiese el sistema representativo funcional

VII

LA REPRESENTACIÓN FUNCIONAL EN RUSIA

Nos parece escuchar que esta disertación sobre filosofía política se ha apartado de la Revolución Rusa. Esa reflexión es infundada; la llamada "república federal de los soviets" no es, en efecto, otra cosa que una primera experiencia del sistema representativo funcional. Con todas sus naturales imperfecciones, con todos sus errores del momento inicial, con todas las dificultades de un ensayo primerizo, el principio básico del sovietismo es el reemplazo de la representación indiferenciada y cuantitativa, por la representación técnica y cualitativa.

En principio, un Consejo o "soviet" es una corporación o sindicato técnico de escultores, de economistas, de ferrocarrileros, de higienistas, de músicos, de arquitectos, de zapateros, de sociólogos, de aviadores; un "soviet municipal" es un Concejo Deliberante compuesto por representantes de todas esas funciones especializadas, en vez de los políticos de cada distrito electoral o de los concejales omniscientes que actualmente eligen los partidos. Los "soviets regionales o provinciales" no están formados por representantes de distritos políticos, sino por representantes de funciones

comunes a toda la región o provincia; los productores de cereales —pongamos por caso— de una región agrícola, forman un "soviet regional de agricultores", compuesto por representantes de todos los soviets locales; y los representantes de los soviets regionales forman el Consejo Nacional de Agricultura, que nombra a un Ministro o Comisario General de ese ramo. Del mismo modo se aspira a organizar federativamente cada ramo de las actividades sociales, aprovechando todas las excelencias intelectuales, todas las competencias *.

En la organización inicial (abril de 1918) la representación fué adjudicada conforme a cuatro criterios convergentes.

1º "Los ciudadanos de la República de los Soviets" nombran diputados por grupos funcionales; la masa de los diputados viene de los laboratorios, de los talleres, de las escuelas, de los depósitos ferroviarios, de las asociaciones científicas y artísticas, etc. En el caso particular de Moscú, capital del Estado, tiene también representación el personal técnico de las reparticiones centrales. "Así se impide desde el comienzo el nacimiento de los "profesionales de la política". Al mismo propósito concurre el hecho de que todo delegado es

* *Ver en el magazine "Metropolitan" 1919, de Nueva York, los reportajes a Raymond Robins, jefe de la misión de la Cruz Roja norteamericana enviada a Rusia. Léase particularmente la entrevista de Robins con Lenin, en que explica clarísimamente las diferencias entre la democracia política burguesa (cuantitativa, de tipo norteamericano) y el sistema soviético de la representación cualitativa (funcional y técnico, adoptado en Rusia). Esta entrevista ha sido publicada en la revista "¡Claridad!", de Buenos Aires, marzo 1º de 1920, pág. 9.*

revocable y sustituíble en cualquier momento por sus representados."

2º "Por su especial capacidad económica, o sea como productores o consumidores." En todo soviet local de ciudad y de campaña existe una subcomisión económica, que delega un diputado a su Federación respectiva; ésta, a su vez, es representada en la Asamblea General del Soviet, donde constituye la Sección Económica, juntamente con técnicos especialistas (economistas, ingenieros agrónomos y de minas, estadígrafos, etcétera).

3º A través de los partidos políticos. "El número de los representantes elegidos con este criterio es muy pequeño en comparación con los representantes directos de corporaciones técnicas. Se ha considerado que los líderes políticos pueden ser útiles en los servicios públicos; su cooperación, cuando poseen especiales conocimientos técnicos, es necesaria durante el período de transición y organización."

4º Todo soviet local o seccional tiene representación en los soviets generales de su misma especialidad.

Este sistema de representación, no totalmente funcional, se ha perfeccionado en 1919, año en que se produjo en Rusia el más grande esfuerzo de organización económica, intelectual y política conocido en la historia de Europa.

No es nuestra intención engañar a nadie sugiriendo que esa aspiración está ya realizada; pero estamos muy lejos, como se ve, de compartir la opinión de ciertas personas interesadas en definir el sistema de los Consejos o "sovietismo" como una fantasía de ignorantes o de malhechores que se han propuesto asesinar y robar

a los ricos, sin perjuicio de hacer lo mismo con los pobres.

A los dos años de experiencia, en diciembre de 1920, la organización política había alcanzado la forma siguiente:

"Toda ciudad, pequeña o grande, es gobernada en Rusia por su soviet, que corresponde a nuestros consejos municipales. La palabra soviet significa consejo. El soviet es un cuerpo representativo formado por los delegados de todas las uniones industriales y profesionales dé la ciudad, junto con los representantes de todo grupo que realice un trabajo socialmente útil, manual o intelectual. Los delegados son enviados no sólo por los sindicatos de maquinistas, plomeros y carpinteros, los empleados de oficina, y aun por la asociación de madres. Se considera que la dirección del hogar y la educación de los niños forman parte de la clase más elevada de trabajo útil a la sociedad, y la asociación de madres en cada ciudad manda delegados al soviet local, lo mismo que cualquier sindicato industrial o profesional. Las mujeres sin niños de corta edad tienen derecho a la representación, pero sólo en iguales términos que los hombres, es decir, si trabajan y pertenecen a la unión industrial o profesional correspondiente.

"El número de delegados de cada sindicato en el soviet está en proporción con el número de sus afiliados. Las uniones tienen el derecho de dar instrucciones a sus delegados, o de reemplazarlos por otros, en cualquier momento.

"Evidentemente, un consejo o soviet, compuesto de

un delegado al menos de cada grupo sindical, ha de ser un cuerpo vasto. Hay soviets de pequeñas ciudades que contaban cincuenta miembros. Los soviets de Petrogrado y Moscú tenían de mil a mil doscientos delegados. La totalidad del soviet se reúne mensualmente o aún con más frecuencia, aunque para hacer frente a las necesidades de la guerra, durante el año pasado, surgió la tendencia a delegar los poderes y efectuar menos elecciones.

"Los innumerables soviets de aldea, formados por agricultores, envían delegados a los soviets provinciales o regionales, y de ahí a los Congresos Panrusos de los Diputados de Obreros y Campesinos.

"Periódicamente se reúnen grandes congresos de delegados de todos los soviets locales y provinciales. De acuerdo con la constitución, deben ser convocados dos veces al año. En realidad ha habido siete de esos congresos durante estos primeros y memorables dos años y tres meses de régimen sovietista, tantas han sido las crisis que han tenido que ser encaradas. En las sesiones del tercero y cuarto congresos panrusos había de 1.000 a 1.200 delegados de los soviets urbanos y provinciales de todo el país. Los congresos sesionan generalmente de seis a quince días.

"En la víspera del día en que terminan las sesiones, elíjese un comité ejecutivo central compuesto de 200 miembros, para actuar como depositario de todo el poder durante los seis meses subsiguientes. Dicho comité recibe su mandato del congreso que lo elige, siendo responsable de sus actos ante el próximo congreso, y renunciando en seguida. Sus miembros son reelegibles para constituir el próximo comité ejecutivo cen-

tral. Bajo este sistema, los cambios en el personal gubernativo pueden llevarse a cabo fácilmente y al mismo tiempo es posible la continuidad.

"El Comité Ejecutivo Central Panruso sesiona casi diariamente en Moscú, la capital nacional, durante los seis meses que dura su mandato. Posee poderes legislativos y ejecutivos, salvo en lo que se refiere a cuestiones de política general, que los congresos únicamente deciden. Designa y fiscaliza los dieciocho comisariados o comités, cuyos presidentes forman el Consejo de los Comisarios del Pueblo o Gabinete.

"El Consejo de los Comisarios del Pueblo nombra su propio presidente, que hasta la fecha ha sido Nicolás Lenin. No hay presidente de la república. Lenin es tan sólo presidente del gabinete, y puede ser destituído por el gabinete en cualquier momento, así como el gabinete o cualquiera de sus miembros puede ser destituído en todo instante por el Comité Central Ejecutivo Panruso. Algunos de los dieciocho comisarios son: relaciones exteriores (G. Chicherin); guerra (León Trotsky); educación popular (A. Lunatcharsky y Máximo Gorki); consejo supremo de la economía nacional (Vladimir Miliutin); también correos y telégrafos, caminos y comunicaciones; finanzas; y la justicia del pueblo. Los decretos dictados por estos comisarios deben ser aprobados por el Consejo de los Comisarios del Pueblo y por el Comité Central Ejecutivo Panruso antes de ser promulgados" *.

* *Información de W. R. Humphries, secretario de la Asociación Cristiana de Jóvenes en la Rusia de los Soviets. (Texto íntegro traducido posteriormente para la "Revista del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas", Buenos Aires, julio, 1920).*

Es seguro que el esquema teórico de la representación funcional no puede estar aún estrictamente realizado por el régimen soviético ruso, tal como éste ha podido sedimentarse en sólo dos años de ensayo, en una sociedad devastada por la guerra y minada por la intriga.

No es posible determinar qué grado de influencia ha tenido el sistema de los Consejos, experimentado en Rusia, sobre otras manifestaciones de representación funcional; los Consejos Económicos y Obreros establecidos en Austria, Alemania y otros países, son formas iniciales de lo que ahora se llama "parlamento económico", "parlamento profesional", "democracia económica", etc., y tienden todos a sustituir la representación funcional. Son caminos convergentes para crear dentro del Estado una "administración técnica" en reemplazo de la "administración política", restando sus atribuciones a los desacreditados parlamentos actuales. No revelan un proceso concluído, sino un proceso iniciado; tan lógica parece esa transformación, que cuenta entre sus partidarios a muchos enemigos de la Revolución Rusa, dispuestos a aceptar algunos de sus principios políticos, sin compartir sus principios económicos.

Deliberadamente nos hemos abstenido de referirnos a otro aspecto esencial de la Revolución Rusa; no para pasarlo en silencio, sino para explicar claramente el sentido político de la representación funcional. Sospecháis, sin duda, que nos referimos al sistema económico que tiende a dar a los trabajadores la posesión de los medios técnicos del trabajo; este problema, de suyo interesante, merece examen detenido.

Para ello han necesitado sustituir la vieja máquina parlamentaria por el sistema representativo funcional * y como consecuencia han privado del derecho de voto a las personas que no desempeñan ninguna función social. El justo aforismo "el que no trabaja no come" fué completado, naturalmente, por este otro, igualmente justo: "el que no trabaja no vota". ¿Sería lógico que los haraganes y parásitos dispusieran del producto del trabajo ajeno? ¿Quién querría trabajar si se permitieran esas injusticias? La única atenuación de esos principios podrá referirse a la incapacidad moral o física para el trabajo; en la sociedad futura, los que no quieran o no puedan trabajar, tendrán la vida asegurada en higiénicos manicomios y en floridos hospitales.

VIII

PRESENTE Y PORVENIR

Quien haya leído la historia de cualquier revolución, sabe que las grandes reformas institucionales no se realizan totalmente en cortos períodos de tiempo, y que no es posible evitar ciertos episodios desagrada-

* *Los capitalismos internacionales (acompañados en su error por algunos socialistas mal informados) han repetido que son enemigos de los revolucionarios socialistas rusos, porque éstos se oponen a la convocación de la Asamblea Constituyente "elegida conforme al antiguo sistema político parlamentario". No se percatan de que ya funciona en su reemplazo una Asamblea Constituyente completamente distinta, "elegida conforme al nuevo sistema representativo funcional".*

Pedir la convocación de la antigua Asamblea Constituyente significa renunciar al régimen político socialista para volver a la politiquería capitalista.

bles para algunos de los que las hacen o de los que las resisten. Pero es necesario pensar —observando los admirados ejemplos de la Revolución Francesa y de la Revolución Americana— que las revoluciones no tienen por objeto aumentar la quietud y el aburrimiento de los contemporáneos, sino conquistar nuevos derechos y libertades para las generaciones siguientes. Por eso es natural que las revoluciones sean aprovechadas y loadas por los hijos de ciertos padres egoístas que las combatieron y difamaron. La vida individual es demasiado breve para que una misma.generación siembre y coseche; sólo pueden aceptar los sacrificios de la siembra aquellos padres generosos que desean para sus hijos la dicha de cosechar los frutos.

No lo ignoran los idealistsa de Rusia. No son ilusos ni tontos. Procuran el bienestar de los adultos, porque ellos forman el pueblo actual y su cooperación es indispensable; pero saben que sus rutinas y prejuicios constituyen una dificultad casi invencible para que se adapten al nuevo régimen. Por eso han puesto su esperanza en los niños y se ocupan de educarlos en una moral de amor y solidaridad, que los prepare para vivir sin la maldad y el odio que envenenan a los envejecidos en el régimen pasado.

El aumento de felicidad no es para la marchita generación de la guerra, sino para la venidera generación de la paz. Las épocas revolucionarias no hacen la dicha de nadie e implican la angustia de todos. Pero si los niños no echaran dientes porque duelen al nacer, si las mujeres se negaran a soportar los sacrificios del alumbramiento, la humanidad desaparecería mucho tiempo antes de lo que piensan los timoratos y los estériles.

Es necesario decir, a pesar de todo, que los más graves inconvenientes de las revoluciones no son los debidos a las revoluciones mismas, sino los provocados por las insensatas resistencias a su desenvolvimiento natural. El caso de Rusia es idéntico al de la clásica Revolución Francesa. La fuerza del hábito y de la rutina, la educación en ideas falsas que siguen suponiéndose eternas, los intereses creados de clases y de individuos, los desplazamientos de una inmensa masa parasitaria o privilegiada, todo se suma, en gentes que tienen la práctica del poder y la habilidad en el manejo de sus innumerables resortes. Esa convergencia de intereses y prejuicios, contrarios a todo progreso, logra necesariamente organizar una oposición tanto más formidable cuanto más innovadores sean los principios revolucionarios. Es sabido, por otra parte, que los elementos conservadores tienen a su disposición las múltiples retóricas del tradicionalismo, de la religión, del patriotismo, lo que no les impide solicitar y aceptar la cooperación del oro y las armas extranjeras, que siempre acuden copiosas al llamado, pues los conservadores de todos los países forman una tácita Internacional en defensa de sus privilegios comunes. Los medios de publicidad y de información les permiten falsificar el espíritu de toda revolución, para lo cual les basta limitarse a narrar los episodios desagradables, exagerándolos si existen o inventándolos si faltan. Con la ayuda extranjera se fraguan las conspiraciones; con la ayuda extranjera se aísla y se bloquea a los pueblos que luchan por la Justicia Social; con la ayuda extranjera se forjan viles intrigas diplomáticas; con la ayuda extranjera se traman arreglos encaminados a corromper los principios básicos de la revolución

misma. Eso ocurrió hace un siglo en la francesa y en la argentina; eso ocurre actualmente en la rusa. ¿Y cómo extrañar, entonces, los actos defensivos de Robespierre y de Marat, de Moreno y de Rivadavia, de Trotsky y de Lenin? La violencia no es la finalidad de las revoluciones, sino la dolorosa defensa impuesta por las amenazas de los reaccionarios.

Pero eso no es todo. Las revoluciones son siempre la obra de minorías educadoras y actuantes; son minorías, también, los partidos reaccionarios. La gran masa es neutra y constituye siempre un obstáculo a cualquier género de progreso que la saca de sus hábitos y rutinas. Los cambios de gobernantes, aunque se operen violentamente, no encuentran esa resistencia pasiva, porque se limitan a sustituir un elenco personal por otro; las revoluciones verdaderamente principistas, en cambio, alcanzan a todos y molestan a los amorfos, cuyo único ideal es seguir pastando tranquilamente, cerrados los ojos a todo beneficio ulterior.

Esa suma inmensa de fuerzas contrarias sólo puede ser vencida por un factor decisivo: el tiempo. La historia se desenvuelve en función del tiempo. Todas las innovaciones, si son justas, triunfan, pero no antes ni después del tiempo necesario para su maduración natural. Los hombres, si tienen conciencia histórica de su época, miran con serenidad lo que vendrá y tratan de amenguar el dolor del inevitable advenimiento; si no comprenden el sentido de los sucesos que los rodean, dan la espalda a la corriente de la historia, suscitando torbellinos que aumentan la angustia propia y la ajena.

Las naciones civilizadas marchan hacia un régimen

político fundado en la representación funcional. Educar los espíritus en esa orientación es inteligente obra de paz; obstruir el curso de la historia es loca empresa de guerra.

LA EDUCACIÓN INTEGRAL EN RUSIA

I

LA FUNCIÓN SOCIAL DE LA EDUCACION PÚBLICA

TODA profunda renovación de los principios políticos que orientan la marcha de los pueblos necesita acompañarse de hondas transformaciones en el régimen educacional. Las revoluciones más estables son las que se hacen educando. Para cambiar un régimen es necesario emanciparse de su ideología. Los ideales nuevos nunca han nacido de las enseñanzas rutinarias y no pueden ser alentados por dogmatismos envejecidos; muchas veces penetran en las escuelas, combatidos por los tímidos y por los retardados; y siempre, cuando asoman, pujan por subvertir la antigua estructura espiritual, desvencijando los intereses creados que se tienen por más respetables.

Así vemos desenvolverse la gran revolución educacional del Renacimiento, con el glorioso esfuerzo antidialéctico y naturalista de Erasmo y Vives, de Rabelais y Montaigne, de Lutero y Locke. Y poco a poco, en el andar de siglos, llega a su madurez el pensamiento moderno, que alcanza su culminación romántica en

Rousseau y su doctrina sistemática en Condorcet. El primer ciclo de la gran renovación corre desde el Humanismo hasta la Enciclopedia, guardando estricto paralelismo la ideología política con la ideología educacional. En su período jacobino e igualitario, la Revolución Francesa se preocupó más de la cultura popular que de la enseñanza superior; consideró que extender al mayor número de ciudadanos un mínimum de instrucción era preferible a intensificarla en una minoría privilegiada. No se trataba ya de formar hábiles dialécticos que siguieran embrollando a la humanidad sin lograr desembrollarse a sí mismos, sino de capacitar para la vida civil al mayor número de hombres. Se miraba con desconfianza los viejos sistemas dogmáticos y se prefería los que despertaran el sentido crítico y la aptitud para el libre examen; a lo probadamente falso se oponía lo menos inseguro; a la superstición, la ciencia.

Con ese nuevo espíritu se inició la renovación educacional en el siglo XIX. Y aquí, en las remotas provincias del Plata, tuvo sus resonancias, armónicas, en las firmes intenciones de Mariano Moreno, en los propósitos definidos de la Asamblea del Año XIII, y en la magnífica experimentación de Bernardino Rivadavia; pues entonces y para ellos, como hoy para nosotros, la transmutación del orden social debía tener por base granítica la renovación de los principios educacionales.

Los frutos del Renacimiento no maduraron todos en la Revolución Francesa. La democracia política fué instrumento imperfecto de la justicia social; ésta formuló, muy pronto, las exigencias económicas y morales que eran su indispensable complemento. Y al par que Saint-Simon y Owen iniciaban un nuevo ciclo en las

doctrinas sociales, Pestalozzi y Froebel abrían surcos en los sistemas pedagógicos.

Después, corriendo el siglo, vinieron madurando nuevas concepciones políticas y nuevas concepciones educacionales. De estas últimas fueron cumbres altísimas Herbart, Spencer y Bain, en Europa, Horacio Mann en Estados Unidos y, entre nosotros, Sarmiento.

En los últimos cincuenta años ha sido inmensa la floración de los ideales pedagógicos, tanto como lo fué la renovación de los sociales. Algunos experimentos se han hecho, pero en pequeña escala y luchando contra rutinas largamente sedimentadas; el ambiente político, fundado en la injusticia de clase, no les era favorable. Se han fomentado muchas investigaciones pedagógicas con fines científicos, pero se han obstruído las pocas aplicaciones encaminadas a fines sociales *.

Un concepto central ha dominado en todos los estudios teóricos y ensayos prácticos: *la fundación social de la educación pública.* Bajo diversos nombres tendían a lo mismo la introducción de los trabajos manuales en la escuela primaria, la adaptación de ésta y de los institutos secundarios a los caracteres de la economía regional, la creación de institutos superiores destinados a crear aptitudes útiles en su medio; y mientras de esa manera se procuraba dar capacidad manual y técnica a la población, se realizaban esfuerzos porque una mayor cultura pasase del aula a la sociedad, mediante las extensiones escolar, secundaria y universitaria. En otras palabras: se procuraba exclaustrar la educación, trans-

* *Recuérdese la guerra feroz a la escuela de "Cempuis", donde el apóstol Paul Robin puso en práctica los principios de la "Educación Integral".*

fundirla en la vida social y aumentar sus aplicaciones útiles al bienestar efectivo de los hombres.

La reciente guerra europea ha creado condiciones de hecho favorables a la experimentación de los nuevos ideales. La época revolucionaria en que todos vivimos —los ilustrados sabiéndolo y los ignorantes sin sospecharlo— se anuncia singularmente propicia a una *sustancial reforma de la educación pública,* en sus *principios,* en sus *métodos,* en sus *finalidades,* cosas mucho más importantes que las habituales reformas de programas, de horarios y de personal.

Circunstancias históricas bien conocidas han hecho de Rusia "el pueblo elegido" para iniciar el inmenso experimento social que servirá de norma al mundo civilizado. Y todos los que anhelaban para sus hijos una humanidad menos imperfecta han dirigido a Rusia la mirada, esperando su respuesta a los grandes interrogantes: ¿Es posible mayor justicia entre los hombres? ¿La paz puede esperarse de la cooperación? ¿El orden será restablecido por la solidaridad?

Los que damos a esas preguntas una contestación afirmativa, sin que nos perturben intereses creados, pensamos que la Revolución Rusa, triunfante hasta hoy por el genio de sus dirigentes y por la fe del pueblo, ha entrado ya en la fase constructiva y experimental. Y releyendo a Dostoiewski y a Turguenev, a Tolstoi y a Gorki, advertimos con júbilo que aquella vieja Rusia de los autócratas ha muerto para siempre; sobre sus ruinas humeantes está surgiendo la nueva Rusia del pueblo, vibrante de esperanza, anhelosa de libertad.

Algunas aristas del naciente edificio se descubren ya entre el andamiaje de su revolución. Para los que siem-

pre hemos dado lo mejor de nosotros a la cultura de nuestro pueblo, ningún aspecto de la nueva Rusia puede interesarnos más que su grandioso esfuerzo por la educación popular.

Luchando contra la dificultad de las informaciones, "bloqueadas" por los gobiernos inmorales que defienden con la mentira los empréstitos hechos a la autocracia zarista, trataremos de presentar en un cuadro de conjunto los principios, los métodos y los resultados de la revolución educacional que se está realizando en Rusia, bajo la dirección del ilustre Lunatcharsky *.

II

EL COMISARIO LUNATCHARSKY Y LA ORGANIZACIÓN EDUCACIONAL

Las grandes obras son frutos naturales de la madurez de los tiempos; llegan a su hora, inevitablemente, sin que nada ni nadie pueda retardarlas. Pero enseña la historia que necesitan encarnarse en un hombre, que es su abanderado o su símbolo, su guía o su ejecutor, sumándose en él las aptitudes más excelentes para pensar o hacer, cuando el medio social crea la oportunidad.

Con un acierto superior a todo elogio, el gobierno revolucionario de Rusia confió el manejo de la Instrucción Pública y las Bellas Artes al ilustre escritor y artista Anatolio Vassilievitch, más conocido bajo su

* *Por si el rápido bosquejo pudiera parecer demasiado optimista, conviene complementarlo con la lectura de la serie de documentos informativos reunidos en el "Apéndice", (publicados en la "Revista de Filosofía", Buenos Aires, julio de 1920).*

nombre patronímico de Lunatcharsky. Al hacerse cargo de sus funciones tenía ya una reputación hecha en Rusia y no era desconocido en los círculos intelectuales europeos; su obra, en sólo dos años, ha demostrado que no es un simple "funcionario" burocrático, sino un eminente pensador capaz de llevar sus ideales al terreno de la experiencia.

Algunos datos biográficos, consignados en el libro de Antonelli, permiten apreciar sus antecedentes en la lucha por la emancipación de su pueblo.

"Hijo de un Consejero de Estado de Moscú. En 1889 se encuentra inculpado en una instrucción de la policía de aquella ciudad por hacer propaganda revolucionaria entre los obreros. En virtud de una sentencia del 15 de mayo de 1902 es enviado a Viatka por dos años, bajo el régimen de vigilancia policíaca especial. Es detenido de nuevo en abril de 1903 por orden de la policía de Kiev, para responder a la acusación de haber propagado allí, en 1900, una proclama revolucionaria. En 1904 vive en Kiev y es miembro del comité local del partido socialista. En 1906 se ve inculpado en la instrucción judicial, abierta con motivo de una reunión celebrada el 31 de diciembre de 1905 en los locales de la escuela de la Sociedad Técnica Imperial. A principios de enero de 1907 marcha a Berlín, y ante los miembros de la colonia rusa, da una conferencia de contenido revolucionario. Desde entonces toma una parte activa en la vida del partido socialista ruso en el extranjero y asiste a todos los Congresos. Figura como colaborador en la redacción del órgano internacionalista francés "Le Proletaire".

"Lunatcharsky es una de las figuras más atrayentes

del grupo, de constitución frágil, el perfil estirado de un Cristo eslavo, la mirada soñadora y mística, la inteligencia dulce, más de artista que de hombre de voluntad".

Su inmensa labor en el ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes no ha merecido sino elogio, aun de sus propios adversarios. Un solo episodio, narrado por Antonelli, basta para fijar su fisonomía moral. En noviembre de 1917, contrariado por los destrozos artísticos que la guerra civil causaba, presentó su renuncia del cargo:

"Acabo de enterarme por personas que vienen de Moscú de lo que ha pasado en esa ciudad. La catedral de Basilio el Bienaventurado, la catedral de la Asunción, han sido bombardeadas.

"El Kremlin, donde están actualmente reunidos los tesoros artísticos más importantes de Petrogrado y de Moscú, es bombardeado. Hay millares de víctimas.

"La lucha encarnizada ha llegado a un grado de odio bestial.

"¿Qué se hará todavía? ¿Se irá más lejos?

"Yo no puedo soportar esto. Mi medida está colmada. Me hallo en la imposibilidad de detener estos horrores. Es imposible trabajar bajo la impresión de pensamientos que me vuelven loco.

"He aquí la razón por la cual abandono el Consejo de Comisarios del pueblo.

"Conozco todo el peso de esta resolución. Pero yo no puedo más".

Los destrozos no eran tan graves como se creyó en el primer momento y sus colegas prometieron a Lunatcharsky evitar en lo posible todo perjuicio a las obras

artísticas; lograron convencerlo de que no podía renunciar a la vasta obra que de él esperaba la nueva Rusia, accediendo a que se hiciera circular el siguiente manifiesto a los obreros, campesinos, soldados y a todos los ciudadanos:

"Camaradas:

El pueblo trabajador es al presente el dueño absoluto del país. Además de las riquezas naturales, el pueblo ha heredado enormes riquezas culturales, edificios de una gran belleza, museos, bibliotecas... Todo esto es ahora del pueblo.

Todo esto le ayudará a él y a sus hijos a transformarse en hombres nuevos...

Es necesario velar con diligencia por la conservación de este bien del pueblo.

Vosotros gritáis: "Odio al ladrón que se apropia de lo ajeno", y le amenazáis con severos castigos.

Pero es cien veces más odioso ser ladrón del pueblo. Sí; vosotros sois el joven dueño del país y, aunque debéis pensar mucho y trabajar mucho, también debéis defender vuestras riquezas artísticas y científicas.

Lo que acontece en Moscú es una desgracia horrible, irreparable. La guerra civil ha provocado el bombardeo de numerosos barrios de la ciudad, incendios... El pueblo, en su lucha por el poder, ha mutilado su gloriosa capital.

En estos días de lucha violenta, de guerra destructora, es particularmente terrible ser Comisario de la Instrucción Pública. Sólo la esperanza de la victoria del socialismo, fuente de una nueva cultura superior, nos reconforta. Sobre mí pesa la responsabilidad de la protección de las riquezas artísticas del pueblo.

No pudiendo continuar en mi puesto, donde me encontraba sin fuerzas, he ofrecido mi dimisión. Mis camaradas, los otros Comisarios del pueblo, consideran que ella es inadmisible. Proseguiré, por consiguiente, en mi puesto, hasta que me encontréis un reemplazante más digno.

Pero yo os suplico, camaradas, que me sostengáis, que me ayudéis. Conservad para vosotros y vuestros descendientes la belleza de nuestra tierra; sed los guardianes del bien público.

Luego, hasta los más ignorantes, que han sido mantenidos durante tanto tiempo en las tinieblas, despertarán y comprenderán cómo el arte es una fuente de alegría, de fuerza y sabiduría.

¡Ciudadanos, velad por nuestras riquezas nacionales! *A. Lunatcharsky*".

El hombre que así hablaba en defensa de los tesoros espirituales que el arte y la ciencia representan para la humanidad, merecía la gloria de iniciar la más profunda reforma educacional conocida en la historia de los pueblos civilizados.

Sobre las ruinas dejadas por el nefasto zar y por el oblicuo Kerensky, ha sido necesario organizar una educación pública esencialmente social, luchando contra el sabotaje de los maestros mismos, pues los más de ellos pertenecían a la "Unión de los Maestros de Rusia", sociedad formada con espíritu de privilegio bajo los auspicios de la autocracia zarista.

La administración central, y las locales, han sido montadas conforme a los principios del federalismo técnico y funcional. El antiguo ministerio y su engra-

naje de favoritismo político han sido reemplazados por un Consejo de Educación Nacional, que preside Lunatcharsky, y por un Cuerpo Técnico, que asesora al anterior en todos los asuntos pedagógicos. En ambos cuerpos están representados el Gobierno, las corporaciones sindicales, las sociedades de maestros y profesores, las instituciones pedagógicas y las sociedades de cultura popular. Todos los que *saben y se interesan* por la función educacional están técnicamente representados. Esta organización, verdaderamente federativa, ha sido planeada desde el primer momento, perfeccionándose en 1919 su mecanismo técnico y extendiéndose el sistema a los Consejeros Escolares de todas las ciudades y aldeas, que están federadas, a su vez, en Consejos Provinciales y Regionales, que tienen representación en el Consejo Nacional.

Es evidente que la formación de tan eficaz organismo administrativo no ha sido igualmente fácil en todo el inmenso territorio ruso; lo esencial es dejar establecido que existe y funciona con una extensión mucho mayor que la administración educacional zarista. Su andamiaje técnico puede esquematizarse en la forma siguiente:

1º Cada escuela o instituto educacional está dirigido por un Consejo (Soviet escolar), compuesto por representantes de los maestros, los alumnos, los padres, el municipio, la autoridad escolar superior y otras entidades relacionadas con la función de la escuela (bibliotecas populares, extensión escolar para adultos, sindicatos de madres, cuerpo médico, etc.).

2º Las escuelas de un mismo municipio o distrito dependen de un Consejo (Soviet educacional de muni-

cipio o distrito), en que están representados los Consejos de escuela y las entidades conexas.

3º Las escuelas de una misma región o provincia dependen de un Consejo (Soviet educacional regional o provincial), en que están representados todos los Consejos de municipio y de distrito, además de las entidades conexas.

4º Todos los Consejos regionales o provinciales están representados en el Consejo de Educación Nacional, que es asesorado por un Cuerpo Técnico en que están representadas las entidades conexas.

Todos los representantes o delegados, desde el Consejo de Escuela hasta el Consejo Nacional, son directos y pueden ser revocados en cualquier momento por sus mandantes.

El Comisario (ministro) de Instrucción Pública es nombrado por el soviet federal y forma parte del Poder Ejecutivo *.

Este engranaje federativo posee resortes inversos. El Consejo Nacional tiene representantes en los Consejos Provinciales, éstos en los Consejos Municipales, éstos en los Consejos de Escuela y cada uno, por otra parte, tiene representantes en los Consejos de funciones conexas y en los Consejos político-administrativos de ciudad c provincia, en que están representadas las diversas funciones sociales.

En la práctica menuda ha sido necesario afrontar dos problemas: la situación económica de los maestros actuales y la preparación de nuevos maestros. La infor-

* *Podríamos compararlo a un Ministro de un Poder Ejecutivo que fuese elegido por el Poder Legislativo Federal, responsable ante el mismo y revocable en cualquier momento.*

mación más reciente a este respecto es la publicada por la revista "España", de Madrid *.

"Una de las mayores dificultades que la República de los Soviets ha tenido que vencer ha sido la resistencia pasiva, el sabotaje, realizado al principio en contra de ella por los antiguos maestros y profesores; hoy, sin embargo, la gran mayoría de los primeros está ya con el Gobierno; pero los segundos (que tenían privilegios debidos al favoritismo y no a la competencia), han ofrecido mayor resistencia a trabajar con el nuevo régimen, aunque parece que el número de los que colaboran con él es cada día mayor.

"Correspondiendo a los principios de la escuela unificada, la República tiende a la supresión de las diferencias existentes entre los maestros y profesores de los diversos grados de enseñanza, y a su unificación en un magisterio único (no rebajando a los profesores, sino

* *Precedida por la siguiente nota de la Redacción:*

"La serie ininterrumpida de falsedades difundidas sistemáticamente por las agencias informativas burguesas y reaccionarias, para combatir a la República socialista rusa, han pintado la obra de ésta como el producto más acabado de la ignorancia y de la barbarie. Por otra parte, el bloqueo espiritual a que ha estado sometida la República ha sido hasta ahora tan intenso que ha hecho muy difícil salir al encuentro de los que usaban procedimientos de lucha tan poco nobles y elevados, con una información directa y autorizada. Poco a poco, sin embargo, comienzan a llegar a nosotros testimonios de una veracidad no sospechosa, sobre la verdadera situación de las cosas en Rusia, y por ellos empezamos también a ver la estupenda obra llevada a cabo por la primera Comunidad proletaria del mundo en diversos dominios, y entre ellos, el de la Instrucción Pública.

"En la imposibilidad de exponer con todos sus pormenores el cuadro completo de la reforma pedagógica rusa, las líneas que siguen aspiran sólo a dar una impresión de ésta, sacada de fuentes directas y, en su mayor parte oficiales". — La Instrucción Pública en el régimen de los Soviets, *artículo de la revista "España", Madrid, febrero 7 de 1920.*

elevando a los maestros). Como regla general se ha establecido para todos la jornada de trabajo de cuatro horas diarias, o veinticuatro semanales.

"Los sueldos han sido duplicados; sólo las mejoras introducidas en el segundo semestre de 1918 hicieron ascender el presupuesto de Instrucción Pública a cerca de un *billón,* y Lunatcharsky calcula que la plena implantación de la escuela unificada supondrá un presupuesto de *seis billones.* "La nueva Rusia —dice— necesita maestros no incapacitados por la miseria y la necesidad, sino maestros de gran cultura, de elevado desarrollo intelectual y de perfecto vigor físico".

"Junto a las mejoras económicas se han introducido también mejoras en la preparación de los maestros. Se ha creado la Facultad de Pedagogía en las Universidades, y las Escuelas Normales se han convertido en Institutos pedagógicos superiores. En el último año se han creado cuatro Institutos de éstos; 42 Seminarios de maestros y 110 cursos de perfeccionamiento; sólo a los cursos de Petrogrado asistieron 2.000 maestros."

III

LOS PRINCIPIOS BÁSICOS DE LA REFORMA ESCOLAR

Los principios que inspiran la educación elemental en Rusia reflejan las ideas más modernas de la pedagogía científica. Han podido llevarse a la práctica ciertas normas expuestas durante el siglo XIX por los educacionistas más ilustrados, y que aún permanecían en el terreno de la pura doctrina; la desaparición de los intere-

ses creados ha permitido salir de las rutinas que impedían ensayar la *Educación Integral,* tal como en su célebre escuela de Cempuis la aplicó Paul Robin, tal como la señora de Tolstoi para su arcádica escuela de Iasnaia Poliana.

Los principios pueden reducirse a tres: 1º *Unificación del sistema escolar;* 2º *Capacitación para el trabajo de utilidad social;* 3º *Educación para la vida cívica y política.*

1º — *Unificación del sistema escolar*

Con este principio se persigue la coherente armonización de todos los grados y ramas de la enseñanza, imprimiéndoles la *unidad de espíritu* que los hace converger hacia *resultados homogéneos,* a la vez que aseguran la *continuidad del desenvolvimiento educacional* desde el Kindergarten hasta la Universidad. Esta bella aspiración, enunciada en todos los países civilizados por sus más cultos educadores, comienza a ser en Rusia una realidad efectiva. Para ello ha sido necesario suprimir las divisiones y tabicamientos que separaban las escuelas primarias de las secundarias y superiores, articulándolas en un sistema continuo y progresivo. La asistencia escolar es obligatoria para todos los niños desde los seis hasta los diecisiete años, haciéndose durante los dos primeros en jardines infantiles o kindergartens. Toda la educación es gratuita y se provee a los niños de material escolar, alimentos, vestidos, calzado. La escuela es laica; se imparte en ella una intensa educación moral y cívica, dejando al dominio familiar la inculcación de creencias religiosas.

La escuela unitaria o unificada se divide en dos ciclos: el primero, de cinco años, corresponde a nuestra enseñanza primária; el segundo, de cuatro, a la secundaria. Con esto se ha resuelto en Rusia el viejo y estéril debate sobre la naturaleza de la enseñanza secundaria, que nunca acertaba a definirse como un complemento de la primaria o como una preparación de la universitaria. En Rusia es una cosa y la otra, naturalmente, sin transición. Todos los niños están obligados a seguir el segundo ciclo, de manera que la *enseñanza secundaria es gratuita y obligatoria,* exactamente como la primaria. La ampliación de estudios superiores o universitarios es facultativa y vocacional; pueden seguirlos gratuitamente todos los ciudadanos mayores de dieciocho años, sin distinción de sexos. Los trabajos prácticos y experimentales sólo pueden ser seguidos por los que demuestren capacidad para ello, mediante un examen; para los que no han pasado esa prueba se organizan cursos intensivos especiales por los mismos profesores, realizándose de este modo las legítimas aspiraciones de la *extensión universitaria.*

2º — *Capacitación para el trabajo de utilidad social*

Éste es el fundamento técnico de la nueva escuela. En el primer ciclo, o enseñanza primaria, el trabajo no está diferenciado ni especializado; la educación es integral, encaminada a despertar todas las aptitudes físicas, intelectuales y morales del niño. Más tarde, en el segundo ciclo, o enseñanza secundaria, el trabajo se diferencia y especializa; los niños, desde los trece años de edad, trabajan en parte fuera de la escuela, en campos,

fábricas, talleres, etc., participando en labores sociales y aprendiendo a contribuir al bienestar común. El contenido espiritual de la nueva escuela consiste en la naturaleza misma de las labores escolares, contrario a las doctrinas corrientes. "El objeto del trabajo escolar debe ser una labor útil, no como compensación de lo que se le provee al niño, ni tampoco como simple método de enseñanza; ha de basarse en el precepto ideológico de que *el trabajo es una función de utilidad pública.* Es indispensable que la labor del niño sea productiva para que él comprenda la alta significación moralizadora del trabajo." *.

Como los niños no trabajan en pago de la educación que reciben, el trabajo debe ser agradable; para ello se evita que se efectúe cuando el niño está física o mentalmente fatigado, dando un carácter amistoso a las relaciones entre los maestros y los alumnos. Se ha procurado cuidadosamente en la enseñanza del trabajo, la *adaptación al medio social;* los niños de las ciudades son preferentemente capacitados para la producción industrial y los del campo para la agrícola o ganadera, según los casos. El principio adoptado es muy simple: lo que está más próximo al niño debe ser el primer tema de su educación.

De esta manera, al terminar el segundo ciclo de la enseñanza obligatoria, todo ciudadano se encuentra en situación de servir a la sociedad realizando el trabajo más útil según su vocación y dentro del medio en que vive. Si lo desea, puede seguir cursos universitarios para perfeccionar sus conocimientos profesionales; si posee aptitudes especiales puede seguir una carrera técnica

* *Informe norteamericano de Post Wheier.*

universitaria y ello le permitirá consagrarse a investigaciones o aplicaciones de las ciencias, que serán de mayor beneficio para la sociedad. Para ello el gobierno soviético ha fomentado los institutos científicos, dotándolos con una generosidad que hace honor a sus principios idealistas *.

* *El gobierno francés encargó a M. Víctor Henri, maestro de conferencias en la Sorbona, una misión de estudios en Petrogrado y Moscú; sobre sus resultados presentó M. Lallemand un informe a la Academia de Ciencias, de París, del cual se da noticia en la revista "Scientia", dirigida por Eugenio Rignano. Los sabios trabajan en mejores condiciones y se han creado nuevos institutos científicos, colecciones y museos. "El centro intelectual de la nueva Rusia es la Academia de Ciencias de Petrogrado, que ha tomado bajo su protección museos, laboratorios y facultades. Se ha constituído una gran comisión para el estudio de las riquezas y fuerzas de Rusia, que se compone de 33 secciones, de las cuales 22 funcionan en Petrogrado y 11 en Moscú.*

"Entre los nuevos institutos cita M. Henri el instituto de química, el del platino, en el que los sabios rusos han logrado encontrar el procedimiento secreto de la separación del platino y del iridio, que los alemanes mantienen oculto; un instituto de materiales de construcción; otro de mejoramiento de razas lanares; otro dedicado al estudio de las tierras y los abonos.

"Funcionan también desde hace algunos meses institutos especiales de radio, de rayos X, de óptica teórica y aplicada, de cristalografía y del trabajo.

"La Academia de Ciencias de Petrogrado ha emprendido una serie de estudios geodésicos y empezado la formación de una carta magnética de Rusia. Al instituto de pesas y medidas se han agregado nuevos laboratorios.

"Antes de la guerra los sabios rusos publicaban sus trabajos en las revistas francesas, alemanas e inglesas. Hoy la Academia de Ciencias publica un Boletín redactado en ruso y en francés, donde verán la luz todos los trabajos de los hombres de ciencia rusos.

"El gobierno de los soviets ha sido espléndido, en general, con la ciencia. Se han concedido todos los créditos solicitados para obras científicas. M. Henri dice que jamás había sido tan rica la ciencia rusa".

3º — *Educación para la vida cívica y política*

La tercera finalidad ideológica de la nueva educación es que la escuela debe preparar en cada alumno a un ciudadano. Con ese fin se acostumbra a los niños en la práctica de sus futuros derechos, dándoles intervención activa en la vida escolar. Para ello se ha constituído la administración según principios nuevos, introduciendo en los Consejos escolares la representación de todos los intereses sociales vinculados a la función educacional; cada Consejo tiene representantes de los estudiantes del segundo ciclo (secundarios) ; la Escuela, constituída por delegación de alumnos, maestros, vecinos, madres y autoridades, decide colectivamente sobre sus asuntos internos, de acuerdo con reglamentaciones establecidas y teniendo en cuenta ciertas características locales.

El concepto de la disciplina escolar ha variado sustancialmente. No se busca la obediencia pasiva, sino la adhesión consciente; el maestro no es un amo, sino un consejero. "La disciplina formalista de la vieja escuela, que aprisiona la vida escolar, privándola de la libertad tan necesaria al desarrollo personal del niño debe proscribirse de la nueva Escuela. El trabajo, por sí solo, ha de producir la educación íntima del niño, sin la cual ninguna actividad es posible en una sociedad bien ordenada. La vasta y completa educación asegurada al niño por todas las actividades de su vida escolar, le enseñará de hecho los beneficios de la coordinación y de la división del trabajo; de este modo el discípulo comprenderá la manera de utilizar metódicamente la energía humana y su capacidad productiva, aprendien-

do por sí mismo el sentimiento de responsabilidad por el trabajo que ejecute, que será una parte individual de una obra colectiva. De esa suerte, la labor social productiva y la total labor escolar, deben educar al ciudadano futuro para la vida armónica y solidaria en una comunidad socialista." *. Por ese doble camino de la práctica cívica y de la solidaridad colectiva, la escuela forma ciudadanos para la república federal de los soviets.

Las instituciones de enseñanza superior, o universitaria, gozan de una amplia autonomía; en sus Consejos directivos tienen participación los profesores y los estudiantes, constituyendo cada instituto una asociación educacional que tiene a su cargo la preparación de profesores para las universidades populares y la organización de los cursos de extensión universitaria.

El ensayo más completo de la nueva educación se está haciendo en Iasnaia Poliana. Es seguro que la famosa finca de León Tolstoi no podía tener mejor destino que el de ser aplicada a la experimentación de sus propios ideales pedagógicos. La ocupan en la actualidad ochocientos niños, hijos de obreros y de campesinos. Acerca de su organización y funcionamiento se tienen los siguientes datos **:

"Tatiana, la hija predilecta de Tolstoi, y Teerthoff, el amigo y testamentario del maestro, recibieron de la Comisaría de Instrucción Pública del Gobierno de los Soviets el encargo de organizar una República infantil, un Estado comunista en miniatura, como si Tolstoi viviera, como si él mismo fuese el maestro de aquellos

* *Informe norteamericano de Post Wheler.*

** *Amadeo de Castro: "Una república infantil", en "Nuevo Mundo", Madrid, enero 9 de 1920.*

ochocientos niños. Y como si hubiesen invadido aquellos bosques bandadas de pájaros, se han llenado de alegría, de cánticos, de gritos y de risas.

"Las habitaciones particulares de Tolstoi se han convertido en un museo. Los demás edificios que allí había, y otros construídos nuevamente, se han destinado a dormitorios y talleres de los niños. Se les enseña a labrar la tierra como verdaderos agrónomos modernos, y para los que quieren dedicarse a otros trabajos, hay escuelas de mecánica, de ebanistería, de sastrería y de otras industrias y oficios. Para todos, en fin, hay teatro, biblioteca, academias de música y pintura, gimnasios, baños, campos y pistas de deportes.

"Toda la organización, todo el trabajo, están entregados a los mismos niños. Tatiana Tolstoi, Teerthoff y los maestros de los talleres, de las escuelas y de la labor agraria, no son más que guías y consejeros. Los niños mayores tienen viva la noción de su responsabilidad. Han de cuidar de los pequeños y han de preverlo y organizarlo todo. Reunidos en consejo, discuten y resuelven los asuntos de su República; cuando dudan, cuando vacilan, cuando temen haberse equivocado, acuden bajo el árbol donde Tolstoi aconsejaba a sus visitantes. Allí está Tatiana, que a su sensibilidad femenina une la fe en su apostolado, y allí está Teerthoff, espíritu moldeado en las doctrinas de Tolstoi.

"Los niños viven de su trabajo. La comida vegetariana con que se alimentan se produce casi íntegramente en los campos de Iasnaia, que labran los niños; se entrega al Estado la leña y la madera del bosque, los caballos y las vacas que pastan en sus praderas; se entregan también muchos productos de los talleres, y a cam-

bio de ellos reciben los niños cuanto puede hacerles falta para su vida sobria y ordenada. Cada mes se reúne la asamblea de niños; el *soviet,* elegido por todos, entre los mayores, da cuenta de los negocios de aquel Estado infantil, expone proyectos, da consejos. Todos los niños tienen voz y voto en la asamblea; a veces los más pequeños hacen observaciones agudas y proponen cosas deliciosas: someten a la asamblea sus pasiones, sus luchas, sus anhelos, sus tristezas, y se les juzga y se les conforta por sus compañeros. El espíritu de Tolstoi parece presidir este ensayo de pedagogía comunista.

"Los técnicos podrán discutir, negar eficacia y aun creer dañina esta subversión de todos los principios clásicos del arte de educar; pero sentimentalmente, se siente uno sugestionado y atraído por estos procedimientos de autoeducación, que en el caso de Iasnaia Poliana aparecen iluminados por la más alta espiritualidad que vivificó la literatura europea del siglo XIX."

No somos profetas. Creemos, sin embargo, que los capitalismos aliados no lograrán destruir la profunda revolución social iniciada en el pueblo ruso por las escuelas de Lunatcharsky, más invencibles que esos mismos ejércitos de Trotsky que han triunfado peleando en doce frentes a un mismo tiempo.

IV

LA EDUCACIÓN DE LOS ADULTOS

Como herencia del régimen zarista la Revolución Rusa recibió millones de analfabetos y ninguna institución eficaz de educación popular. Se temía a los libros

más que a los explosivos; todo obrero o campesino que leía era considerado subversivo. El zarismo necesitaba siervos domesticados y no se preocupó de formar ciudadanos conscientes.

Para corregir ese pasado malsano se han emprendido tres grandes obras revolucionarias: 1º, la *Educación de los adultos;* 2º, la *Extensión Universitaria;* 3º, la *Difusión del Libro.*

1º — *Educación de los adultos*

Contra el analfabetismo de los adultos se ha fundado un Departamento especial en el Consejo Nacional de Educación. Lo dirige una educacionista y escritora, N. K. Ulyanova, esposa del eminente estadista Lenin. Lo que ya ha realizado es sorprendente y bien podía la distinguida maestra enorgullecerse de los ideales expuestos en el Primer Congreso Panruso Educacional, efectuado en Moscú a fines de agosto de 1918 *. Las informaciones posteriores concuerdan en alabar los progresos diarios que se obtienen en el mismo sentido. Se ha extremado el rigor en esta lucha contra la ignorancia. El Soviet de Petrogrado, en noviembre de 1919 dictó un decreto haciendo obligatoria la asistencia escolar a todos los analfabetos comprendidos entre los 17 y los 50 años, castigando a los desertores con un cambio de categoría en la distribución de víveres y con la expulsión de las corporaciones profesionales. Además se dispuso no proporcionar trabajo a los que no aprendan a leer en el plazo de seis meses, prohibiendo a los industriales

* *El informe fué publicado en el periódico "Narodnoe Prevyeschnie", mayo de 1919.*

emplear a los analfabetos, bajo pena de una fuerte multa.

"Todo el que sabe algo puede enseñarlo. Todo el que ignora algo tiene derecho a aprenderlo. No debe haber un solo analfabeto en Rusia. La enseñanza del adulto debe empezar por lo que puede serle más útil. Los conocimientos técnicos son indispensables para elevar el nivel de todo trabajo. Toda enseñanza histórica debe comprender el desarrollo del trabajo y de los instrumentos de civilización." He ahí algunas de las fórmulas repetidas con más insistencia por la señora Ulyanova; por una coincidencia explicable, todas ellas se encuentran una y cien veces en los escritos educacionales de nuestro Sarmiento.

2º — *Extensión Universitaria*

El concepto de la Extensión universitaria ha sido ampliado en proporciones que ha pocos años nadie habría previsto. No se trata de fundar Universidades Populares o de dictar cursos en las Universidades del Estado. El propósito, ya practicado, es utilizar *todos* los institutos de enseñanza superior para la elevación intelectual y técnica de *todo* el pueblo. Para obtener ese resultado se hacen actuar resortes de diversa índole, aunque convergentes.

Cada instituto superior o universitario, posee una Asociación o Consejo Educacional, compuesto de profesores, estudiantes, etc.; ese Consejo debe formar otro especial o anexo, encargado de dos funciones relacionadas con la educación popular: 1º, preparar los profesores para las Universidades populares que se están difundiendo por toda Rusia; 2º, organizar cursos no

destinados a especialistas, sino a las personas que desean ampliar su cultura general. De esta manera se llenan, y aun exceden, las aspiraciones corrientes de la extensión universitaria, con una amplitud hasta hoy desconocida.

Al mismo tiempo, el interés por la cultura superior es despertado "desde abajo". En 1918 se fundó una Organización independiente de cultura obrera ("Proletcul"), agregada al Consejo de Educación; su objeto es crear una poderosa corporación panrusa que unifique, estimule y dirija las actividades culturales y pedagógicas de todas las organizaciones obreras. Su objeto no es atraer al obrero a la Universidad, sino llevar la educación universitaria al centro obrero, al sindicato. Publica una revista especializada en la técnica de la educación popular, forma catálogos para las bibliotecas obreras, coordina cursos y los adapta a las necesidades regionales, dirige la formación de clubs para la educación de las costumbres, tiene a su cargo el manejo de una gran biblioteca y librería central, etc. De este modo, aun en la más pequeña aldea, se procura crear los órganos apropiados para ampliar las funciones educacionales de la escuela municipal.

La nueva Rusia ha comprendido que las revoluciones sólo son duraderas cuando actúan sobre la conciencia del pueblo; la violencia es fugaz, la educación es permanente y creadora. Por eso obtiene resultados que no podrían borrarse ni restableciendo la autocracia de los zares. "El pueblo ruso devora, con una aptitud maravillosa para el aprendizaje, todos los elementos que se le ofrecen para mejorar su educación, sea un simple dis-

curso, una serie de lecturas, un curso escolar, o un libro voluminoso.

"Se abren en todas las ciudades universidades públicas, como también librerías y salones de conferencias. El cinematógrafo toma parte activa en la obra educativa. Las más altas universidades quedan abiertas a todos los ciudadanos que anhelan aprender vehementemente y que poseen la aptitud de agregar a sus conocimientos las enseñanzas universitarias."

Ésa es la obra revolucionaria que los capitalistas extranjeros no podrán destruir, por mucho que los Kerensky y los Denikin les alquilen sus servicios.

Una impresión vívida de ese nuevo mundo moral, cuidadosamente ocultado por las empresas telegráficas, nos ha dado el periodista A. Wallenius, que escribe desde Rusia lo siguiente:

"Ahora me limitaré solamente a una de las fases de la inmensa obra cultural que se lleva a cabo entre los obreros, en uno de los distritos de Moscú.

"Los miembros de uno de los Soviets organizaron un club, el cual dispuso de un palacio y de 20.000 rublos.

"Inmediatamente se inició allí una actividad febril. En un lapso muy corto los salones y corredores del palacio fueron frecuentados no solamente por los miembros del club, sino por los trabajadores de los distritos cercanos de Moscú. Las pocas tardes que pude pasar en este club bastaron para convencerme de que la nueva Rusia obtendrá una óptima cosecha de su actividad cultural.

"En el primer gran salón al que entré, no había nada que lo distinguiera de un salón común. Se realizaba una conversación general, como en todo centro sociable.

Pero en la pieza próxima hallé a un grupo de jóvenes agrupados en derredor de un músico, de luengos cabellos y de ojos negros, quien explicaba la teoría y el significado de la música, particularmente de la balalaika.

"Los auditores, sentados allí con sus propios instrumentos en la mano, escuchaban atentamente y terminaban ilustrando prácticamente las palabras del maestro y asimilaban el hermoso arte de la ejecución de la balalaika.

"La lección de la tarde siguiente estaba destinada a los violinistas. En otra pieza se daba clase de canto. En la tercera habitación, clase de declamación, en la cuarta, de escritura; en otra, de aritmética; en otra, de inglés, y más allá aún, se estudiaba el alemán y el francés.

"En todas partes reinaba la más grande actividad, por doquier se veía una infinidad de personas ávidas de aprender y de enseñar. Allí no faltaban los profesores competentes. Experimenté la más grande alegría visitando la habitación en la cual los trabajadores recitaban sus propias producciones originales. Allí las discusiones se desarrollaban en un ambiente de alegría, franca y leal. Todo rasgo de egoísmo es en el acto criticado sin ambages ni rodeos, casi cruelmente; pero todo lo bello, altruísta, original y sensible es estimulado, ya por un hondo silencio que brota del fondo del corazón, ya por vivos aplausos" *.

* *Allan Wallenius en "Revista de Filosofía", lug. cit.*

3º — *Difusión del libro*

La difusión del libro ha sido la tercera palanca que ha obrado para la educación de los adultos. Desde los primeros momentos se comprendió su necesidad; a fines de 1917 se publicó el siguiente decreto, que merece reproducirse y deberían imitar todos los gobiernos que se interesaran por la dignificación de los pueblos:

"En vista de la inercia que por varias razones reina entre los impresores, y dada la escasez de libros, la Comisión para la Educación del pueblo, por medio de la sección de publicaciones literarias, y en colaboración con las secciones de la ciencia y del arte, y con la ayuda de representantes de la Unión de tipógrafos y de otras importantes instituciones y personas expertas que la comisión juzgue útil invitar, reanudará inmediatamente las publicaciones en gran escala.

"Ante todo hará una edición popular a precio ínfimo de los clásicos rusos y reeditará aquellas obras cuyos derechos de autor hayan caducado.

"Las obras de todos los autores que hayan pasado de propiedad privada a propiedad pública podrán ser declaradas monopolio del gobierno, por orden especial del Comisario nacional para la educación, y por un período que no exceda de cinco años.

"La Comisión hará uso de estos derechos cuando se trate de celebridades literarias, cuyas obras, en virtud de esta ley, se convierten en propiedad del pueblo.

"De estas obras se editarán dos series. Una edición científica completa, confiada a la sección idioma y letras rusas, de la Academia de Ciencias (una vez demo-

cratizada y adaptada a la nueva vida pública de Rusia), y una edición abreviada de obras selectas. Toda selección constará de un volumen único y completo. En la selección el editor se guiará, entre otras consideraciones, por el criterio de la conveniencia de las clases trabajadoras, en cuya ventaja se costean estas ediciones populares. Tanto en las colecciones como en las publicaciones separadas, las obras más importantes serán precedidas por prefacios de críticos y de historiadores autorizados de la literatura. Presidirá la edición de estas obras un colegio especial de eminentes representantes de las sociedades educadoras, literarias y científicas, personas entendidas expresamente invitadas y delegados de las organizaciones obreras. Los editores, confirmados por esta Comisión de contralor de las publicaciones, deben presentar a este órgano sus planes particulares de publicaciones.

"La edición popular de los clásicos debe ser vendida a precio de costo, y si los medios lo permiten, también a menos del precio de costo, y distribuída gratuitamente a las bibliotecas que prestan sus servicios al pueblo.

"La casa editora gubernativa editará toda especie de libros de texto, revisando los viejos manuales por medio de una comisión especial, formada por delegados de las organizaciones educadoras científicas y democráticas, y por personas expertas particularmente invitadas.

"La casa editora gubernativa está autorizada para subvencionar públicamente periódicos o libros, de sociedades o personales, reconocidamente de utilidad pública general, quedando entendido que si esas publicaciones arrojaran utilidades, los subsidios serán reintegrados al Gobierno.

"A los efectos arriba indicados se pone a disposición de la Comisión gubernativa para la educación, la suma de un millón y medio de rublos.

"Todas las órdenes de impresión serán dadas exclusivamente a la dirección de la Unión de tipógrafos, la que regulará la distribución por medio de las comisiones autónomas de las varias oficinas de la prensa" *.

Tan noble pensamiento necesitaba su hombre. ¿Quién podía ser? Todos pensaron en Máximo Gorki, aunque éste no se había adherido a los bolcheviques, manteniéndose alejado de la política. Con un gesto noble, olvidando toda pequeña divergencia de métodos, Gorki respondió al llamado de la nueva Rusia y desde ese momento hasta hoy dirige ese verdadero "misterio editorial", con una laboriosidad sólo comparable a su competencia.

Gorki no necesita presentación. Lo que ha realizado no es inferior a lo que podía esperarse de su talento; no se ha limitado a distribuir los libros existentes en los muertos estantes de las librerías; ha emprendido, directamente, la selección y publicación de libros, formando una lista de clásicos rusos (Gogol, Dostoiewski, Lermontoff, Pushkine, Tolstoi, Turguenev, Clichoff, etc.), cuyas obras ha editado y distribuído gratuitamente. ¡Hermosa lección para los patrioteros zaristas y kerenskianos, cuyo nacionalismo consiste en recibir subvenciones extranjeras para combatir al pueblo ruso! Pero como el amor a la propia literatura no impide admirar las literaturas de los otros pueblos,

* *Publicado en el Nº 9 del "Boletín del Gobierno Provisorio", noviembre 12 de 1917. Traducción castellana en "Documentos del Progreso", Buenos Aires, febrero 15 de 1920.*

se ha creado un Departamento especial para las extranjeras, que está bajo el contralor inmediato del mismo Gorki.

Para el mejor éxito de su empresa ha solicitado la cooperación directa de ilustres prosistas extranjeros, confiándoles la redacción de estudios biográficos sobre los grandes hombres de la humanidad *.

En fin, se ha constituído un Comité especial para la publicación de obras científicas, con dos secciones: de

* *"Petrogrado, diciembre de 1918.*

"Mi querido compañero Romain Rolland:

"Le ruego escribirme la biografía de Beethoven adaptada para los muchachos. Al mismo tiempo me dirijo a H. G. Wells invitándolo a escribirme la vida de Addison; Fritjoff Nansen me hará la vida de Cristóbal Colón; yo haré la vida de Garibaldi; el poeta israelita Bialich, la de Moisés, etc. Con el concurso de los mejores escritores contemporáneos quisiera crear una serie de libros para los niños, que tuviesen la biografía de las grandes inteligencias de la humanidad. Todos esos libros serán editados por mí. Usted sabe: ahora nadie como los muchachos necesitan tanto de nuestra atención.

Nosotros, los adultos, los que pronto dejaremos este mundo, legaremos a nuestros hijos una herencia bien pobre, una vida bien triste. Esa estúpida guerra es la prueba más evidente de nuestra debilidad moral, del empobrecimiento de nuestra cultura.

Recordemos, entonces, a los adolescentes, que los hombres no fueron siempre tan débiles y malos como lo somos desgraciadamente nosotros. Recordémosles que todos los pueblos han tenido y tienen todavía grandes hombres, nobles corazones. Y es menester efectuarlo precisamente ahora, en estos días de ferocidad y bestialidad victoriosa...

Le ruego calurosamente, querido Romain Rolland, escribirme la biografía de Beethoven, porque estoy seguro de que nadie podrá hacerlo mejor.

Usted es una de las raras personas cuya alma no ha sido contaminada por la locura de esta guerra y es una gran felicidad para mí el saber que haya conservado en su noble corazón los mejores principios de la humanidad.

Permítame usted, querido compañero, estrecharle la mano. — Máximo Gorki".

Ciencias económico-sociales y de Ciencias físico-naturales.

Esos propósitos han pasado ya a ser realidad en la medida que puede inferirse de los siguientes pasajes de un estudio escrito por quien ha ido a ver las cosas de cerca *.

"Cada día nuevas instituciones de cultura son inauguradas en la Rusia bolchevique. Los libros se imprimen en ediciones formidables: más de trescientos mil, y llegan hasta el millón. ¿Qué clase de libros se imprimen?

"Naturalmente, literatura socialista en primer lugar; pero también, obras científicas, literatura pura, los clásicos de renombre universal, tanto de Rusia como del resto de la tierra. No sólo se imprimen escritos del pasado; también se presta atención a los nuevos escritos, los cuales se caracterizan por su vigor y su originalidad. Los poetas de Rusia en la actualidad están enteramente emancipados del pesimismo. Inspiran sus cantos en la lucha, la unión, la esperanza, las conquistas obreras. El sufrimiento, el hambre, la dureza del áspero vivir proletario, son como una estatua que pertenece al pasado, y que sólo se prolonga en la memoria. Además se publican espléndidas colecciones acerca de la literatura de diversos países, editadas y seleccionadas por personas competentes. Sólo ahora pude hallar una admirable colección de escritos por grandes autores. A la cabeza de esta admirable y feliz organización de actividad literaria está un escritor cuyo nombre es una garantía de

* *Estudio de Allan Wallenius sobre la cultura en Rusia, publicado en la "Svedish Arbetarer" y traducido en "Documentos del Progreso", Buenos Aires, febrero 15 de 1920.*

gusto literario y de vastos conocimientos: Máximo Gorki".

Existe, en fin, un Consejo central de bibliotecas, encargado de la selección y distribución de los libros, teniendo en cuenta la biblioteca a que se envían; ese Consejo dispuso el año último de un presupuesto de 32 *millones* de rublos. El medio de comunicación con las bibliotecas existentes es gratuito, haciendo este servicio el departamento de Correos y Telégrafos.

Muchos hombres de la clase noble que declaraban "no saber trabajar" han encontrado una ocupación agradable y útil en la enseñanza de lenguas extranjeras, en las reparticiones de fomento educacional, en las comisiones de bibliotecas, etc., acabando por sorprenderse de no ser tan inútiles como ellos mismos creían; algunos que habían frecuentado las tabernas de París son ahora excelentes profesores de francés en el segundo ciclo de enseñanza y se les exige algunas horas diarias de clase, pues "el que no trabaja no come". Muchos sibaritas de aldea son bibliotecarios ejemplares y están ellos tan contentos como sus vecinos, convencidos, al fin, de que el "trabajo no es una vergüenza ni un castigo".

V

ALGUNOS RESULTADOS

Los resultados de estas atrevidas concepciones educacionales parecen superiores a lo que podía esperarse en sólo dos años de experiencia; es importante señalar que aun los más decididos adversarios del régimen político y económico implantado en Rusia, están contestes

en reconocer que sus esfuerzos en favor de la Instrucción Pública no han sido jamás igualados en ninguna nación europea.

1º — *Enseñanza primaria*

A mediados de 1919 el corresponsal del *Chicago Daily News,* Isaac Don Levine, que acababa de regresar de Rusia, hizo, entre otras, las siguientes declaraciones *, que circularon en la prensa bajo el título: *El edén de los niños.*

"El Gobierno maximalista cuida de los niños más que de cualquiera otra clase de su población. Los niños reciben asistencia médica gratuita y el Estado los provee gratuitamente de ropas y de todos los alimentos que necesitan cuando su salud lo requiere. Tienen también gratis los cuidados de una enfermera.

"Los niños en la Rusia de los Soviets son más afortunados que todos los de las demás partes del mundo. Los beneficios establecidos por las leyes son acordados a todos por igual y por esto no se hace distinción entre los hijos de los burgueses y de los obreros.

"Los menores de dieciséis años obtienen los alimentos gratis, aun si los padres están en condiciones de pagarlos. Los menores deben tener un certificado que indique su edad para conseguir las raciones de alimentos en los despachos de víveres. Todos los niños deben asistir a la escuela. Aquellos que no han alcanzado la edad escolar reciben su comida en los locales de las escuelas dos veces por día."

* *Información telegráfica de Nueva York a "La Nación", de Buenos Aires.*

Las dificultades que han encontrado Lunatcharsky y sus cooperadores han sido inmensas; pero las han vencido en gran parte. Los contrarrevolucionarios internos y externos, los zaristas, los kerenskianos, todos los protegidos y subvencionados por la Entente, han puesto piedras en el camino del renacimiento intelectual de Rusia. Han tenido, al fin, que rendirse a la evidencia, vencidos por los hechos, por las cifras, contra las cuales nada pueden la difamadión descarada ni la intriga subrepticia.

En el último congreso general de los soviets leyó Lunatcharsky un nuevo informe sobre la tarea que se realiza en la educación, en la instrucción, en las ciencias, en la literatura y en las bellas artes. "El amplio programa exige inmensos recursos para la provisión de locales, material y personal. Por desgracia, este último, en su mayoría, sigue impregnado de espíritu burgués, sobre todo en los grados superiores. Pero a pesar de esas dificultades y de los obstáculos materiales, a los que vienen a agregarse los creados por el bloqueo de los aliados, los resultados conseguidos son considerables. Los socialistas encargados de la educación escolar se hallan profundamente impregnados de simpatía por el poder de los soviets. Ha sido creada una federación de los trabajadores de la enseñanza y de la cultura popular, que ya es poderosa.

El número de las escuelas ha aumentado considerablemente. Durante el curso escolar precedente se habían creado 1.650 escuelas nuevas. Durante el año escolar 1918-1919 se abrieron 5.700. El número de los discípulos se ha duplicado, aproximadamente, a saber: 2.618.000 en las escuelas del primer grado, y alrededor

de 200.000 en las escuelas del segundo grado. El número de los maestros aumentó en una proporción más considerable aún.

"Actualmente se cuenta en Rusia con cerca de 50.000 escuelas de primer grado y 2.100 del segundo grado. El número de niños en edad escolar puede calcularse en 9 millones; el 27 % de ese número frecuenta en el presente las escuelas.

"El presupuesto escolar sigue una marcha ascendente. Cada provincia recibe ahora para los gastos de instrucción pública alrededor de 140 millones de rublos por semana. Además, fueron distribuídos 150.000 pares de calzado en los últimos meses.

"En la esfera de la enseñanza superior, una de las reformas más importantes realizadas fué la sustitución de la facultad de derecho por una facultad de ciencias sociales. Las escuelas superiores especiales y las facultades de medicina han hecho por su parte progresos notables. El comisario de la instrucción pública ha concedido a los establecimientos de enseñanza superior un presupuesto de 400 millones de rublos para el semestre corriente. El número de los estudiantes se eleva a 158.000, y el de los profesores a 5.500. Sólo en Moscú se cuentan más de 2.000 estudiantes nuevos. En pocos meses logran una preparación suficiente para poder entrar en los rangos de los estudiantes ordinarios de la universidad.

"En Petrogrado, Moscú, Vormeje, Kazan y Saratov existen talleres libres de bellas artes que cuentan en conjunto con unos 4.000 discípulos" *.

* *Confirman estos datos:*
Magdaleine Marx: Que est-ce que le bolchevisme?, *subtítulo "L'in-*

El Comisario de Educación se ha propuesto crear en cada escuela primaria un jardín de infantes, preparatorio, con dos años de asistencia obligatoria. Una sección especial del Consejo —"preescolar"— se ocupa de los kindergarten; ha formulado un amplio programa para la fundación de campos de juego, clubs y colonias. "En ese plan se convierte la magnífica residencia imperial de Tsarskoie-Selo en una gigantesca colonia infantil, donde se enviarán anualmente miles de niños proletarios. En el primer verano vivieron allí 1.500 niños y para el segundo se esperaba residieran 2.000 o más." *. La misma fuente de información menciona como interesante ensayo la creación de una Escuela Experimental Profesional (junio de 1918), organizada como una comunidad escolar profesional, con talleres, laboratorios, etcétera, y que tiene por objeto estudiar científica y prácticamente los problemas relacionados con la nueva pedagogía, y especialmente con la escuela-taller. Asimismo, es de gran interés el Instituto para el Estudio del Niño (septiembre de 1918) para la preparación de maestras y directores de instituciones preescolares, como refugios infantiles, guarderías, kindergartens, etc. Todo esto parece justificar las esperanzas de Lunatrcharsky, expresadas en cuatro líneas: "Creemos que si nos dejan hacer, dentro de poco tiempo será Rusia la

truction publique", en la revista "Clarté", de París, noviembre 29 de 1919.

Profesor Goode, de las Universidades inglesas: Los Milagros realizados para la educación del pueblo, *en la serie de artículos enviados desde Rusia al "Manchester Guardian" y reproducidos por la revista "Clarté", de París, 8 de noviembre de 1919 y sigs.*

* La instrucción pública en el régimen de los Soviets, *en la revista "España", Madrid, febrero 7 de 1920.*

tierra prometida donde afluyan los educacionistas del mundo entero, los unos para ver realizados sus más caros ensueños, los otros para aprender cómo se educará a la humanidad del porvenir".

2º — *Enseñanza superior*

El problema de la enseñanza superior o universitaria ha sido abordado con igual valentía. Las escuelas de Medicina, Ingeniería, Letras, Institutos técnicos especiales, Ciencias puras y aplicadas, Ciencias Económicas y Sociales, han sido protegidas con generosidad. Solamente los estudios de Abogacía —no los de Ciencias Jurídicas y Sociales— se han visto descalificados, considerándose que la profesión de pleitear carece de utilidad social y estorba a la justicia *.

Es indudable que en los primeros momentos de la revolución bolchevique, cuando más arreciaban las conspiraciones de los restauradores zaristas y las intrigas de los desleales kerenskianos, hubo una época —seis meses o un año— en que los estudios científicos y las actividades universitarias sufrieron un serio colapso. En ese período los antiguos profesores se retrajeron, mostrándose casi todos enemigos del nuevo régimen; pero su explicable desconfianza del primer momento fué vencida muy pronto por la buena fe que advirtieron en Lunatcharsky y algunos se decidieron a cooperar en su obra, primero con recelo y actualmente con entusiasmo.

* *Para comprender el espíritu de esta repulsión contra los pleitistas léase el artículo del profesor Miguel Relssner:* Principios y organización de la Justicia en la Rusia Soviética. (*"Revista de Filosofía", lug. cit.*).

De ese nuevo estado de ánimo tenemos una conmoveradora expresión en la referencia de un autor que ha viajado por la nueva Rusia *. Es una corta página, digna de leerse, llena de sugestiones: "A invitación de Soukhanov voy a visitar al profesor Timiriasev, el más grande darwinista ruso, muy conocido en los centros científicos ingleses, miembro extranjero de la Royal Society, doctor de la Universidad de Cambridge y bolchevique. Tiene cerca de 80 años. Está paralítico del brazo izquierdo y, como él dice, no puede trabajar más en su oficina, ni caminar, para ayudar la causa como desearía. Es un sabio venerable. Está en disposición de escribir, envuelto en una "rôbe de chambre" verde, pues su pequeño cuarto está muy frío. En las paredes se hallan colgados los retratos de Darwin, de Newton y de Gilbert, al lado de los retratos de sabios contemporáneos que ha conocido. Por todas partes, libros ingleses. Me da dos ejemplares de su última obra con su retrato, y me ruega los remita a dos de sus amigos de Inglaterra.

"Vive con su mujer y su hijo. Le pregunto si su hijo es también bolchevique.

"—Ciertamente —me responde.

"Me lee en seguida una carta que ha escrito para protestar contra la intervención. Me habla de su viejo amor por Inglaterra y el pueblo inglés; después hace alusión a la cortina de calumnias que se ha tendido entre la Rusia de los Soviets y el resto del mundo, se hunde literalmente y baja la cabeza para esconder sus lágrimas.

"—Sufro doblemente —me dice; después se excusa de ese momento de debilidad, común en los ancianos—.

* *Arthur Ransome:* Seis semanas en Rusia, *1919.*

Sufro como ruso, y si puedo decirlo, sufro como inglés. Tengo sangre inglesa en las venas. Mi madre, vea usted, tiene el tipo inglés —y me muestra un daguerrotipo en el muro—. En cuanto a mi abuela, ha sido realmente inglesa. Sufro como inglés cuando veo al país que amo abusar de las mentiras, y sufro como ruso porque estas mentiras conciernen al país al cual pertenezco y a las ideas que me muestro orgulloso de profesar.

"El anciano se levanta con dificultad, pues está agotado por el hambre, como todo el mundo en Moscú. Me enseña su Byron, su Shakespeare, su *Enciclopedia británica,* sus diplomas ingleses. Después señala los retratos de la pared: "Si pudiera hacer saber la verdad me dice, a mis amigos de Inglaterra, ellos protestarían contra actos que son indignos de Inglaterra, que todos nosotros hemos amado".

El sabio ha sido escuchado en Inglaterra por tres hombres eminentes que no están contaminados por la politiquería de sus gobiernos: Bernard Shaw, el más leído de los escritores ingleses contemporáneos; Bertrand Russel, el famoso matemático y filósofo; Philips Price, el millónario profesor de bellas artes en la Universidad de Cambridge; los tres, honra de la Inglaterra intelectual, se han declarado amigos de los bolcheviques y han expresado en voz alta su simpatía por los ideales redentores del pueblo ruso.

Mientras el estómago de Inglaterra —sus capitalistas— presionaba para que se interviniese a Rusia, el cerebro de Inglaterra —representado por tres hombres ilustres— enviaba su palabra de aliento fraternal a los renovadores del mundo.

VI

DE ELISEO RECLÚS A ROMAIN ROLLAND

Con bella, con serena firmeza, en julio de 1905 fallecía en Bruselas uno de los más grandes sabios del siglo XIX. Había vivido soñando que una honda revolución se preparaba en las entrañas del régimen capitalista, sin que una sola intercadencia nublara su adhesión a la causa del pueblo y de la libertad. Todas las veces que su palabra pudo ser útil a los ideales del porvenir, Eliseo Reclús la pronunció; no se dejó amilanar en las horas de peligro, que fueron muchas; ni renegó de sus principios en los momentos de responsabilidad. Nunca, por fin, aceptó los beneficios con que la política y la burocracia corrompen a los caracteres oportunistas.

Murió pensando en la libertad, como había vivido. Se narra que estaba al principio del período agónico cuando llegaron a su casa los periódicos del día; alguien los abrió, leyendo las noticias de Rusia (julio 1905), que eran la última preocupación del sabio. Aquellos sucesos le reanimaron, viendo confirmada una vez más su fe.

Una voz susurró al oído del moribundo, como último consuelo:

"El acorazado «Potemkin» se ha sublevado en Sebastopol".

El sabio se incorporó, la frente alta, y en los ojos aquella llama de juventud que iluminó su vejez hasta los últimos instantes: "¡La Revolución!... ¡Al fin!..."

Y tras este grito volvió a caer, exhalando el último suspiro con la imaginación abierta a la esperanza.

Aquella revolución de 1905 no tuvo éxito; fué, apenas, un ensayo preliminar de la magnífica afirmación de principios que quince años más tarde realizaría el pueblo ruso. Definitiva o no, poco importa, ésta marca en la historia universal la primera etapa de una grandiosa renovación de la humanidad, solamente comparable con la Revolución Francesa, cuyos ideales ha ampliado en consonancia con el espíritu y las realidades del siglo XX.

Eminente en las ciencias y en las letras —primero entre los primeros—, cien veces tuvo que contestar a ciertos "intelectuales" domesticados por las prebendas de la clase dominante; afirmaban éstos que la educación y la cultura, las artes y las ciencias, ningún beneficio podían esperar de un nuevo régimen social en que la armoniosa cooperación de todos reemplazara a la despiadada lucha por el privilegio de algunos.

En una de sus conferencias más conocidas pronunció Eliseo Reclús estas palabras proféticas:

"Tengo una fe inconmovible en que la próxima revolución social elevará el nivel de educación y la moralidad del pueblo, fomentará las letras y las ciencias, desenvolverá las artes, dando a todos los hombres las mayores posibilidades de cultivar sus aptitudes superiores, cuando se vean libres de las trabas que hoy les ponen las miserias de la vida y no necesiten pensar al amparo de las instituciones oficiales".

Parece que ha venido a confirmar sus profecías el gran experimento que hace en la actualidad el pueblo ruso. Alguna verdad comienza a filtrarse por entre la campaña de difamaciones que le han movido las clases

conservadoras internacionales, con la triste complicidad de algunos socialistas renegados, pues no son pocos los que, por cobardía o por ceguera, se prestan en toda Europa a apuntalar la misma política de intriga y de violencia que envolvió en sangre a trescientos millones de seres humanos.

No podía extinguirse la progenie de esos pensadores excelsos que han sabido poner desinteresadamente su nombre y su gloria al servicio de los ideales del pueblo, anhelando la paz por la justicia y la solidaridad por la cooperación. No ha sido estéril el bello ejemplo de Eliseo Reclús y de William Morris, de John Ruskin y de León Tolstoi, de Jean Jaurès y de Edmundo de Amicis, de Emilio Zola y de Enrique Ibsen, demoledores del pasado, algunos, visionarios del porvenir, otros. Recogen su bandera, hoy, hombres eminentes en las letras y en las ciencias, en todos los países, para afirmar una vez más, como lo hiciera Reclús, que una organización de las sociedades conforme a principios básicos de cooperación y solidaridad, elevaría el nivel intelectual y moral del pueblo, abriendo infinitas posibilidades al incremento del saber y de la belleza.

Anatole France, Romain Rolland y Henri Barbusse, encabezando el valiente Grupo ¡Claridad!, han señalado un derrotero nuevo a la opinión de los intelectuales del mundo. Y ellos, como otrora Eliseo Reclús, saludan [illegible]palabras jubilosas al pueblo que se ha puesto de p[illegible]ara aniquilar el oprobioso régimen de los zares. C[illegible]siguen hacerse oír entre la confusión que han sembr[illegible]o las agencias telegráficas subvencionadas por los te[illegible]dores de empréstitos hechos a la autocracia rusa; y

frente a la Francia de los especuladores, que miente al mundo, fomenta la rebeldía y paga la traición, ellos representan y honran a la Francia de los filósofos revolucionarios, a la Francia que proclamó los Derechos del Hombre y cantó La Marsellesa en la hora de las más gloriosas redenciones humanas.

Merece repetirse la palabra del ilustre Romain Rolland, que no ha temido expresar su pensamiento de viril protesta contra las patrañas con que se ha mistificado a la humanidad: "El aplastamiento de la Revolución Rusa por la coalición de las burguesías europeas —aliadas, germánicas y neutras— es un crimen odioso. Sin embargo, ello no podría extrañarme. Pone al descubierto la falsedad de las pretendidas democracias de Europa y América. Ellas dicen haber dirigido la cruzada contra la autocracia germánica. Ellas no son otra cosa que oligarquías egoístas e hipócritas. La Gran Guerra que comenzó hace cinco años —y que aún no ha terminado— se ha revelado como su guerra, la guerra de las burguesías plutocráticas contra los últimos bastiones del antiguo régimen monárquico, por una parte, y contra el despertar del pueblo que reivindica sus derechos, por la otra. Esta guerra es avivada por la implacable mala fe de esa clase de juristas torcidos, "retóricos", confusamente ideólogos y fríamente prácticos. La fuerza de esta clase está en el uso del poder que retiene entre sus manos desde hace siglos. Ya antes de la Revolución Francesa —desde los tiempos de Felipe el Hermoso— siempre ha sabido abrigar su irresponsabilidad tras imponentes ficciones, antaño tras el Rey, hoy tras los ídolos: Derecho, Patria, Libertad. El mundo se encuentra abandonado entre las manos de una clase de

intendentes hipócritas y rapaces, que amparados por el nombre de la República y de la Reyecía trabajan para satisfacer sus pasiones e intereses. Es lastimoso pensar que tantas buenas gentes trabajadoras, de corazón puro, en la misma burguesía, se dejen engañar aún. Mientras el Gran Engaño subsista, ningún progreso social serio y general es posible. Cada tentativa para remover el orden viejo y corrompido, será aplastada como lo es hoy el esfuerzo grandioso y caótico de nuestros hermanos de Rusia. Pero la aspiración eterna hacia un orden nuevo, más justo y más humano, no será extinguida jamás. Mil veces sofocada, resucita mil y una veces" *.

Estas líneas, dirigidas por su autor a la prensa libre del mundo entero, son el más hermoso homenaje póstumo a la memoria de Eliseo Reclús.

La experiencia empieza a dar su fallo favorable a los que no vacilaron en pronunciar su profecía optimista. Leyendo las pocas informaciones verídicas que llegan de Rusia, no puede negarse que jamás ha sido igualado el celo de las autoridades en favor de la educación pública. Hemos visto que bajo la dirección de un verdadero artista, Lunatcharsky, se han renovado los planes y los métodos de enseñanza, se ha dado a la escuela una función social, se ha vivificado la técnica administrativa, se han coordinado todos los tramos de la educación pública, desde los jardines de infantes hasta los institutos técnicos superiores.

Una nueva moral entra en las escuelas: la disciplina

* *Romain Rolland*: Carta a la prensa libre, *traducida en la "Revista de Filosofía", Buenos Aires, marzo, 1920.*

ciega y la instrucción memorista han sido reemplazadas por la alta finalidad de formar ciudadanos para la vida social, desarrollando las aptitudes vocacionales para el trabajo y capacitando a todos para la política civil.

Y, en fin, con loable afán se protege a los institucos de técnica aplicada y de investigación científica, comprendiendo que si los unos tienen utilidad presente, los otros son de más grande beneficio para el porvenir. Los hombres de ciencia trabajan con mayor confianza bajo el nuevo régimen, libres ya de angustiosas preocupaciones materiales; si algún espíritu venal ha perdido el estímulo del lucro, muchos son los que no se ven trabados por la pobreza o el favoritismo.

Pero hay más. Con el lema "arte social y belleza para todos" se ha dado un increíble vuelco a la extensión de la cultura artística y literaria. Todas las vocaciones tienen posibilidad de ensayarse y para todas ha creado estímulos eficientes el Consejo Nacional de Bellas Artes. La poesía y la música, la pintura y la escultura, las artes aplicadas, tienen un rango social desconocido en la educación burguesa *.

Concuerdan sobre ese desarrollo intelectual de la nueva Rusia todas las informaciones. Y ante esa creación de un nuevo mundo espiritual, que ha elevado la jerarquía de los valores morales, estéticos y científicos, podemos creer que no fueron desacertadas las previsiones de Eliseo Reclús y debemos al pueblo ruso las simpatías que para él nos pide Romain Rolland.

Todos los que aman la educación y la cultura tienen hoy deberes sociales y humanos que no pueden renun-

* *Ver* Un arte para el pueblo, *estudio de Floyd Dell, publicado en la revista "España", Madrid, febrero 7 de 1920.*

ciar sin hacerse indignos de su pueblo y de su siglo. Y los que tienen tarea de enseñar, maestros, profesores, sabios, deben escuchar las palabras de Anatole France: "Vosotros debéis preparar la paz del mundo y la unión de los pueblos. — Formando al niño determinaréis los tiempos futuros".

NOTA

Creemos útil complementar el precedente ensayo con algunos datos del más reciente informe de Lunatcharsky, publicado en la "Izvestia", octubre 5 de 1920, y reproducido íntegramente en la "Revista de Filosofía", Buenos Aires, marzo 1º de 1921.

Enseñanza elemental: "Citaré algunas cifras que ilustren la situación escolar en una forma general. En 1911, último de los años de los cuales se poseen estadísticas completas, había 55.846 escuelas elementales. En 1919 teníamos 75.859. ¡Hemos aumentado, por consiguiente, casi en un 50 %! Y para el corriente año (1920) su número ha aumentado a cerca de 88.000. Estas escuelas se hacen cargo de un 60 a 65 % del número total de niños de Rusia. La asistencia a la escuela no ha sido muy elevada por cierto, debido a las terribles condiciones del último invierno, pero en total sumaba unos 5.000.000 de alumnos. El número de inscriptos va aumentando muy rápidamente. Las escuelas bajo el zar sólo podían llegar a tener 3.500.000 niños; las nuestras, 5.500.000".

Enseñanza secundaria: "El número de escuelas de segundo grado ha aumentado poco, ya que no podemos

abrir nuevas escuelas. El número total es de 3.600. Hay cerca de medio millón de alumnos en ellas, lo cual suma un 7 u 8 % del total de niños de esa edad".

Establecimientos pedagógicos: "Las cifras sobre la formación de un magisterio competente hablan con gran elocuencia. Se ha desarrollado una energía intensa, pero debe recordarse que nos resulta imposible aumentar rápidamente el número de maestros, aunque hayamos atraído a esta obra a un gran número de personas que fueron excluídas de su profesión bajo el régimen zarista. Antes de nosotros había 21 establecimientos pedagógicos; ahora hay 55. El número de estudiantes aumentó de 4.000 a 34.000"... "Necesitamos un enorme ejército de maestros; disponemos de 400.000 y necesitamos más de un millón."

Kindergartens: "En 1919 teníamos 3.623 kindergartens y cada año agregamos 1.000 más".

Universidades: "El gobierno zarista miraba a las universidades como centros explosivos, pero nosotros nada tenemos que temer de ellas y por eso seguimos confiadamente abriendo nuevas universidades. Tenemos ya 21, en vez de 15, como antes. De las nuevas, tres o cuatro pueden considerarse como funcionando normalmente. Las universidades de Turkestán y de Ural, que aún atraviesan por un proceso de organización, se encontrarán en un cercano futuro en condiciones de hacer obra efectiva. Tenemos, como antes de la Revolución, cuatro universidades médicas y tres universidades arqueológicas. Existen seis institutos de veterinaria en lugar de dos. El número de los profesores ha aumentado a 1.644, pues hemos promovido al rango de profesores a todos los instructores docentes universitarios".

Bibliotecas: "El número de bibliotecas ha aumentado enormemente y sigue creciendo con rapidez increíble. En la provincia de Tver, por ejemplo, hay más de 3.000. Otras provincias tienen más de 1.000. El número total en 30 provincias era de 13.500 en 1919, habiendo ahora 27.000, sin incluir las salas de lectura. El aumento en el número de las bibliotecas es asombroso y podría agregar que lo es también el acrecentamiento de su concurrencia, teniendo en cuenta, desde luego, las circunstancias actuales. Sin embargo, en lo que concierne a la provisión de las bibliotecas para el futuro nos encontramos frente a un cúmulo de dificultades enormes".

Analfabetismo: "Uno de los más grandes decretos soviéticos ha sido el de la liquidación del analfabetismo. En la provincia de Cherepovetz 58.000 personas han pasado ya a través de las escuelas para iletrados; en Ivanow-Voznessensk, 50.000. En la ciudad de Novozybloy no hay ningún analfabeto menor de 40 años. Pronto ocurrirá lo mismo en Petrogrado. No disponemos de un número suficiente de cartillas escolares. No obstante, hay séis millones y medio en circulación o en prensa".

Monumentos y museos: "Uno de los aspectos más brillantes de la actividad del Comisariado de Educación se ha manifestado en el cuidado de los monumentos artísticos y de los museos. Especialmente se ha realizado un trabajo enorme en la reparación de viejos edificios: Se ha aumentado en mucho la cantidad de museos. Hay ahora 119, mientras que bajo el viejo régimen había 31. Aun los mismos expertos en estos asuntos se muestran maravillados por el inmenso entu-

siasmo en coleccionar y preservar antigüedades, de que están dando pruebas a cada momento la masa entera del pueblo ruso y los órganos todos del poder soviético. La Ermita ha sido agrandada una vez y media en sus anteriores dimensiones".

Música y teatros: "Viene ahora la División de música. El número de escuelas permanece estacionario, pero todas han sido reorganizadas y el número de estudiantes ha aumentado. Alrededor de 9.000 personas mayores de 16 años están ahora estudiando música.

"En cuestiones teatrales hemos hecho grandes progresos, pero aquí respirar un aire nuevo significa obtener un nuevo repertorio. El nuevo teatro sólo podrá ser creado por los nuevos dramaturgos. En esto lo único que puede hacerse es escribir nuevas obras. Por ahora hemos sacado del teatro todos los elementos nocivos a esta transformación.

"Pregunté en cierta ocasión al compañero Guilbeaux cuántos teatros para campesinos hay en Francia. Supe así que allí existían solamente 113, en todo el país, mientras que sólo en la provincia de Kostrama tenemos nosotros 400 y en toda Rusia 3.000 teatros para campesinos".

Propósitos actuales: "Todo el Comisariado del Pueblo en Educación, con sus maestros y educacionistas, esá imbuído, hoy por hoy, de un fuerte deseo de trabajar y marchar por la recta senda del trabajo, tan necesaria ahora. Por lo tanto, si el Comisariado recibe ayuda se llenaría una gran actividad, y seguro estoy que entonces nuestra obra no desmerecerá en nada a la de los demás Departamentos. Tengo la esperanza de que este informe será un jalón en el camino de nuestra labor.

Si podemos probar que bajo tan grandes dificultades, los comunistas y el poder del Soviet no olvidamos jamás la magna obra educacional que tenemos entre manos, y si, al mismo tiempo, demostramos que nos sentimos capaces de obtener resultados imponentes en esta materia, os puedo asegurar que ello significará una victoria colosal sobre nuestros enemigos y entre nuestros amigos. En el campo de la educación debemos, pues, desarrollar el máximum de los esfuerzos posibles y, si así lo pensáis, tengo la confianza de que no rechazaréis mis propuestas".

ENSEÑANZAS ECONÓMICAS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

I

LA DOCTRINA Y LOS MÉTODOS

El temor a lo desconocido pone a los hombres en una actitud mental favorable a todas las maldades y a todas las violencias. La imaginación del ignorante forja los mitos que lo hacen esclavo, paralizando su voluntad con las cadenas del terror supersticioso. El hombre turbado por el miedo pierde el deseo de conocer la verdad; y poco a poco, intoxicada su fantasía por los errores que ella misma inventa, llega a odiar la verdad, a perseguirla, sembrando en la humanidad pasiones malsanas y embrutecedoras.

Tal es la situación de espíritu que padecen muchas personas frente a la renovación iniciada en todos los pueblos al salir de la guerra desencadenada por los imperialismos capitalistas, sin comprender que la Revolución Rusa es hoy el exponente simbólico de una alta aspiración humana, tan significativa como pudieron serlo el Cristianismo, el Renacimiento o la Revolución Francesa en sus épocas respectivas. Esas personas, que

se afligen mucho y averiguan poco, creen que el "maximalismo" es una novísima picardía inventada por algunos bandidos para matar de hambre a los pobres capitalistas. Felizmente otras personas, amigas de averiguar e inmunes al miedo, opinan que estamos frente al proceso crítico de la transformación del régimen de producción capitalista en el régimen de producción social; es decir, el advenimiento del socialismo, en la acepción amplia de ese término, sin restringirlo a ninguno de los partidos políticos que usan esa denominación.

Los postulados esenciales de esa doctrina sociológica giran en torno de un objetivo central: la socialización de los medios de producción y de cambio. Todos los que actúan en sentido favorable a su advenimiento son socialistas; los que actúan para impedirlo son enemigos del socialismo. Que unos u otros crean o digan lo contrario, es cuestión de palabras*.

* *Se trata, simplemente, del régimen anunciado y preparado desde hace setenta años por todos los escritores y políticos socialistas; gira en torno de la socialización de los medios de producción, que figura en la declaración de principios de todos los partidos socialistas del viejo y del nuevo mundo. Los representantes de esos partidos tienen el mandato explícito de propender a esa reforma sustancial, aunque, por razones circunstanciales o de oportunidad, en algunos países prescindan de ese mandato y se limiten a empeñar escaramuzas sobre cuestiones ajenas a los principios cardinales del socialismo. Poco antes de su trágica muerte, escribía Jaurès, comentando la equívoca actitud de algunos titulados socialistas del parlamento francés: "Una vez más debemos recordaros que estáis fuera del socialismo si renunciáis a propender a la socialización de los medios de producción; si no la deseáis o no la creéis realizable, vuestro lugar no está en nuestras filas, donde sólo traeréis desorden y confusión; llamaos republicanos, llamaos radicales, pero no agreguéis a esos nombres el calificativo de socialistas, pues nada tenéis que hacer a nuestro lado y nos declaramos enemigos vuestros en la única finalidad que justifica que nos llamemos socialistas".*

Esta unidad de fines no excluye cierta disparidad de opiniones acerca de los medios. Los políticos creen realizable el socialismo mediante iniciativas parlamentarias; los obreros prefieren la acción sindical organizada; los intelectuales reclaman una previa revolución de los espíritus. En realidad los tres métodos son eficaces, aunque cada uno por separado resulta insuficiente; su oportunidad respectiva está subordinada a complejas circunstancias propias de cada ambiente social.

Estas divergencias metodológicas tenían un valor puramente doctrinario antes de la guerra; las preferencias eran cuestión de idiosincrasia personal. Los políticos de carrera tenían vasto campo en las contiendas electorales y en los debates parlamentarios; los obreros agremiados luchaban en la huelga y ensayaban la cooperación; los hombres de estudio se limitaban a la propaganda ideológica. Casi todos, sin embargo, en el primer decenio de este siglo, se inclinaron hacia el reformismo, admitiendo la posibilidad de una realización gradual de sus objetivos. Se citaban como ejemplos las reformas australianas, la cooperación belga, la asistencia social suiza, etc. Admitíase que por esas vías preliminares se irían formando mayorías parlamentarias que al fin permitirían acometer la socialización de los medios de producción, mediante la acción legislativa. La clásica teoría marxista de la lucha de clases, mitigábase por la creencia de que la cooperación de clases permitiría

Los socialistas rusos, favorecidos por circunstancias especiales bien conocidas, han tenido fácil acceso al poder y han procurado cumplir sus promesas de medio siglo, inspirándose en los principios difundidos por Carlos Marx y sus continuadores.

transformar lentamente el régimen capitalista. Para ello los políticos socialistas que tuvieron oportunidad de hacerlo aceptaron compartir las tareas de los gobiernos burgueses, generalizándose este criterio de la colaboración reformista en cierta parte inteligente y liberal de la clase gobernante. Una expresión de ese estado de espíritu fué el proyecto de Ley del Trabajo coordinado en 1904 por el ministro Joaquín V. González, con la eficaz colaboración de algunos socialistas que hoy representan a su partido en el parlamento argentino.

Pocos años más tarde volvió a recrudecer en Europa la nunca extinguida disparidad de criterios metodológicos. La actividad electoral y la acción gremial parecían estorbarse recíprocamente. A fines de 1911, el mismo día de nuestro arribo a Ginebra, presenciamos una elección de diputados en que los socialistas votaban por la misma lista que los católicos, contra el partido democrático; una semana después asistimos a una gran asamblea sindicalista, pudiendo advertir una vehemente animadversión contra los desfallecimientos políticos atribuídos a las acomodaciones electorales. En Francia y en Italia observamos el mismo hecho: escisión entre el parlamentarismo y el sindicalismo, inclinándose el primero hacia la colaboración de clases y manteniéndose el segundo en el terreno de la lucha de clases.

¿Quién interpretaba mejor el espíritu socialista? En ese momento era difícil comprenderlo. Los sindicalistas eran los menos, pero ya habían definido su posición en la lucha de clases*.

* *Desde el punto de vista del marxismo revolucionario, el Sindicato no es solamente "una unión de trabajadores cuyo fin es defender los sala-*

II

LAS INFLUENCIAS DE LA GUERRA

Llegó el año 1914 y la guerra. Para los que tenían convicciones firmes fué un aviso inequívoco. Pocos, sin embargo, se atrevieron a repetir ese mismo año lo que muchos habían demostrado antes de la espantosa tragedia, desencadenada en el mundo por los intereses de las clases capitalistas: una guerra europea precipitaría la socialización de los medios de producción y de cambio.

Hubo un momento de confusión general. Casi todos los partidos socialistas, por altas razones políticas o por transitorias contingencias electorales, se embanderaron activamente en pro de una u otra parte beligerante. La solidaridad internacional contra la guerra quedó rota,

rios y tratar de aumentarlos", como lo definen los esposos Webb, o una "sociedad obrera, que tiene por fin ayudar a sus socios parados y defender sus intereses en la celebración de contratos sobre los salarios" (Brentano y Sombart). Tampoco está de acuerdo con la fórmula de mayor aceptación en la Segunda Internacional, que define a los sindicatos como a uniones de asalariados de un gremio determinado para mejorar las condiciones del trabajo, y para luchar contra su empeoramiento dentro de la sociedad capitalista. (Definición del austriaco Adolfo Braun, aceptada por los alemanes Legien y Bebel.) Ya en 1913, en su polémica con los mencheviques, Zinovieff definía los sindicatos como sigue: "El sindicato es la asociación permanente de los obreros de una industria determinada (no de un gremio solamente) para la conducción de la lucha económica, en primer lugar, y luego, de acuerdo con la organización política del proletariado, para la participación permanente en la lucha por la emancipación de la esclavitud del salario, y por la implantación del socialismo". (Véase artículos de Zinovieff en el "Pravda", compilados en el libro: El partido obrero y los sindicatos, *editado por el soviet de Petrogrado, 1918.)*

acusando cada uno a los otros de haber sido los primeros en traicionar los ideales pacifistas. Los que por más tiempo se mantuvieron independientes no pudieron evitar que al fin los engañara Wilson, con las proposiciones de que renegó impúdicamente, cuando se lo impusieron los capitalistas de su país y las voracidades pecuniarias de sus aliados. Si Wilson no mintió, al prometer, tuvo cobardía moral en la hora de cumplir.

El resultado principal de la guerra fué la creación de condiciones de hecho un tanto inesperadas. Las enormes perturbaciones en la producción y el intercambio engendraron en todo el mundo circunstancias anormales. La crisis económica y moral no tuvo fronteras, estremeciendo por igual a los vencidos, a los vencedores y a los neutros; su efecto inmediato fué el recrudecimiento de la lucha de clases, con extensión pandémica e intensidad nunca vista. La lucha secular se exacerbó, tornándose violenta la actitud de los capitalistas y de los trabajadores; la concepción reformista del mejoramiento progresivo por la colaboración de las clases pasó a segundo plano, no por razones teóricas sino por contingencias prácticas.

Esa causa, a nuestro entender, motivó en todas partes el predominio de los métodos sindicalistas sobre los métodos parlamentarios; la participación de los dirigentes políticos socialistas en los gobiernos que hacían la guerra los dejó inhabilitados para actuar eficazmente en los sucesos ulteriores. Esa situación de hecho, propia de los países beligerantes, ha repercutido sobre el movimiento socialista de los países neutrales.

Como estaba previsto, el término de la guerra hizo entrar la evolución hacia el socialismo a esa fase acelera-

da y crítica que caracteriza la presente "revolución social". Tocóle a Rusia iniciar el primer experimento, en las desfavorables condiciones que nadie ignora. Arruinada por una guerra de que salía vencida, en pleno desastre financiero, bloqueada, sin locomotoras, sin combustibles, con escaso personal técnico, sin la cooperación indispensable de los otros pueblos para su reconstrucción económica... ¿Podrían concebirse condiciones más adversas para una experimentación del socialismo? Es seguro que todos sus partidarios habrían preferido que el primer ensayo se hiciera en Alemania, cuya capacidad técnica y educación popular eran ya excelentes antes de la guerra. Pero los grandes experimentos sociales no se inician donde sus partidarios quieren, sino donde los acontecimientos los determinan.

Desde la primera fase de la revolución fué evidente lo que vendría en seguida. Es probable que el gobierno de Kerensky se habría prolongado más tiempo si el inepto líder no hubiese cometido el error inexcusable de querer subordinar una revolución socialista a los intereses de gobiernos capitalistas extranjeros, que sólo anhelaban apuntalar sobre el triunfo de las armas su victoria económica sobre los imperios centrales. Como ese punto de vista no podía interesarle al proletariado ruso, éste se plegó al partido bolchevique que tuvo la audacia idealista de acometer la magna empresa en las condiciones más adversas, afrontando ante el mundo sorprendido todas las responsabilidades nacionales e internacionales.

Excluído el criterio de la colaboración de clases fué inevitable establecer la llamada dictadura del proleta-

riado, para salvar las dificultades constitucionales y jurídicas. La palabra dictadura se presta, en verdad, a la declamación de los retóricos que viven engañando a los tontos en las actuales democracias políticas; pero es necesario tener presente que en todos los países europeos funcionaba ya con todo rigor la dictadura de los capitalistas, establecida para que muchos millones de proletarios se hicieran asesinar en las trincheras, mientras los dictadores especulaban sobre el hambre presente y futura de los pueblos inmolados a su antipatriótica avaricia.

Imposibilitada de hecho la colaboración, el dilema en Rusia fué riguroso: gobierno de los capitalistas para defender sus privilegios o gobierno de los trabajadores para socializar los medios de producción. Cada clase, como es natural, protestó contra la dictadura de la contraria, sin más esperanza inmediata que sustituirla y utilizar la máquina del Estado para el logro de sus fines propios.

La actitud frente a esos hechos es muy simple: o se está por los capitalistas que huelgan, o por los trabajadores que producen. No se repita que los productores necesitan de los capitalistas, pues hay en ello un simple juego de palabras; lo que necesitan es el capital representado por los medios de producción, y por eso mismo se proponen socializarlo. Si en Londres amanecieran muertos de gripe todos los accionistas de los ferrocarriles argentinos, el tráfico no se interrumpiría un solo minuto; el personal técnico seguiría manejando el capital sin vestirse de luto por las desconocidas víctimas. Los gobernantes que pretendieran conciliar los intereses opuestos de los argentinos, que efectúan la

producción, y de los ingleses, que gastan los dividendos, vivirían fuera de la realidad social que los rodea en el momento histórico actual. Ya no se trata de litigar sobre la parte de beneficios que los ociosos quieran acordar a los que trabajan, manteniendo separados el capital y el trabajo; el problema actual consiste en unirlos, poniendo los medios de producción en manos de los mismos técnicos que los hacen producir, eliminando a los acaparadores que los detentan por hábiles maniobras financieras.

El partido bolchevique ruso tuvo la clarividencia de ese hecho. Su actitud firme le permitió salvar la común ideología del naufragio a que la habían llevado los partidos socialistas que colaboraron con los gobiernos capitalistas durante la guerra. Los bolcheviques no han inventado ninguna doctrina nueva; pero ellos, y solamente ellos, con una clara conciencia del momento histórico que vivían, han hecho renacer en las masas trabajadoras del mundo entero la fe en ideales que parecían condenados a extinguirse entre los escombros de la gran catástrofe.

III

EL AMBIENTE DESFAVORABLE A LA REVOLUCIÓN

Lo que han logrado hacer los revolucionarios rusos, en un medio económico arruinado por la guerra y en un pueblo desmoralizado por la derrota, es simplemente tan increíble como crear algo de la nada; pues no debe olvidarse que el desorden y la miseria existían ya al

tomar el poder los bolcheviques, consistiendo la obra de éstos en todo lo que hoy merece el nombre de organización: política, militar, económica, educacional y artística. Sus dirigentes han dado un asombroso ejemplo de lo que puede la voluntad al servicio de un ideal. Sólo genios de la acción han podido introducir un poco de orden en el caos dejado por la guerra y en que siguen estremeciéndose, tanto o más que el ruso, otros pueblos beligerantes de Europa.

No debe inferirse de ello que la obra revolucionaria ha sido una fiesta: ha sido una ruda tarea de abnegación y de heroicidad moral, dificilísima, luchando contra mil enemigos externos y conspiradores internos. El montón de ruinas heredado del zarismo había empeorado durante el gobierno de coalición en que se desacreditó Kerensky. La técnica industrial era deficiente; las materias primas no podían utilizarse por falta de medios de transporte; el nivel de la educación popular era bajísimo y la conciencia de clase no muy firme en gran parte de las masas; la perfidia de los capitalistas aliados era infinita, montando en cada confín de Rusia alguna horda de aventureros y obligando al pueblo en armas a combatirlos sobre doce frentes al mismo tiempo. A combatirlos y a vencerlos; porque todos, sin excepción, los mercenarios del capitalismo internacional fueron derrotados, evacuando uno tras otro el territorio ruso: desde Koltchak y Denikin hasta Yudenitch y Pilsudsky. Ésos son los hechos, aunque el cable y la prensa capitalista sigan llamando victorias a las fugas de estos insensatos perturbadores de la paz internacional. Es necesario reconstruir mentalmente ese escenario para sentir admiración por esos difamados bolcheviques que

han iniciado la más grande tarea de reorganización social conocida en la historia de la humanidad: "una obra gigantesca realizada por gigantes", como la definió el capitán francés Sadoul.

Solamente personas ignorantes, o faltas de juicio, podrían pretender que en ese medio y en un par de años se hubiera transformado el régimen capitalista en régimen socialista. Los que creen tal cosa son ingenuos o ilusos; los que la arguyen para probar el fracaso del socialismo son ignorantes o pícaros. El ciclo de la Revolución de 1789 duró hasta 1814, y el de la Revolución de 1848 hasta 1870, sin remontarnos al triunfo del Cristianismo que requirió siglos. El proceso de la actual Revolución no podrá durar menos de diez o veinte años; no es creíble que antes de ese tiempo se estabilicen sus resultados en el mundo, que es probable sean homogéneos en general, aunque no necesariamente idénticos en particular.

El hecho característico de lo que se llama hoy maximalismo es la tensión simpática de todo el proletariado ante la experimentación socialista iniciada en Rusia por el partido bolchevique, aunque no ha habido tiempo para que alcance totalmente su objetivo, que es la socialización de los medios de producción. Por eso estar con la Revolución Rusa es pronunciarse por el socialismo, y ponerse contra ella es declararse enemigo del socialismo. Sobre ese punto, nadie engaña a nadie; y es significativo que desde Moscú se haya lanzado otra vez a la circulación el nombre de Carlos Marx, cuyas doctrinas dormitaban en silencio desde hace varios años. En Rusia, pues, no se ha integrado el advenimiento del régimen socialista; pero lo que se ha hecho en dos años,

a pesar de las circunstancias adversas, es simplemente asombroso comparado con las insignificantes conquistas obtenidas en ese mismo sentido durante el medio siglo precedente. Sus enseñanzas permiten pensar con optimismo en lo que podrán hacer los pueblos que tengan la suerte de acometer el experimento en condiciones económicas menos desfavorables.

IV

LOS CIMIENTOS ECONÓMICOS DE LA NUEVA RUSIA

Sin la mordaza de intereses creados ni el acicate de beneficios personales, en la plena independencia de opinión que sólo puede tenerse renunciando a todo lo que no sea producto del propio esfuerzo, no perteneciendo a ningún partido o comunión política, no deseamos engañarnos ni nos interesa engañar a otros. Para presentar un bosquejo de la obra económica iniciada en Rusia no acudiremos a las numerosas fuentes de información bolchevique, accesibles a todo el que tiene interés de conocerlas; evitaremos, también, las informaciones de ciertos rusos traidores que, desde París y pagados por Francia, han caído en la abyección de mentir por dinero, difamando al socialismo que con jesuítica hipocresía pretenden seguir profesando, para consuelo de los reaccionarios de todos los países.

De lo que hemos leído sobre la reorganización económica nos merece mayor fe el sintético trabajo de Wilfred R. Humphries, titulado *El andamiaje de la nueva Rusia* cuya traducción castellana hemos propor-

cionado a la "Revista de los Estudiantes de Ciencias Económicas", de Buenos Aires. Su autor fué durante once meses uno de los secretarios de la Asociación Cristiana de Jóvenes en la Rusia de los Soviets; bajo los auspicios de la Cruz Roja Americana, dirigió el trabajo de colonización de los refugiados servios en Rusia; recorrió 20.000 millas en la parte septentrional y central, así como en Siberia, y tuvo relaciones de negocios con más de cien soviets locales. Excluyendo la parte política y conservando sus propias palabras, nos limitaremos a resumir sus observaciones en tres acápites: 1º El caos inicial; 2º La nueva organización económica; 3º Extensión y resultados de la socialización. Después de exponer estos datos, trataremos de inferir algunas conclusiones personales.

1º *El caos inicial.* — Al ocurrir la caída de la autocracia reinaba verdadera anarquía en Rusia; en los ferrocarriles, en las fábricas, en el frente y en las aldeas. Cada cual se ocupaba de sus asuntos propios y obraba sin tomar en cuenta los intereses del pueblo en su conjunto.

"A fines de 1917, durante las últimas semanas del régimen de Kerensky y el primer período del gobierno soviético, los obreros industriales comenzaron a apoderarse de sus respectivas fábricas sin planes coordinados, en forma desordenada. Lo único que a menudo consiguían era arruinar costosas maquinarias, haciendo algo tarde el descubrimiento de que, después de todo, los directores técnicos eran necesarios. Los que no se adueñaron de las fábricas presentaron a los patrones exigencias extravagantes relativas al salario. Los patrones

pagarón los salarios, pero aumentaron los precios, arrojando así de nuevo el fardo sobre los trabajadores, que otra vez exigieron aumento de salarios; y el círculo vicioso fué tan sólo roto ulteriormente, cuando los trabajadores, organizados en escala nacional, tomaron en sus manos todo el poder". Entonces fueron fijados los salarios y a menudo reducidos, pues por medio de sucesivas huelgas o amenazas de huelga habían forzado a los empresarios a pagarles un salario mínimo que representaba un precio mayor del que podía obtenerse por la venta del producto medio del trabajo. "Los obreros, por otra parte, no fueron los únicos en sacar partido del caos. Los capitalistas infringieron las leyes impositivas, negociaron desvergonzadamente con los víveres, y sus representantes en el gobierno de Kerensky defraudaron toda tentativa de contralor. Los precios de los víveres se elevaron muy por encima de los salarios. Y el gobierno coalicionista de Kerensky se demostró impotente, sin un programa práctico".

Las condiciones no eran mejores en los distritos rurales. Una ola de motines agrarios se extendió en septiembre de 1917. "Los terratenientes no querían ceder en lo más mínimo sus privilegios en favor de las comunas rurales; los campesinos estaban resueltos a obtener el reconocimiento de su principio de que la tierra pertenece a la comunidad que la trabaja. Los terratenientes se volvieron amenazantes, y vióse a oficiales "junkers" arrestar a los comités agrarios de campesinos, que habían sido establecidos por el Ministro de Agricultura Víctor Chernov. Los paisanos, a guisa de represalias, saquearon las mansiones de muchos terratenientes, con la ayuda de sus hijos soldados que habían vuelto del

frente. Confiscaron y dividieron entre ellos el ganado, las máquinas agrícolas y otros muebles de los grandes terratenientes; destruyeron también muchos vastos establecimientos que estaban eficazmente administrados".

Dos fuerzas irreconciliables habían entrado así en colisión: la masas trabajadoras y los empecinados propietarios. Ninguna de ellas tenía confianza en las instituciones parlamentarias. "Como resultado de ello, la más completa anarquía reinaba en vísperas de la revolución bolchevique".

"Los soviets, lejos de haber hundido a Rusia en la anarquía, salvaron a Rusia de la ruina completa, adueñándose resueltamente del poder. Este grupo determinado y dinámico de trabajadores urbanos y de campesinos jóvenes tenía una organización compacta, y un programa claramente definido. Kerensky había ensayado el gobierno de coalición — la unión democrática de todas las clases—, pero dicho gobierno había fracasado". Los propietarios rurales y los jefes de industria fracasaron en su tentativa de llevar a la práctica los grandes cambios sociales que pedían las masas. "Cuando los soviets, bajo la dirección de los bolcheviques, asumieron el poder, se declararon en favor de la dictadura de la clase trabajadora durante el período de transición. No creyeron que se pudiese esperar ayuda de las clases propietarias para destruir el capitalismo".

Si los grandes terratenientes y los propietarios del capital industrial hubiesen sido menos porfiados y vanidosos cuando aún eran tenidos en cuenta, bajo Kerensky, podrían haber retenido mucho de su poder durante varios años y hubieran quizá recibido cierta compensación por la propiedad que se les tomaba.

"Desgraciadamente, parecían ellos tener poca comprensión de las fuerzas sociales que estaban actuando. Creían que el descontento industrial y agrario podía ser suprimido con falsas promesas y con ametralladoras. Y en esa forma vino la revolución bolchevique, que hizo pasar todo el poder a manos del proletariado. Si yo hubiera vuelto de Rusia en aquel entonces hubiera declarado que la situación era sin salida, que el hambre, la miseria y la anarquía reinarían en Rusia por muchos años. Pero no volví. Permanecí once meses más en aquel país, y vi surgir las estructuras políticas y económicas que ahora describo".

2º *La organización económica.* — La actual estructura política soviética es considerada por los bolcheviques como una forma de transición hacia un sistema administrativo en que estén representadas las diversas funciones sociales; es un andamiaje, como el que se coloca en torno de un edificio mientras se erigen sus muros permanentes. El mérito esencial de los revolucionarios rusos ha consistido en introducir el orden y la disciplina en el caos económico que dejaba el antiguo régimen; muy pronto comprendieron que sin coordinar las partes no era posible organizar el conjunto. Una de las primeras dificultades fué la tendencia de algunos sindicatos a dirigir sus respectivas industrias sin tomar en cuenta los intereses generales del país, olvidando que era imperiosa la correlación de todas las actividades productivas; para salvar ese escollo fué creándose gradualmente el Supremo Consejo de la Economía Pública.
"Yo estaba en Petrogrado cuando este cuerpo comenzó su existencia, en enero de 1918. Unos cuantos repre-

sentantes de los sindicatos industriales y de los comités de empleados del comercio, junto con algunos expertos técnicos, se reunieron en un frío edificio de piedra situado frente al helado Neva. El hambre, la falta de materias primas, el sabotaje del personal técnico, el mal estado de los ferrocarriles, las bandas contrarrevolucionarias y la amenaza de una invasión de guerreros prusianos, unían se para producir una impresión capaz de intimidar a las almas más fuertes. Pero los bolcheviques pensaban en las selvas del Norte, en las pesquerías del Mar Blanco, en los campos petrolíferos del Cáucaso, en el hierro, el cobre y el oro de los Urales, en los nuevos ferrocarriles y canales que debían construírse; e hicieron frente a la tarea sobrehumana de transformar en orden el caos económico". "Cinco meses después fué organizada la primera gran conferencia panrusa de todos los consejos económicos regionales, recientemente formados en la Rusia Central y aun en algunos de los más alejados distritos. El Supremo Consejo de la Economía Pública había llegado a ser una gran institución de Estado, el centro de la nueva vida económica de la república. Fué creado mientras el soviet, cuerpo más especialmente político, luchaba para preservar de los enemigos internos y exteriores la existencia de la república". Como lo ha dicho muy bien Philips Price, "el Supremo Consejo de la Economía Pública fué el instrumento destinado a crear el nuevo orden en Rusia, el Soviet fué tan sólo el arma temporaria que había de proteger las manos que manejaban aquel instrumento".

Las industrias rusas pueden ser divididas hoy día en

tres grupos: a) las de propiedad privada; b) las cooperativas; c) las nacionalizadas.

a) — "En cuanto al número de establecimientos, *las industrias de propiedad privada* forman aún el mayor grupo, pero son en su mayor parte pequeñas industrias o pequeños negocios. Bajo ciertas condiciones pueden obtener crédito del Banco del Estado. Los bolcheviques consideran ventajoso que los tres sistemas funcionen paralelamente. Si alguien cree que por su energía e iniciativa superiores puede competir con las industrias nacionalizadas o cooperativas, ¿por qué no? Sería un estímulo para las industrias socializadas. Evidentemente, para poder atraer a los trabajadores tendría que pagar salarios por lo menos iguales a los que obtienen los obreros en las fábricas socializadas, y tendría que tratarlos igualmente bien.

"Muchos grandes establecimientos, cuyos propietarios se sometieron al contralor y se entendieron bien con sus empleados, no fueron nacionalizados. Lo fueron legalmente, pero no en la realidad. La propiedad legal de las instalaciones pasó de los dueños al gobierno, pero éste les devolvía todo a cambio de una renta nominal, dejándolos en libertad para manejar las empresas. Las industrias de este grupo se denominan "secuestradas y requisadas", para distinguirlas de las "confiscadas y nacionalizadas". Generalmente el gobierno designaba un miembro del consejo de directores de una fábrica sometida al contralor y los obreros designaban otro, pero lo más esencial del poder directivo quedaba en manos de los propietarios administradores".

b) — "En lo que concierne *a las industrias cooperativas,* muchas fábricas y empresas comerciales de me-

diana importancia pertenecen ahora conjuntamente a los obreros empleados en ellas, especialmente en aquellos casos en que el capital requerido no es excesivo. Muchos restaurantes eran poseídos y administrados cooperativamente por el sindicato de los mozos y cocineros, los peluqueros eran cooperativamente dueños de peluquerías, y en algunas ciudades las uniones de sastres y zapateros manejaban las fábricas de vestidos y de calzado. Varios teatros dependían directamente de la asociación de actores dramáticos. Cuando los trabajadores aportan en conjunto su propio capital, el Estado tiene tan sólo ciertos poderes reguladores. Este tipo de industria está recibiendo apoyo, dado que la Rusia soviética trata de evitar el contralor centralizado y la burocracia que resultan de la propiedad gubernativa. Fácilmente se obtienen créditos para las fábricas de propiedad cooperativa obrera por medio del sistema bancario del Estado".

c) — "La mayor parte de las fábricas y molinos están *socializados bajo la administración de las "Centrales"*, departamento del Consejo Supremo de la Economía Pública, pero *otras están bajo el contralor de los consejos económicos regionales. Otros establecimientos son municipalizados, más bien que nacionalizados.* Visité, por ejemplo, una vaquería situada a quince millas más o menos de Samara, y cuyo propietario y administrador era el Soviet de Samara. Tenía un "stock" de ochocientas cabezas de ganado lechero, y daba la impresión clara de ser bastante bien administrada. Esa granja no era poseída cooperativamente por los peones que en ella trabajaban. Eran simples empleados, representados por una minoría en la administración. Los

tranvías eléctricos pertenecían igualmente a la ciudad respectiva, y los empleados tenían su parte en la administración. En principio, las industrias que están siendo nacionalizadas son las que tienen carácter de monopolio, tales como la electricidad, el transporte ferroviario, las que explotan recursos naturales pertenecientes a la nación, y las industrias completamente desarrolladas que han alcanzado la fase del trust".

El Consejo Supremo de la Economía Pública administra y coordina todas las industrias nacionalizadas de Rusia. Se compone de 69 miembros. El presidente, Vladimir Miliutin, forma parte del Consejo de los Comisarios del Pueblo o gabinete. Las grandes uniones industriales designan, entre todas, treinta miembros del Supremo Consejo Económico, a los cuales pueden relevar a voluntad; el comité Central Ejecutivo Panruso envía diez miembros; el gabinete siete (comisarios de finanzas, agricultura, correos y telégrafos, caminos y comunicaciones, etc.); los diez Consejos Económicos Regionales designan dos miembros cada uno; dos son nombrados por las Cooperativas panrusas, convertidas en grandes intermediarias para la distribución de los productos, tanto de los establecimientos nacionalizados como de los cooperativos. El Consejo Supremo de la Economía Pública representa así a todos los elementos que intervienen en la producción.

"Cada industria es manejada por un Consejo o "Central", u oficina de directores, compuesta de nueve miembros. Para administrar todas las minas de carbón de la Rusia soviética, por ejemplo, un Consejo o "Central del Carbón" de nueve miembros es designado en la forma siguiente: tres miembros por la Unión Nacio-

nal de los Mineros del Carbón (obreros sindicados); tres por el Supremo Consejo Económico (el público); y los tres restantes nombrados a propuesta de la administración de las minas (expertos técnicos). Cada mina o grupo de minas está bajo la dirección de un consejo de tres administradores. Uno proviene de los obreros, elegido directamente; el segundo miembro, ingeniero técnico de minas, es nombrado desde Moscú por la Central del Carbón; y el tercero proviene del consejo económico regional, cuerpo que representa a todos los trabajadores de todas las industrias pertenecientes a la misma región económica.

"A estos administradores y expertos técnicos se les confiere verdadero poder. No están a merced del voto casual de una masa de obreros más o menos ignorantes. Poseen la atribución de contratar y despedir a los trabajadores, con apelación ante un mecanismo de reclamos y conciliación. Si un obrero cree que ha sido injustamente castigado, despedido o suspendido, apela a su comité de fábrica, el cual lleva la divergencia ante el consejo de administración, uno de cuyos miembros es el representante de los obreros. La mayor parte de las divergencias se resuelven pacíficamente en este punto. Si, no obstante, los del consejo de administración mantienen la decisión, el próximo paso del comité de fábrica consiste en apelar ante el Consejo Económico Regional, que había nombrado, como se recordará, al administrador número dos. Es altamente imposible que algún conflicto llegue a pasar de este punto sin ser solucionado. Si ello ocurriese, sin embargo, no se llegaría a un callejón sin salida, puesto que el tercer lugar de conciliación estaría en las oficinas de la Central de

Carbón, que designó al otro administrador. La Unión National de los Mineros del Carbón podría también dirigirse directamente a la Central, un tercio de cuyos miembros había designado.

"La corte final de apelación es el Consejo Supremo de la Economía Pública, bien que no se concibe que un conflicto industrial, que no sea de alcance nacional, llegue tan lejos sin ser amistosamente arreglado. Si los obreros de cualquier industria rehusaran aceptar la decisión del Consejo Supremo, se pondrían tan visiblemente en contra de todos los trabajadores de Rusia que no encontrarían absolutamente ningún apoyo en la opinión pública. De este modo la Rusia soviética espera evitar las huelgas sin negar a los obreros el derecho de huelga. Este mecanismo de arreglo es obligatorio, y los obreros que se declaran en huelga sin recurrir a él son susceptibles de sufrir penas disciplinarias.

"En muchos establecimientos nacionalizados, el salario diario o semanal ha cedido su lugar a una modificación del sistema de trabajo por pieza, o sea a una escala de salarios que estimula la productividad y recompensa la eficacia.

"Hay mucho trabajo, empero, que no puede ser medido en términos de producción, como, por ejemplo, el de los funcionarios ejecutivos, ingenieros técnicos, empleados de oficinas, maestros y otros profesionales. Todas esas ocupaciones se clasifican en 27 grupos (con subgrupos), que van desde el joven aprendiz obrero hasta los expertos técnicos y funcionarios, con salarios desde un mínimum de 1.200 rublos por mes hasta un máximo de 4.000 (al tipo actual del cambio desde $ 60 oro hasta $ 200 oro). Dicho "máximum" es excedido

algunas veces en la suma que sea necesaria para obtener al experto técnico que se desee, aunque ello se considera como un abandono de los principios. Ningún socialista creyente, ni siquiera el mismo Lenin, gana más de 4.000 rublos por mes ($ 200 oro). Los salarios en las industrias de propiedad privada y cooperativa se determinan por acuerdo mutuo.

"Habiéndome ocupado de trabajos educativos y culturales durante muchos años, me resultó interesante saber que los maestros en Rusia han sido colocados en la primera categoría, es decir, en la misma clase que los expertos técnicos y funcionarios ejecutivos, obteniendo como sueldo la más alta cifra. Los artistas, escritores, poetas, actores, conferenciantes, cantantes y muchos otros, trabajan libremente ganando lo que sus patrones estén dispuestos a pagar, o bien son empleados de varias organizaciones. No existe el pensamiento de regimentar a los artistas ni a nadie. A ninguna persona se le determina la ocupación que ha de tener.

"Los médicos, dentistas y enfermeros pueden ejercer privadamente, como antes, o pueden ser empleados de los departamentos de la salud pública, que están socializando rápidamente la medicina. Los sacerdotes no están más a sueldo de una iglesia de Estado, siendo sus respectivas congregaciones las que les pagan. A los abogados, como tales, se los trató duramente. Algunos antiguos abogados fueron nombrados jueces de los nuevos Tribunales Populares de Equidad. Es sorprendente comprobar cuántos abogados son revolucionarios y consideran parasitaria su antigua profesión. El mismo Lenin fué abogado en un tiempo. Los abogados profesionales han sido suplantados por un sistema de tribu-

nales elegidos por los soviets y cuyos procedimientos se basan en los principios de lo que ellos denominan justicia de sentido común".

3º *Extensión y resultados de la socialización.* — Según el último informe de Miliutin, en noviembre de 1919 ya habían sido nacionalizados cerca de tres mil de los más grandes establecimientos, de los cuales 900 permanecían inactivos por falta de combustible. (Los ferrocarriles se utilizaban exclusivamente para fines militares, transportando al ejército rojo entre los trece frentes en los cuales se combatía; no se habían aún recuperado las grandes minas de carbón en la cuenca del Donetz.) "El principal decreto de nacionalización (junio 28 de 1918) transfirió al Estado la propiedad de aquellas empresas cuyo capital era superior a un millón de rublos y de otras cuyo capital no bajaba de medio millón. Las empresas que figuraban en aquel decreto alcanzaban a mil. La minería fué la única industria en la cual toda empresa fué nacionalizada, sin tomar en cuenta el monto del capital en ella invertido. No se indemnizó a los accionistas. A los propietarios-directores se les permitió continuar al frente de la administración. El 1º de junio de 1918, antes del decreto mencionado, habían sido ya nacionalizadas 500 empresas; ello se efectuó sin arreglo a ningún sistema, pues el fin perseguido consistió en recuperar instalaciones y "stocks" de manos de los empleados que se habían apoderado de todo por cuenta propia, tratando de dirigir la producción sin contralor del Estado ni dirección técnica. Los propietarios, expertos e ingenieros, habían sido generalmente puestos de lado; este sistema anárquico de socialización, que conducía a la pérdida

de la producción y destrucción de las maquinarias, motivó la intervención del Estado soviético. Una tendencia reciente consiste en dejar libertad a las industrias pequeñas y medianas."

Dado el caos económico anterior, la obra de orden y coordinación iniciada por los bolcheviques no ha podido corregir en tan poco tiempo todos los graves males preexistentes. Según la "Vida Económica", órgano oficial del Consejo Supremo de la Economía Pública, los resultados financieros de la nacionalización, desde enero de 1918 hasta junio de 1919, representaron una pérdida de 7.000 millones de rublos; esto no incluye unos 3.500 millones de gastos destinados a adaptar las empresas privadas a la nacionalización, trasladar maquinarias y personal, y otros gastos preliminares. El justo significado de esas cifras se tiene comparándolas con otras, no menores, correspondientes a la pérdida de la producción industrial en todos los países que intervinieron en la guerra, sin excepción de uno solo.

"Las pérdidas se atribuyen a: 1º, costo de producción superior a las entradas provenientes de la venta; 2º, pesados gastos de indemnización debidos al recargo burocrático; 3º, pago de salarios a gran número de brazos que estuvieron temporariamente desocupados por la falta de combustible y materias primas. Fué así cómo las usinas de Putiloff, de hierro y acero, en Petrogrado, recibieron 66 millones de rublos para pago de salarios, en 1918, produciendo tan sólo por valor de 15 millones. Las fábricas textiles, con una gran proporción de brazos perpetuamente ocupados especialmente en tejidos de lino, están por el contrario en situación

floreciente: Por medio de una nueva invención, la maquinaria de hilar algodón ha sido adaptada al hilaje del lino.

"Hace un mes llegaron informaciones interesantes y autorizadas, en una carta de George Lomonosoff, jefe del Departamento de Construcciones del Estado. Lomonosoff no es un bolchevique, sino un menchevique. Es un notable ingeniero, conocido en toda Rusia, y fué enviado en misión oficial a América por el Ministerio de Comunicaciones del gobierno de Kerensky, habiendo regresado a Rusia hace tan sólo seis o siete meses.

"En su carta dice que la producción de las fábricas ha aumentado sin cesar, y calcula que la mayor parte de las fábricas que no se han visto privadas de materias primas producen actualmente lo mismo que antes de la guerra. (En los primeros meses de la revolución bolchevique, la producción decayó en algunas partes al quinto de la cifra normal.) Tratando de su propia obra, como Jefe del Departamento de Construcciones del Estado, describe "la más grande usina generadora de electricidad en el mundo", actualmente en construcción cerca de Moscú. Extensos yacimientos de hulla están siendo usados para la producción barata de electricidad. El mismo departamento construye actualmente dos ciudades nuevas. Hace algunos meses ensancharon y profundizaron un canal entre los ríos Don y Volga, lo cual permitió transportar torpederos al mar Caspio, a través del Báltico. La aparición inesperada de esos barcos a la retaguardia de Denikin tuvo algo que ver con la derrota de dicho general. Varios

cientos de millas de nuevas líneas férreas también están en construcción.

"El 20 de octubre último fué inaugurada en Briansk la primera usina de Rusia para la producción de benzol, con la dirección de la Central Química del Consejo Supremo de la Economía Pública. La "Vida Económica", refiriéndose a la situación de los molinos algodoneros del distrito de Moscú, en junio de 1919, dice que de 550 molinos trabajaban 447, con un personal de 412.832 obreros, y producían hilos y tejidos, no de algodón, sino de lino. El lino es relativamente abundante, y las instalaciones de los molinos han sido adaptadas para su uso."

V

LOS HECHOS CAPITALES

Los datos expuestos concuerdan con otros de fecha reciente (informes de Miliutin, Rikov y Trotsky, de 1920), sobre los siguientes puntos, que consideramos la síntesis menos inexacta a que pueden llegar los que no han estado en Rusia y juzgan los hechos sin estar perturbados por pasiones políticas inmediatas.

1º El gobierno coalicionista de Kerensky dejó a Rusia en pleno caos económico, fracasando sus planes de colaboración de clases con fines reformistas dentro del régimen capitalista.

2º El partido bolchevique se apartó de la colaboración reformista y se atrevió a emprender "la tarea sobrehumana de transformar en orden el caos económi-

co", persiguiendo la solución en el terreno de la lucha de clases y del régimen socialista, estableciendo para ello la dictadura del proletariado.

3º Los bolcheviques han comenzado la socialización de los grandes medios de producción y de cambio (empresas industriales, latifundios, transportes, bancos, etc.), pero no han considerado oportuno socializar los pequeños (industrias pequeñas, chacras, vehículos, comercio menor, etc.).

4º Los primitivos Consejos de Fábricas, puramente obreros, han demostrado que es perjudicial efectuar la producción con prescindencia de los técnicos, y han sido reemplazados por Consejos en que tienen igual representación el Consejo Económico Central, los técnicos y los obreros.

5º En todo lo socializado, los bolcheviques han mantenido la retribución directa del trabajo individual, conforme a la fórmula clásica del colectivismo y no a la del comunismo.

6º La producción socializada disminuyó al principio en proporciones considerables, análogas a las sufridas por las industrias de otros países europeos que intervinieron en la guerra. La producción de 1918 se duplicó en 1919 y el aumento se ha acentuado en 1920.

7º La guerra a Rusia con que el gobierno francés ha deshonrado a su pueblo ante la posteridad, subvencionando aventureros que le prometen el pago de sus empréstitos republicanos a la autocracia zarista, ha sido el obstáculo más grande al desenvolvimiento económico del socialismo en Rusia, pero las incesantes victorias en todos los frentes han contribuído a la consolidación política del gobierno bolchevique.

Éstos son los hechos sobre los cuales conviene reflexionar.

VI

LA SOCIALIZACIÓN INDUSTRIAL

Del gran experimento que se desenvuelve en Rusia pueden inferirse algunas nociones sobre las formas que revestirá en otros países la transformación del régimen económico capitalista en un régimen socialista.

Digamos, ante todo, que la nacionalización en el Estado capitalista no es lo mismo que la nacionalización en el Estado socialista; la primera es una trustificación al servicio de las clases parásitas, la segunda opera la trustificación al servicio de las clases productoras. Solamente en un Estado socialista —como el de Rusia— las palabras nacionalización y socialización resultan prácticamente sinónimas.

A pesar del poder extraordinario puesto en sus manos por la dictadura del proletariado, y aun actuando en el terreno explícito de la lucha de clases, los bolcheviques parecen haber demostrado que la fase inicial de la nacionalización de los medios de producción debe afectar solamente a la gran industria, los latifundios, los medios de transporte y las instituciones bancarias. ¿Cuáles serán los límites de la socialización, en cada región y en cada ramo? Creemos que ellos serán determinados naturalmente por la experiencia. Es probable que los pequeños industriales, colonos, comerciantes, etc., a medida que no puedan resistir la competencia

de las grandes instituciones socializadas, prefieran refundirse en ellas como cooperadores, por conveniencia propia.

Los enemigos del socialismo coinciden con los socialistas amarillos en proclamar que la experiencia de Rusia es un fracaso, porque no ha socializado todo de una vez, sin excepción alguna. Semejante criterio sólo probaría la falta de concepto histórico y de noción del tiempo, si no fuera un simple recurso de malos abogados que ven perder su pleito. Ninguna persona ilustrada puede creer que la organización económica de la sociedad, sobre nuevas bases, puede efectuarse por obra de un decreto de tal o cual gobernante.

La dictadura del proletariado no ha pretendido realizar en Rusia un mundo nuevo en veinticuatro horas; ha sido el instrumento indispensable para iniciarlo y deberá serlo todavía por mucho tiempo para que siga desenvolviéndose. En los otros países, y aun en las diversas zonas productoras de cada país, es probable que sean diversas la extensión y la duración del proceso; parece que ninguno de los pueblos civilizados permanecerá extraño a la transformación socialista, en mayor o menor escala, en plazo más o menos largo.

Otra enseñanza experimental de la Revolución Rusa consiste en disipar el prejuicio —tanto obrero como capitalista— de que la socialización puede efectuarse entregando los medios de producción a los más incapaces e incompetentes. Las probabilidades de éxito de las industrias socializadas disminuyen si falta la dirección de las más altas capacidades técnicas. Los albañiles no harán buenos edificios sin la cooperación de

arquitectos y constructores experimentados. En esto ha sido muy educativo el ensayo ruso, con el fracaso de los primitivos consejos de fábrica, felizmente subsanado a tiempo por los geniales dirigentes de la organización socialista.

Se ha advertido, en fin, que la organización, la coordinación y el método son indispensables para realizar obra duradera. El organismo técnico superior de la socialización necesita ser una federación general de sindicatos y cooperativas, organizada en la triple escala profesional, regional y nacional *; y siempre, para cada rama de producción, la cooperación de los técnicos es indispensable.

* *"A la pregunta: ¿qué es actualmente en Rusia el sindicato?, se puede contestar de la siguiente manera:*

"La unión de productores en Rusia, en la actualidad, es la asociación permanente de todos los que trabajan en un ramo determinado de la producción, y es una de las bases principales de organización económica de la dictadura del proletariado.

"La moderna unión de productores, bajo la dirección del partido comunista, se adjudica una participación enérgica en la lucha general del proletariado para la transformación de la sociedad y la abolición de clases, transportando su acción fundamental al terreno de la organización económica. Primero: tomando participación general en la organización de la producción sobre bases comunistas, mediante las secciones de los consejos de economía popular; segundo: la misma participación en favor de la restauración de las fuerzas productoras, minadas por la guerra y la crisis del presente; tercero: registrar y repartir las fuerzas de trabajo en todo el país; cuarto: participar en la organización del intercambio entre las ciudades y la campaña, por medio de los órganos del reparto; quinto: lo mismo en cuanto a la realización de la obligación general de trabajar; sexto: apoyo a los órganos estatales de aprovisionamiento, como ser: los comisariados de alimentación y las sociedades de consumo; séptimo: ayudar a solucionar la crisis de los transportes y del combustible; octavo: ayuda general para la formación del ejército rojo proletario; noveno: ayuda completa e incondicional del ejército del trabajo; y décimo: además del cuidado para la protección eficaz del trabajo según el código

VII

LA SOCIALIZACIÓN AGRARIA

La solución dada provisoriamente al problema agrario difiere de la adoptada para la producción industrial, aunque más en los nombres que en los hechos. Se han expropiado los latifundios y se ha distribuído esa tierra en parcelas a los campesinos, respetando la pequeña propiedad que estaba en posesión de los mismos que la trabajaban. Hay un poco de farsa en repetir que dar la tierra a los que la cultivan es el fracaso del socialismo, dado que éste se propone suprimir la propiedad individual para socializarla. Basta reflexionar en que la socialización de la tierra sólo puede tener por objeto ponerla en posesión de los mismos que la trabajan; y la propiedad de la que uno mismo trabaja, o sea el medio de producción, se limita a ser una simple posesión mientras se conserva inalienable y no puede emplearse en la explotación del trabajo ajeno. Los términos posesión y propiedad, esencialmente distintos en

del trabajo, la lucha contra tendencias egoístas de grupos de aquella parte de trabajadores que por su atraso mental no ven en el Estado proletario sino un vulgar empresario. Estas serían más o menos las funciones de nuestros sindicatos.

"Las modernas uniones de productores, que son escuelas prácticas de comunismo para las grandes masas del proletariado y del semi-proletariado, entran al mismo tiempo sucesivamente a formar parte en el mecanismo general del poder estatal; llegan a ser órganos del Estado obrero, subordinados políticamente a los Consejos (soviets), que son la forma históricamente obligada de la dictadura del proletariado". — G. Zinovieff: El partido y los sindicatos, en *"La Internacional Comunista". Moscú, noviembre de 1919.*

el régimen de propiedad capitalista, se refunden en el primero en un régimen socialista.

Si las tierras son propiedad del Estado y éste las da en enfitéutica posesión a los campesinos, mediante el pago de un canon destinado a sostener sus gastos generales, el resultado es el mismo que si los campesinos son propietarios de la tierra que trabajan, sin poderla vender, ni explotar el trabajo de otros hombres, y pagando impuestos para contribuir a costear los servicios públicos. Los usureros franceses y sus servidores amarillos se llenan la boca de palabras al declamar que el reparto de la tierra a los campesinos es la antítesis de la socialización; con sólo distinguir entre la "posesión" del propio instrumento de trabajo y la "propiedad" que permite explotar el trabajo ajeno, se comprende la falacia de este débil argumento. No debe olvidarse, además, que las conveniencias mismas de los productores tenderán progresivamente a refundir la posesión individual de las parcelas en asociaciones de cooperación agraria, que hagan colectiva la posesión misma, la división del trabajo y el intercambio de los productos, encaminándose gradualmente hacia la constitución de grandes cooperativas locales y regionales: este proceso está ya muy adelantado en Rusia.

Eso en cuanto al principio. En cuanto a la práctica, la experiencia rusa inclina a pensar que la expropiación territorial deberá efectuarse en formas análogas a la industrial.

Comenzará por los latifundios y se llevará hasta los límites necesarios en cada país, variables según la densidad de su población agraria y la intensidad de los mé-

todos usados en la producción. No parece que sea ventajoso, por lo menos en la fase inicial, socializar o confiscar la tierra de los pequeños propietarios rurales que trabajan lo que poseen, pues habría que devolvérselo en forma de posesión; con declarar inalienable esa pequeña propiedad y estableciendo el contralor administrativo de todos los que intervienen en la producción, cada parcela quedaría convertida de hecho en una pequeña cooperativa de producción, que sería la célula de vastas organizaciones cooperativas regionales.

Es innecesario insistir en que las condiciones de fertilidad, clima, comunicaciones, etc., deben ser tenidas en cuenta al dar posesión de la tierra a los que la hagan producir, no sólo porque toda la sociedad está interesada en que el trabajo humano rinda el máximum de producción con el menor esfuerzo, sino porque de otra manera la socialización agraria resultaría una burla, equivalente al chiste de un patriota francés que proponía distribuir a los campesinos lotes de tierra en los desiertos africanos.

En suma: comenzar por los latifundios, distribuir por familias y no por individuos, establecer la cooperación y transformar la pequeña propiedad en posesión inalienable para evitar la reconstitución del latifundio. Aunque ha transcurrido un siglo podrán leerse con provecho los planes enfitéuticos de Bernardino Rivadavia, así como las doctrinas de Henri George.

VIII

CONDICIONES DE LA EXPROPIACIÓN

La guerra y la consecutiva crisis mundial han obligado a los mismos capitalistas a admitir el principio de la requisa, confiscación y expropiación por utilidad pública. La propiedad individual ha dejado de considerarse sagrada e inviolable; se acepta que los gobiernos, como administradores de los intereses sociales, pueden y deben ponerle aquellas limitaciones que sean indispensables al bien común. Este principio, impuesto por las circunstancias, es una victoria del socialismo contra dogmas seculares del derecho civil, marcando el primer paso hacia una renovación general de los principios jurídicos.

Admitida la necesidad social de la expropiación, todo el problema se reduce a las condiciones en que debe efectuarse: con indemnización (fijada por la justicia o por el Estado) o sin indemnización.

Es evidente que si la socialización de los medios de producción industriales y agrarios pudiera efectuarse parlamentariamente y por la colaboración de clases, como parecía posible antes de la actual crisis económica, no habría inconvenientes fundamentales en expropiar con indemnización. Es sabido que en Yucatán, algunos años antes que en Rusia, ensayó el gobierno una expropiación de latifundios, distribuyendo la tierra en posesión enfitéutica a las familias agricultoras; se estableció que los expropiados recibirían una indemnización extinguible en largos plazos, cubriéndose las cuotas con

el mismo canon enfitéutico. El procedimiento era largo, pero establecida la intransferibilidad de la posesión, realizaba la finalidad de la socialización de la tierra por el Estado. Aunque no conocemos los resultados de ese experimento, es útil recordarlo como prueba de que se creía posible llegar a la socialización con indemnizaciones.

Pero la guerra, como sabemos, ha intensificado la lucha de clases en el terreno económico y dificultado la colaboración en el terreno legislativo. Cerradas las vías de conciliación o equilibrio entre los intereses de los capitalistas y de los trabajadores, la expropiación sólo puede efectuarse si la clase obrera organizada asume el poder, es decir, sustituyendo la dictadura del proletariado a la actual dictadura del capitalismo. En esas condiciones, más parecidas a una guerra civil que a una paz social, es lógico que la expropiación de los campos, fábricas y talleres, se haya efectuado en Rusia con indemnizaciones muy incompletas o directamente sin indemnizaciones. Si los expropiados son directores técnicos de la producción es legítimo, y aun deseable, que permanezcan al frente de sus industrias, como cooperadores de las mismas y en la situación preferente que corresponde a su más alta competencia *.

* *El instrumento administrativo que está ya preparando la futura socialización industrial es el "Consejo de Fábrica"; aceptado por los capitalistas como un organismo asesor y conciliatorio es impuesto por los obreros como una fase preliminar de la posesión colectiva de las fábricas.*

"En la presente etapa económica, los Consejos de Fábrica no podrán tener funciones muy diferentes de las que son propias de las comisiones internas, aunque tales funciones hayan de ser profundizadas por el propósito de ejercer una intervención eficaz en la producción. Mas los Consejos de

En la producción industrial, lo mismo que en la agraria, es inútil ocuparse de expropiar los instrumentos de trabajo que son de uso y aplicación personal. Cada grabador conoce sus cinceles, cada sastre sus tijeras, cada colono sus útiles de labranza. Esos instrumentos de trabajo no son capital aplicable a la explotación del trabajo ajeno y nadie podría usarlos con más provecho que sus mismos poseedores. Sólo personas sin juicio pueden creer que el socialismo se propone socializar esta clase

Fábrica tienen, sobre todo, una significación política de un alto interés para el nuevo orden social que hoy se está engendrando.

"Los Consejos de Fábrica, en cuanto significan la unión concorde de todos los elementos manuales e intelectuales que concurren a la producción, están llamados a convertirse, según sus teorizantes, en el instrumento mejor adaptado a la capacidad constructiva del proletariado durante el período revolucionario, y en órgano del poder económico cuando la revolución haya quitado a los industriales la posesión de las fábricas y de los instrumentos de trabajo. Sobre todo deberán ser órganos de preparación política y económica.

"Actualmente se ocupa el Parlamento alemán en un proyecto de ley sobre los Comisarios de Fábrica; ya la Constitución alemana preparaba esta trascendental reforma, reconociendo a los empleados y obreros el derecho a "colaborar con los patronos sobre bases de igualdad al establecimiento de las condiciones de trabajo y de salario, así como al desenvolvimiento económico de las fuerzas de producción", instituyendo Consejos de obreros que eligen luego Consejos de distrito, y un Consejo central para defender los intereses económicos y sociales de los trabajadores, a los que confiere el derecho de colaborar con los otros grupos de los trabajadores.

"Inglaterra es, por excelencia, el país de los Comisarios de Fábrica y de las Comisiones mixtas. En Austria el gobierno de la República los ha hecho obligatorios en ley de junio de 1919. En Italia son objeto ahora de apasionadas discusiones entre el elemento obrero, suscitada la cuestión en Turín, donde se publica un periódico fundado para su defensa. En Rusia la institución de los Consejos de Fábrica está empezando a ser la base de la nueva organización de las industrias nacionalizadas..." — Ver A. Hamon: El movimiento obrero en Gran Bretaña, *folleto, 1919.*

de elementos de trabajo, cuyo valor social no es mayor que el de una pipa o de un cepillo para dientes.

IX

¿COLECTIVISMO O COMUNISMO?

Han demostrado mucho tino los socialistas de Rusia al no intentar una socialización simultánea de "todo". Si hubieran ejecutado tal disparate —como, en el fondo, habrían deseado sus enemigos— los bolcheviques habrían sido casi tan imbéciles como los degenerados capitalistas de la Agencia Havas que circularon la especie de que habían socializado ¡hasta las mujeres!, es decir: sus madres, sus esposas, sus hijas...

Parece que sólo hay ventaja en expropiar y socializar las cosas necesarias para la producción y las de utilidad social bien definida. La experiencia tiende a demostrar que la hipótesis colectivista es más legítima que la comunista. Este resultado económico es independiente de que muchos partidarios de la Tercera Internacional se llamen ahora comunistas, para distinguirse de los amarillos que aún siguen llamándose socialistas: no creemos que esa clasificación política exprese una definitiva preferencia por la clásica fórmula comunista sobre la colectivista.

Ésa era, antes de la guerra, una de las distinciones teóricas más generales entre los socialistas y los anarquistas.

Los primeros eran colectivistas y decían: "Propiedad colectiva de los medios de producción; libre disposición del producto del trabajo personal". Y agregaban, na-

turalmente, que la sociedad debía proveer a las necesidades de los inhabilitados para producir: niños, ancianos, enfermos, etc., amparando a todos bajo una generòsa solidaridad social.

Los segundos eran comunistas y concretaban sus anhelos diciendo: "De cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades". Esta fórmula, más vaga aunque más simpática, traducía un optimismo sentimental y sólo se concebía realizable entre hombres de una bondad perfecta.

La Revolución Rusa ha enseñado que es posible la realización del colectivismo, sin haber intentado siquiera la experimentación de la fórmula comunista. Con hombres moralmente infectados por siglos de rudísima lucha por la vida, no ha parecido legítimo pensar en comunismo propiamente dicho. El ilustre estadista Lenin, con sumo tacto, ha expresado que la revolución debe ser colectivista por ahora, sin excluir que en fases ulteriores de la experiencia social pueda resultar posible el advenimiento de un régimen comunista. Dado el presente desarrollo técnico y mental de la humanidad, sólo podemos concebir como viable una organización colectivista; con los hombres de hoy no puede imaginarse una Arcadia en que cadá uno sea árbitro de producir según sus fuerzas y de consumir según sus necesidades.

Los colectivistas han explicado desde hace medio siglo que la libre disposición del producto del trabajo personal no puede engendrar propiedad capitalista, por cuanto no es aplicable a la adquisición de medios de producción, ni permite el advenimiento de nuevas clases parasitarias que exploten en su propio beneficio el

trabajo ajeno. La libre disposición asegura, en cambio, la libertad de variar el consumo de acuerdo con los gustos intelectuales, morales y físicos del individuo. Parece legítimo que tal hombre prefiera suculentas comidas y tal otro buenos libros, éste frecuentar el teatro y aquél coleccionar timbres postales, el uno adornar su vivienda con muchas flores y el otro tener en su huerta sabrosos melocotones, aparte de los que prefieran distraer sus ocios jugando al razonable billar o al ameno truco. Esas diferencias de gustos e inclinaciones personales son utilísimas para la armonía social; toda sociedad que aspire a aumentar la felicidad de sus componentes debe satisfacer, y aun estimular, esas justas desigualdades humanas, pues no son incompatibles con la justicia. Téngase presente que el fin perseguido es la justicia y no la igualdad; la injusticia no está en la desigualdad, sino en el privilegio. Cuando cada hombre haya cumplido su parte de trabajo social necesario es libre, cien veces libre, de multiplicar sus actividades superfluas en el sentido más grato a su idiosincrasia personal, mientras no dañe al mismo derecho de los demás.

El problema de la vivienda ha sido ya simplificado en muchos países con la limitación de los alquileres por el Estado y la extensión de los términos del desalojo; esas sencillas medidas son restrictivas del derecho de propiedad y ampliatorias de la posesión en favor del ocupante. En una fase ulterior es concebible que severos gravámenes, a todo inmueble no habitado por el propietario, determinen su traspaso a los mismos ocupantes; con suprimir los impuestos a la casa de uso y cargarlos a la

casa de renta, podría quizás llegarse a asegurar a cada familia la posesión de su vivienda.

Se comprende que ese procedimiento no haya sido imaginado en Rusia. Las condiciones hacían más urgente la solución del problema; se ha preferido la confiscación de las casas no habitadas por sus propietarios, comenzando por los grandes acaparadores de casas, y se han ocupado éstas con familias que las necesitaban.

No sabemos hasta qué límites se ha llevado esa socialización, aunque es probable que ello no sea total, ajustándose al mismo criterio seguido en la expropiación industrial y agraria.

X

EL PROCESO REVOLUCIONARIO INTERNACIONAL

Estas enseñanzas del experimento socialista ruso, y otras menores que no es oportuno analizar en detalle, merecen ser tenidas en cuenta por todos los que estudian de buena fe el problema social en los demás países; no hay ventaja alguna en cerrar los ojos ante la realidad y todo hace presumir que los ideales de la presente revolución beneficiarán progresivamente a los pueblos que suelen llamarse civilizados. El fenómeno sociológico ruso es un simple accidente de un proceso necesariamente universal, pues la interdependencia económica de los pueblos se ha duplicado en el último quinquenio. Cada fenómeno nacional o regional presentará, evidentemente, características propias dentro del proceso general, pero ninguna persona ilustrada

puede suponer que un país cualquiera podrá sustraerse a la saludable renovación que regenerará a todos los que con él mantienen relaciones económicas.

Carece de fundamentos históricos y experimentales la hipótesis de que la actual crisis revolucionaria podría ser un accidente pasajero, después del cual se restaurará el precedente régimen capitalista, volviendo todos los intereses políticos, económicos y morales al mismo estado en que se encontraban antes de la guerra. El capitalismo está condenado a desaparecer por sus fallas intrínsecas. Entre los productores y los consumidores se ha formado una clase parásita, cada vez más numerosa y voraz, que posee los resortes políticos del Estado, dispone de la complicidad moral de las iglesias dogmáticas y se apuntala en la violencia de ejércitos y policías. El crecimiento progresivo de esa clase parasitaria impide solucionar la presente crisis económica; el perfeccionamiento de la técnica productiva no basta actualmente para aumentar la producción, pero si lo consiguiese aumentaría los beneficios de los que no trabajan. El problema de la justicia económica es insoluble dentro del régimen capitalista; su única solución moralmente aceptable consiste en eliminar la clase parásita que vive del trabajo ajeno. Ésa es la solución que se ha buscado en Rusia, dando un profundo valor ético a su fórmula: "el que no trabaja, no come".

La extinción del parasitismo social es, pues, incompatible con el régimen capitalista que lo ha centuplicado. La paz social es irrealizable sin satisfacer la justicia económica reclamada hoy por las clases productoras. El capitalismo se encuentra en el caso de un enfermo incurable que dispone de fabulosos recursos

para costearse médicos y drogas que puedan prolongar sus días, o que, simplemente, se lo prometan.

Por formidable que sea la resistencia del capitalismo —y nadie puede poner en duda que lo es—, el resultado será el mismo, más tarde o más temprano, después de tremendas represiones y de vengativas violencias. Es evidente que los partidos revolucionarios pueden ser desalojados del gobierno, como ha ocurrido ya en Hungría, como puede ocurrir mañana en Rusia; pero esos episodios no han de volver cosa alguna al estado precedente, aunque los partidos restauradores recuperen por algún tiempo el poder. Basta observar que en todos los países, sin excepción, los partidos más reaccionarios se han dado programas de reformas tan avanzadas como las que en vano reclamaban hace diez años los partidos socialistas reformistas; es decir, que las extremas izquierdas de ayer. Por eso, los sucesivos episodios restauradores que sin duda ocurrirán en los próximos años, dislocarán cada vez el problema en sentido favorable al proceso global de la revolución. Las más antagónicas oscilaciones políticas se acercarán a la misma finalidad económica de socializar los medios de producción y de cambio.

Los austeros dirigentes del partido bolchevique ruso no ignoran que es posible perder el gobierno y lo repiten cada vez que reclaman la adhesión del proletariado mundial, pues sin ella les será difícil luchar contra la coalición internacional de los capitalistas. Pero también han repetido que si el poder pasara a otras manos, la nueva Rusia no volvería a ser la inmoral y encanallada del tiempo de los zares. Ésa es la lección

fundamental de la filosofía de la historia. Los revolucionarios pueden caer, ser perseguidos, morir asesinados en masa, pero la Revolución triunfa para sus hijos: más o menos, según los casos, pero triunfa. Y del éxito discontinuo de los episodios revolucionarios, corregidos cada vez por una experiencia que rectifica los precedentes errores, resulta al fin el cambio de régimen que constituye en su integralidad el proceso revolucionario.

No es general que los ideales se realicen totalmente, como han sido pensados antes de entrar al terreno de la experimentación. Todo ideal es una hipótesis, perfeccionable en la práctica. Las luchas por la elevación moral y material de la humanidad han sido siempre inspiradas por ideales; es necesario tenerlos para orientar el camino, sin perjuicio de estar dispuestos a contralorearlos durante la marcha, como los navegantes que de tiempo en tiempo determinan su posición para rectificar el rumbo.

A los pueblos que tienen por común ideal una mayor justicia les interesa determinar su posición, ya que los diversos ambientes y los distintos momentos obligan a seguir direcciones y usar métodos que no pueden ser idénticos. La revolución socialista rusa es un experimento cuyas enseñanzas deben ser aprovechadas, sin que ello importe creer que es un modelo cuyos detalles convenga reproducir servilmente en cualquier otro país. Bien lo ha expresado Miliutin en su discurso a la delegación de laboristas británicos: "A los que en otros países tienen nuestros mismos ideales no los incitamos a copiar todos los procedimientos seguidos por

nosotros en Rusia; circunstancias diferentes pueden aconsejarles normas de conducta muy distintas de las que nos han impuesto las circunstancias. La guerra alimentada por los capitalistas extranjeros y la traición interna de muchos hombres de escasa conciencia socialista nos han creado terribles dificultades militares y económicas, contra las que hemos tenido que agotar nuestros mayores esfuerzos. En los países que no tienen esos problemas el proletariado encontrará menos dificultades para el logro de nuestras mismas aspiraciones, y podrá llevar a cabo su obra redentora sin pasar por una desorganización económica tan tremenda como la que hemos heredado de la autocracia del zar y de la coalición de Kerensky". La actual fase de la revolución en Italia y en Inglaterra (septiembre de 1920) parece confirmar las opiniones del talentoso Comisario de Economía Pública.

La realidad social contemporánea ofrece campo vastísimo a los que desean estudiar y reflexionar, para bien de su propio pueblo y de toda la humanidad. La guerra ha demostrado que el cable y la prensa rica mienten diariamente; ayer lo hacían en pro o en contra de una parte beligerante, hoy lo hacen al servicio del capitalismo internacional y contra los nuevos ideales de la humanidad.

No sorprende, pues, que crean desatinos sobre la Revolución Rusa las personas que se limitan a leer las mentiras con que el cable y la prensa rica corrompen el criterio público y siembran el odio en la sociedad.

LAS FUERZAS MORALES DE LA REVOLUCIÓN RUSA

I

INMORALIDAD DEL RÉGIMEN CAPITALISTA

Todos los moralistas, sin distinción de escuelas, coincidían, pocos años antes de la guerra, en señalar una progresiva corrupción de la moral práctica en las naciones más caracterizadas por su desarrollo capitalista. Una fiebre de lucro y de especulación minaba los sentimientos de solidaridad social. En ciertas clases sociales, divorciadas de todo trabajo útil para la sociedad, los hábitos de holgazanería y parasitismo tornaban cada vez más inescrupulosa la lucha por la vida entre los hombres.

Esas pequeñas minorías de elementos antisociales imponían leyes y costumbres en cada país, constituyendo plutocracias u oligarquías privilegiadas que detentaban el mecanismo institucional del Estado; la política y la finanza se combinaban para legalizar los acaparamientos, proveedurías, proteccionismos, trustificaciones y otros cien resortes de especulación a expensas de las clases productoras. El categórico "¡Enriqueceos!, ho-

nesta o deshonestamente" habíase decidido ya por el segundo término de la disyuntiva; el capitalismo, como sistema, no era la acumulación de capital por el trabajo propio, sino por la explotación del trabajo ajeno.

A medida que el Estado se definía como instrumento político de la plutocracia capitalista, tornábase más numerosa la fauna parasitaria que succionaba en provecho propio las fuerzas vitales de la sociedad. El mal contaminaba a todos y a todo. La administración pública convertíase en refugio de ociosos burócratas, la industria y el comercio eran carcomidos por enguantados especuladores, los partidos políticos degeneraban en pandillas de traficantes deshonestos, las iglesias olvidaban sus credos espirituales y se entregaban al materialista afán de acumular riquezas, el amor se mercantilizaba en turbias cotizaciones matrimoniales, la actividad personal se aplicaba a captar hábilmente los frutos del ajeno esfuerzo. En esa degeneración sombría, la patria, la política, la amistad, la religión, la familia, el trabajo, iban perdiendo todo valor moral, convertidos en sofismas de justificación al servicio de traficantes grandes y pequeños.

Este rebajamiento de la moral práctica no provenía, sin embargo, de una ingénita perversidad de los hombres; era la consecuencia natural, estricta, inevitable, del régimen capitalista. El individuo, si no se resignaba a la perenne servidumbre del salario, tenía que luchar encarnizadamente contra los demás, oponiendo el egoísmo al egoísmo, la hostilidad a la hostilidad, la simulación a la simulación. Cada hombre era un competidor de su semejante: el banquero del banquero, el industrial del industrial, el burócrata del burócrata, el

obrero del obrero. El beneficio del vendedor era contrario al del comprador. Los derechos de la mujer herían el interés de los hombres. Los hijos deseaban la muerte de los padres para heredar su fortuna. Los cónyuges desavenidos se atribuían culpas recíprocas para obtener pensiones parasitarias. Los electores explotaban a los candidatos y los elegidos burlaban a los electores. Los gobernantes exprimían a los gobernados y los sacerdotes a los creyentes; los militares hambreaban a los pueblos que se proponían defender. La vida entera del hombre, rico o pobre, activo u ocioso, joven o anciano, estaba ocupada en la tarea de enriquecerse a expensas del prójimo o de evitar que otros lo hicieran en su propio perjuicio.

El bosquejo, aunque somero, basta para comprender que eran profundas causas económicas las que determinaban tristes efectos morales en la humanidad entera. Los hombres adaptaban sus ideas y sus sentimientos a esa atmósfera de rivalidad y de engaño, acostumbrándose a buscar el bien propio en el mal ajeno. Poco a poco, los ideales éticos de justicia y de solidaridad eran desalojados por delictuosos sentimientos de picardía y de explotación.

Los filósofos y moralistas de las viejas escuelas se esforzaban por atribuir esos males al descrédito en que habían caído los principios dogmáticos de las morales teológicas y racionalistas; y con dialéctica de ciegos, o con espiritualista hipocresía, majadereaban que el remedio a tan graves carcomas debía buscarse en una rehabilitación de los más rancios y apolillados dogmatismos.

Otras corrientes ideológicas, más modernas, afir-

maban que la moralidad era una función del medio social. De ello deducían que la regeneración ética de la humanidad reclamaba cambios básicos de las relaciones sociales y económicas, en el sentido de un mayor solidarismo entre los individuos y entre los pueblos.

El antagonismo de intereses entre las plutocracias de los Estados más poderosos desencadenó la guerra en el mundo. Para asegurar la preeminencia de sus privilegios respectivos, los imperialismos económicos se disfrazaron de patriotismo y de idealidad; así exaltaron en las masas ingenuas los más bajos instintos de violencia y de destrucción, rellenando con millones de víctimas humanas las lóbregas trincheras donde se moría sin gloria y sin heroísmo. La diplomacia farisaica del engaño recíproco daba sus naturales resultados; los gobiernos de las clases parásitas defendían su bolsa a precio de la vida de las clases trabajadoras.

¿Ideales? ¿Patriotismo? ¿Religión? ¿Honor? Muy pronto fué advirtiéndose que a esas palabras no daban valor alguno las clases plutocráticas, únicamente empeñadas en ensanchar el campo de sus negocios. Alemania e Inglaterra se disputaban los mercados del mundo, prometiendo a sus aliados y satélites alguna participación en las utilidades de la magna aventura. La mente humana renuncia a concebir una degeneración mayor del sentido moral colectivo.

Si alguna duda cupo al principio fué disipándose a medida que en el curso de la guerra se evidenciaron las inmorales maniobras de los especuladores, proveedores y acaparadores, organizados internacionalmente

para explotar el hambre de los mismos pueblos diezmados por la siniestra sangría.

Los políticos de profesión mentían entretanto a las víctimas, pretendiendo sugerirles que la pavorosa matanza era un noble sacrificio en aras de elevados ideales; y fué expresiva, entre todas, una caricatura que mostraba a una capitalista alemán y uno inglés, gritándose recíprocamente: "Defenderemos nuestros negocios hasta la muerte del último trabajador".

Al terminar la guerra se puso de manifiesto, en torpe desnudez, la degradación moral de la sociedad capitalista, denunciando la decadencia histórica de su régimen económico.

Politiqueros sin escrúpulos redujeron la paz de los pueblos a la burda negociación comercial tramitada en Versalles, defraudando las esperanzas de los que habían creído en sus mentidos ideales de reordenación social. Se advirtió que el único objetivo de los gobiernos vencedores — lo mismo que el de los vencidos — era apuntalar los privilegios de sus capitalismos respectivos, ahondando, si posible fuera, el abismo de inmoralidad económica implícito en el sistema.

Cuando los pueblos comprendieron y amenazaron erguirse contra los mangoneadores del fraude, las clases parásitas se aprestaron a la defensa, descolgando de la panoplia tradicionalista todas las armas herrumbradas. Políticos que habían perseguido las iglesias no han vacilado en fomentar la obediencia religiosa en las clases trabajadoras; explotadores del gobierno han deshonrado el patriotismo defendiendo a los capitalistas extranjeros contra los trabajadores de su propio

país; hablando de orden y de reconstrucción, han sembrado la violencia y el caos; tratando la paz, han envenenado el mundo con odios pavorosos.

Los intereses creados por el régimen capitalista están de pie, abiertas sus fauces insaciables. ¿Qué anhelan al terminar la guerra? Asegurar su parasitismo y mantener a las clases trabajadoras en la servidumbre económica. ¿Qué piden los parásitos vencedores? Beneficios, privilegios, intereses, dinero. ¿Qué defienden los parásitos vencidos? Beneficios, privilegios, intereses, dinero. ¡Cuán grande es la depravación moral de esos políticos que intentan liquidar el sacrificio de los pueblos como una grande, formidable, colosal aventura de mercaderes sin escrúpulos, sin dignidad, sin remordimientos!

Ese conjunto de aspiraciones contrarias a la Justicia se refleja en la mente de sus beneficiarios como un todo sistemático y coherente. Es la *vieja conciencia moral* que no vacila ante los medios más reprobables para obtener sus fines delictuosos: perpetuar los privilegios de los parásitos, mantener la explotación del trabajo ajeno, impedir la concordia humana.

Ante esa corrupción moral, que ha sido la consecuencia del régimen capitalista, es forzoso reconocer la ineficacia de todo remedio que no se proponga eliminar las instituciones que lo apuntalan. El mal ha adquirido proporciones demasiado grandes; las pequeñas reformas y concesiones de las clases parásitas no bastan ya para seguir engañando a las clases trabajadoras.

Los cimientos morales de la paz social deben ser la justicia y la solidaridad. Sólo habrá justicia cuando sea

imposible la explotación del hombre por el hombre, cuando el derecho a la vida tenga por condición ineludible el deber del trabajo; sólo habrá solidaridad cuando desaparezcan las clases parásitas, cuando todos los seres humanos se sientan hermanados en la dignidad del trabajo.

La enunciación de esas ideas excluye en absoluto la posibilidad de alcanzar una paz social estable mientras no se eliminen los intereses creados por el régimen capitalista y las instituciones que le son conexas. Nuevas relaciones jurídicas, políticas y económicas son indispensables para excluir de la sociedad el privilegio y el parasitismo. En la presente renovación del mundo las clases trabajadoras son la más robusta esperanza para la regeneración moral de la humanidad, de acuerdo con ciertos principios que han tenido en la Revolución Rusa su primer ensayo de experimentación.

II

LA NUEVA CONCIENCIA DE LA HUMANIDAD

Las condiciones de hecho creadas por la guerra mundial han intensificado la inmoralidad parasitaria de la sociedad capitalista, acentuando sus vicios incompatibles con la solidaridad social; pero del mismo seno de la catástrofe han salido más poderosas y pujantes las fuerzas morales capaces de iniciar la regeneración ética de la sociedad, conforme a nuevos principios. El trabajo se ha rebelado contra el parasitismo; la justicia contra el privilegio. Gradualmente se han definido

ideales y aspiraciones que caracterizan una profunda revolución operada en los espíritus, formándose una *nueva conciencia moral* en la humanidad.

Obra de meses, de años, nada han podido ni podrán contra ella la mentira y la hipocresía organizadas por las clases reaccionarias. Cuando era más grande el horror de la carnicería se alzaron las primeras voces, heroicas en su aislamiento; no fueron muchas ni tuvieron influencia decisiva. La atmósfera de fariseísmo y de locura creada por los gobiernos plutocráticos embriagó a los políticos de conciencia indecisa; los pueblos fueron llevados al matadero con la siniestra complicidad de los socialistas amarillos que así, en la hora de la prueba, traicionaron sus prédicas de fraternidad internacional a cambio de algunos sitiales en los ministerios beligerantes.

Hubo un momento en que relámpagos de idealismo aclararon el horizonte. El presidente Wilson devolvió alguna esperanza a los hombres horrorizados por la guerra; sus palabras expresaron principios elevados y pudo creerse que alguna partícula de la severa moral puritana había persistido entre la corrupción del capitalismo yanqui. Fué un resplandor fugaz. En el momento de sacar cuentas los ideales fueron vencidos por los apetitos; los amigos de la justicia comprendieron que los políticos no podían emanciparse del mercantilismo venal a que los arrastraba el régimen que servían. La diplomacia de los gobiernos se reveló incapaz de preparar la paz de los pueblos.

Frente al descenso moral de las clases parásitas se levantaron las fuerzas morales de las clases trabajadoras, afirmando una voluntad universal de renovación.

El fracaso del pasado obligó a poner cimientos nuevos al porvenir; pero a poco se definieron algunas aspiraciones claras y precisas. Contra la inmoralidad del parasitismo capitalista se afirmó la necesidad de poner los medios de producción en manos de los productores mismos, técnicamente organizados en triple escala local, regional e internacional. Contra la inmoralidad del parlamentarismo político se entrevió el remedio en una administración representativa de las funciones sociales. Contra la inmoralidad de la ignorancia supersticiosa se definió el principio de la educación extensiva. Justicia económica, justicia política, justicia educacional, son hoy los principios cardinales que orientan la nueva conciencia de la humanidad.

Como era de prever, la saludable crisis comenzó a traducirse en hechos en el primero de los Estados capitalistas que sucumbió en la guerra. La minoría ilustrada del pueblo ruso, con una clarividencia sólo igualada por su energía, arrancó el mecanismo del Estado a las clases parásitas y lo puso al servicio de las clases trabajadoras. El hondo sentido moral de este hecho fué muy pronto sintetizado en una fórmula feliz y expresiva: "el que no trabaja, no come", significando que la Justicia — supremo ideal de la ética y del derecho — exige que todo hombre desempeñe funciones útiles a la sociedad en que vive.

Rodeados por Estados capitalistas y convulsionados por conspiradores de la corrompida autocracia, los idealistas libertadores del pueblo ruso tuvieron que organizar sus fuerzas para luchar contra enemigos internos y externos. Con una firmeza ejemplar — sólo

concebible en hombres que no eran políticos profesionales — hablaron al pueblo del mundo un nuevo lenguaje, expusieron sus finalidades de renovación integral y probaron con hechos la sinceridad de sus intenciones. Desde ese momento — noviembre de 1917 — la Revolución Rusa ha sido el símbolo de la nueva conciencia de la humanidad y ha servido como piedra de toque para distinguir a los partidarios del parasitismo y del trabajo. Todos los que desean "reconstruir" el inmoral régimen capitalista son enemigos de Rusia; todos los que desean "construir" un nuevo régimen sobre cimientos morales más justos son sus partidarios.

La lucha entre esas dos conciencias colectivas se ha vuelto internacional. Los gobiernos capitalistas han comprendido que los privilegios parasitarios peligraban ante la nueva conciencia moral de los trabajadores; por eso, entre los escombros de la guerra, han procurado arreglar sus negocios, sobre la base común de la resistencia a las reivindicaciones de las clases productoras. Ante el movimiento regenerador, sostenido por el ejemplo de Rusia, se han resignado a ceder lo accesorio para salvar lo esencial, entrando por los caminos de un "reformismo" que pretende consolidar al régimen capitalista; para hacer más eficaz su maniobra han tentado la ambición personal de los socialistas amarillos, ofreciéndoles un cubierto en su mesa. Dicho sea con vergüenza para la dignidad humana, muchos de esos políticos, envejecidos en las antesalas parlamentarias, se han apresurado a convertirse en puntales del régimen capitalista. Traicionando la fe que en

ellos pusieron los trabajadores se han pasado capciosamente a las filas de los parásitos.

Las castas privilegiadas disponen de los medios coercitivos para bloquear a Rusia y aislar a las clases trabajadoras del mundo entero: ejércitos regulares, medios de transporte y de comunicación, policías visibles y secretas, aventureros, mercenarios, guardias blancas, y otros cien medios de opresión cuya eficacia se mide por el apoyo recíproco que se prestan entre sí y a la sombra del Estado. Disponen también de los medios de información y mistificación públicas, desde el cable y la prensa hasta la tribuna parlamentaria y el púlpito religioso, organizados para servir los intereses de las clases parasitarias, en la doble escala nacional e internacional. Y disponen, por fin, de la miserable complicidad de los amarillos del mundo entero, deslumbrados los más ambiciosos por la esperanza de colaborar en la consolidación del régimen capitalista, e intimidados los más cobardes por las amenazas de los mercenarios.

Es sorprendente que tantos y tan terribles obstáculos no hayan detenido la admirable corriente de simpatías que la Revolución Rusa ha despertado en el mundo entero. En 1918 podían contarse los que osaban manifestar sus simpatías por los bolcheviques; en 1919, a pesar de la actividad terrorista de los órganos de mistificación pública, una parte apreciable de la clase trabajadora y de los hombres independientes siguió con emoción la suerte del pueblo ruso; en 1920 ha abrazado resueltamente la causa de Rusia la mayoría de los obreros sindicados y socialistas, contra la

voluntad explícita de los dirigentes, que han combatido a Rusia con esa vehemencia propia de todos los renegados, en que a la vanidad herida se mezcla la pesadilla del remordimiento.

Frente a la propaganda adversa, los simpatizantes de Rusia han consolidado sus propias creencias. Ni falsas informaciones, ni argumentos sofísticos, ni actitudes turbias, han podido atenuar la fe de los trabajadores. La fe, decimos; se trata ahora de fe en el porvenir, de una fe que espera grandes renovaciones sin entibiarse por pequeños contratiempos. Como en la primera fase del Cristianismo, de la Reforma y de la Revolución Francesa, la nueva conciencia moral de la humanidad ha asumido ciertos caracteres de verdadero misticismo, indispensables para servir con eficacia a un ideal.

Siendo muy diversas las condiciones de desarrollo económico en que se encuentra cada pueblo, la fe en la Revolución Rusa no implica un deseo concreto de imitar en todas partes sus procedimientos; es adhesión a una forma de las tantas que la revolución actual podrá revestir en el mundo, es solidaridad con los hombres heroicos que han dado impulso más eficaz a los nuevos ideales.

Muchas personas ignorantes creen que la Revolución Rusa es un fenómeno local y un proceso concluído; de ello deducen que es necesario repudiarla o imitarla. sin otra disyuntiva. El concepto histórico con que debe juzgarse la presente Revolución Social induce a pensar todo lo contrario. La Revolución Rusa es la primera fase experimental de un proceso necesariamen-

te internacional; el episodio ruso no es una revolución históricamente concluída, sino el comienzo de una revolución apenas iniciada; no puede limitarse a Rusia ni es concebible que en todos los países se manifieste con sus mismos caracteres.

El Cristianismo no penetró simultáneamente en todos los países del mundo, ni siguió doquiera los mismos procedimientos, ni produjo resultados idénticos en los diversos pueblos cuya conciencia social renovó. Pero en medio de la heterogeneidad de circunstancias vibró la homogeneidad de la fe en la moral evangélica; las herejías y los cismas vinieron después del triunfo. Antes, durante la lucha y bajo la persecución, las disidencias eran simples traiciones.

Análoga es la situación de los espíritus frente a la revolución social contemporánea. Rusia es la Galilea; los bolcheviques son los apóstoles. Se cree o no se cree en la Revolución Rusa; adherir a ella es un acto de fe en el porvenir, en la justicia, en el progreso moral de la humanidad. La actitud crítica, durante la lucha. demuestra falta de fe y es obra de enemigos; los distingos y las reservas equivalen a negaciones, son más nocivos que la traición franca y desembozada. Llegado el momento de la experiencia colectiva, en cualquier terreno, es absurdo que cada militante se cruce de brazos ante el enemigo común para discutir detalles de doctrinas o de táctica. Se marcha o no se marcha: se cree en el pasado o en el porvenir; se tiene fe en la reacción o en la revolución. Todo el que discute la reacción obra como revolucionario; todo el que discute la revolución obra como reaccionario.

Frente a la inmoralidad del régimen capitalista que

ha sembrado en el mundo la injusticia, la opresión y la guerra, se está formando la nueva conciencia moral que aspira a renovar las instituciones sociales. El espíritu revolucionario es hoy un estado de fe colectiva en la posibilidad de vivir en un mundo mejor que el presente; el espíritu reaccionario es falta de esa fe, es adhesión a los intereses materiales creados por la inmoralidad capitalista. Los dos únicos partidos en que hoy se divide la humanidad obran cuerdamente al repetir la fórmula apostólica: " el que no está conmigo está contra mí". La posteridad decidirá cuál de ellos interpreta mejor el sentido de la evolución social; pero, mientras tanto, los contemporáneos tendrán que colocarse en uno u otro platillo de la balanza, a riesgo de gravitar en el vacío o de renunciar a toda gravitación.

III

CONFLICTO ENTRE DOS CONCIENCIAS MORALES

Es imposible desconocer que la humanidad se encuentra en una encrucijada decisiva. Dos mundos morales han entrado en conflicto y no hay entre ellos esperanza de pacificación. El privilegio y la justicia son incompatibles; si el uno se perpetúa la otra debe sucumbir; si ésta se impone, aquél debe desaparecer. Las partes en lucha tienen ya clarísima conciencia de su función en el actual momento histórico; ningún optimismo autoriza a suponer que el pasado cederá sin resistencia al porvenir.

Aunque algunas regiones del planeta — y, por cier-

to, las menos civilizadas — se encuentran libres de conflictos y de violencias, es forzoso reconocer que la humanidad, en su conjunto solidario, atraviesa por una fase de guerra civil. En cada región se manifiesta de cien modos, hoy silenciosa y solemne, mañana audaz y turbulenta, con armisticios y hostilidades que continuamente se renuevan, sin posibilidad de reconciliación. No es guerra para un día ni para un año, porque en ella no se juega la estabilidad de un gobierno ni la gloria de un general; es guerra de principios, de ideales, de fe, guerra entre la conciencia revolucionaria y la conciencia restauradora; o se crea un nuevo mundo moral, o se continúa viviendo en el que llenó de infamia y de sangre al mundo durante cinco años. Los medios términos están excluídos; las engañosas cataplasmas "reconstructivas" parecen artificios de prestidigitación. Los hombres capaces de optar están frente a un dilema sin tangentes: o se repudia la moral del parasitismo y se tiene fe en el advenimiento de una moral más justa, o se defiende el régimen capitalista y se niega la posibilidad de una renovación moral que ponga el deber del trabajo como fundamento de toda justicia.

Análogo conflicto espiritual planteó en el mundo civilizado la Revolución Francesa; hubo que optar entonces entre el Absolutismo por Derecho Divino y el Constitucionalismo por Soberanía Popular. Durante la lucha no hubo estados de conciencia intermedios; se estaba con Francia o contra Francia, sin entrar en distingos jesuíticos. Hoy, como entonces, hay que optar entre el privilegio que defienden los improductivos capitalistas y la justicia que anhelan los produc-

tivos trabajadores. No es posible engañarse, ni consiente nadie que le engañen; se está con Rusia o contra Rusia. La fe que hace un siglo estuvo por París, hoy está por Moscú; el alma de la Convención francesa ha transmigrado al Consejo Ruso. Históricamente considerado —como se le juzgará dentro de cien años—, el Supremo Consejo Aliado es homólogo de la Santa Alianza, y uno de los socialistas renegados, Millerand, tiene a su cargo el siniestro "rol" de Metternich.

Dentro de cada país existen hoy dos Estados inconciliables. Uno en disolución, el Estado capitalista, cuenta aún con poderosos medios para conservar el poder y prolongar la existencia de las clases parasitarias; otro en formación, el Estado socialista, cuya eficacia constructiva depende exclusivamente de la conquista del poder por las clases trabajadoras. La transformación del Estado capitalista en Estado socialista no puede efectuarse sin resistencias de los favorecidos en el primero; los que creen natural que ellos empleen la violencia para defender sus privilegios deben aceptar que la empleen los trabajadores para defender la justicia.

Esta situación de conflicto entre gobiernos y pueblos, en el orden nacional, hace imposible la solución de los conflictos internacionales consecutivos a la guerra. Los gobiernos se proponen lo contrario de lo que anhelan sus pueblos respectivos; la liquidación de la catástrofe mundial no puede efectuarse por tratados entre políticos capitalistas que poseen una conciencia moral distinta de la que anima a las clases trabajadoras. La actual Liga de las Naciones cederá su puesto a una venidera Liga de los Pueblos.

Antes de que esa transformación se produzca no habrá paz en el mundo. Todos los países continuarán en la situación actual de dictadura, capitalista o proletaria.

Sería ridículo pretender que durante la presente guerra civil los dos partidos se mantuvieran dentro de la legalidad. Fuera de ella están todos los "trusts" de capitalistas; fuera de ella están todos los sindicatos de trabajadores. Dictadura no significa otra cosa; nadie puede temblar de buena fe por esas dictaduras, olvidando la propia.

La actitud de los reaccionarios franceses frente a la Revolución Rusa es típica de la moral capitalista: el gobierno bolchevique es una dictadura porque se niega a pagar las deudas del zarismo. Los gobernantes de Francia han tenido la lealtad de quitarse la careta: si Lenin pagara las deudas del zar sería un santo, como no las paga es un dictador. En cambio los biznietos de Dantón no vacilaron en reconocer como gobernante legítimo al aventurero Wrangel, sólo porque se comprometía a pagar las deudas en litigio. ¡Fácil promesa para quien asumía tan graves responsabilidades financieras sin poseer más recursos que los extraídos a los ingenuos capitalistas franceses!

La sinceridad final del gobierno francés — que resulta algo cínica en hombres que estafaron nuestras simpatías invocando idealismos desinteresados— ha puesto en evidencia toda la miseria moral a que ha descendido el espíritu parasitario. Y ha acentuado, a la vez, la cobardía moral de los socialistas amarillos que eludieron el deber de apoyar moralmente a Rusia,

pues en vez de rectificar con hidalguía su error inicial se han encenagado miserablemente, defendiendo los intereses de los capitalistas contra los ideales de los trabajadores.

Tan opuestos puntos de vista no podrán conciliarse en el porvenir. O los gobiernos siguen intrigándose con la mendaz diplomacia secreta, o los pueblos se resuelven a entenderse mediante una diplomacia pública y veraz. Son dos morales incompatibles e irreductibles en el orden internacional. Mientras los reaccionarios pretenden salvar en conciliábulos secretos los intereses creados del régimen capitalista, una nueva fuerza moral amenaza desbaratar la intriga, gritando como hace un siglo los revolucionarios argentinos: "El pueblo quiere saber de lo que se trata".

El mundo moral está, pues, en plena crisis, agitado por el conflicto entre dos conciencias colectivas. La fe en la perpetuación del pasado tiene ya a su frente la fe en la renovación del porvenir. Son fuerzas morales muy distintas las que sostienen a los creyentes de ambas partes; en los unos la fe se apuntala en intereses mercantiles mientras en los otros brota de la esperanza puesta en altos ideales.

Eso permite comprender la ineficacia de tres años de propaganda telegráfica y periodística contra la Revolución Rusa. La obra difamatoria realizada con el espíritu de la "conciencia vieja" ha carecido de valor moral para los que poseen la "conciencia nueva"; los que tienen su pupila fija en el porvenir no creen a los que hablan en nombre del pasado. Y así como no ha habido razones ni argumentos capaces de entibiar la simpatía de un solo partidario de Rusia, tampoco los

hay para convertir en su favor a un solo prestamista francés.

IV

EL TRIUNFO DE LAS FUERZAS MORALES

Los ideales de la Revolución Rusa han vencido ya, definitivamente, a todos sus enemigos. Tres años de resistencia heroica han bastado para probar al mundo que todo no era ilusión en sus aspiraciones, imponiendo a sus más empecinados enemigos una variación básica frente a sus principios de Justicia Social. La coacción de los violentos, la ceguera de los ignorantes, la jactancia de los enriquecidos, la defección de los cobardes, nada pudieron contra ella en tres años; detrás de los ejércitos revolucionarios, cien veces vencedores, ha actuado una fe irreductible, que ha idealizado sus victorias.

Pocas luchas tan generosas ha conocido la humanidad. Un pueblo, agotado en la más siniestra guerra de intereses materiales, se yergue de pronto contra la propia autocracia y contra todas las tiranías que ensangrientan al mundo, en nombre de ideales nobilísimos de paz y fraternidad; una selecta minoría interpreta esos cambios, asume con energía titánica grandiosas responsabilidades y lanza su reto formidable a todos los gobiernos que apuntalan el privilegio, el parasitismo y la injusticia.

El gesto viril llena al mundo de inquietud, apresurando con latidos de esperanza el ritmo de corazones

generosos, sobrecogiendo con angustias de remordimiento a las conciencias intranquilas. Nadie se atreve a lamentar la caída del régimen zarista, cuya putrefacción moral no era ya un misterio para sus mismos cómplices y aliados.

Muy pronto los gobiernos advierten que la Revolución Rusa no es un accidente político local, sino el primer episodio de un magno proceso histórico destinado a provocar una honda renovación de todos los valores políticos, económicos y morales. Midiendo el peligro, cien enemigos se confabulan contra la Revolución, para difamarla, para bloquearla, para aplastarla. En el primer momento parece imposible que el pueblo ruso en armas pueda resistir a la violencia catapultante de los ejércitos aliados, cuando éstos queden con las garras libres, después de destrozar al monstruo teutón.

El horizonte de la política internacional se nubla. El único gobernante que adorna con serpentinas idealistas la bandera comercial de los aliados se apresura a recogerlas en la hora de las estipulaciones decisivas; los hombres libres que han puesto en Wilson una esperanza, grande o pequeña, aprenden que nada puede aguardarse de gobernantes esclavos de sus capitalismos respectivos.

Los intereses creados por la inmoralidad del viejo régimen se arman contra la revolución. El cable y la prensa son movilizados para mentir al mundo entero, inventando bellaquerías sobre los "bandidos" de Moscú, formando novelas sobre el "terror", repicando sobre la matanza, el robo y el incendio... Pero — felizmente. dicen —, los gobiernos de Estados Unidos, Inglaterra,

Francia, Japón, tienen tropas y millones en las fronteras de Rusia... Cuestión de semanas, de días... Así pasan todos los meses de 1919 y el mundo sorprendido ve fugar a yanquis, franceses y nipones, junto con los aventureros mercenarios que venden su espada al oro de los capitalistas extranjeros, los Denikin, los Koltchak, los Yudenitch. Todos derrotados. Todos fugitivos.

El año de 1920 marca una evolución en la estrategia capitalista. A pesar del bloqueo informativo, las izquierdas de todos los países comienzan a demostrar su simpatía por la Rusia revolucionaria; contra esa temible solidaridad se inventan nuevas formas de propaganda, con la ayuda de los socialistas amarillos más corrompidos. Como ya no puede llamarse bandidos a los vencedores, se les llama "tiranos" de un pueblo en ruinas; los defensores del capitalismo se disfrazan de apóstoles de la democracia y de la libertad... Y durante el año tercero del advenimiento bolchevique el mundo puede saber que los tiranos de un pueblo en ruinas consiguen humillar a los ejércitos que los prestamistas franceses arman en Ucrania, en Polonia, en Crimea, corriendo hoy a Petlura, expulsando mañana a Pilsudsky, hasta colocar un puntapié final en las posaderas de Wrangel.

Ésos son los hechos que nadie puede negar sin mentir. Para los hombres de negocios y de números se trata de "victorias militares", en que ha vencido la brutalidad a la brutalidad, la violencia a la violencia.

Pensamos de distinta manera. Lo que ha triunfado en Rusia son las fuerzas morales que han templado la

fe de sus dirigentes, capacitándolos para crear una organización tan sólida que ha resistido a la ofensiva convergente del capitalismo alarmado y del amarillismo traidor. Se trata de "victorias morales"; la mayor de todas no ha consistido en derrotar veinte ejércitos en sus fronteras, sino en modificar la opinión pública del mundo, incluso la de sus propios enemigos.

A principios de 1919 se afirmaba que los bolcheviques eran bandoleros despreciables, repugnantes asesinos, en un ciego furor contra todo lo que significaba cultura o civilización, mataban por ferocidad instintiva, robaban sin escrúpulos, prostituían a sus hijas, incendiaban monumentos artísticos. A fines de 1920 ninguna persona que tenga responsabilidad moral —los periodistas anónimos y los políticos profesionales carecen de ella— se atrevería a escribir tales patrañas con su firma, por temor al ridículo.

La opinión de todas las izquierdas —liberales sinceros, socialistas, laboristas, sin distinción de matices— ha acentuado sus simpatías por la Rusia revolucionaria, defraudando la activa propaganda de los gobiernos capitalistas confabulados en la Liga de las Naciones y del socialismo amarillo fracasado en la Segunda Internacional.

Ante esa realidad ya inocultable comienzan a resignarse algunos gobiernos precavidos; el de Inglaterra no se avergüenza en mantener con los bolcheviques relaciones casi diplomáticas que implican un reconocimiento del nuevo régimen emanado de la Revolución. Pronto, forzados por la necesidad, se resignarán otros gobiernos, sin excluir los más recalcitrantes.

Ésa es la grande, la sorprendente victoria: haber roto

seculares prejuicios y rutinas, contribuyendo a formar "una nueva conciencia" en la humanidad, Ese triunfo moral es indestructible; sobrevivirá a los contrastes y a las restauraciones que turben el advenimiento progresivo de un orden social más justo.

Ha comenzado ya, en todos los pueblos, una era de renovación integral, cuyas generosas proyecciones políticas, éticas y económicas, sólo nos es dado entrever.

Tan magna obra necesita el pensamiento y la acción de las nuevas generaciones, de la juventud entusiasta y optimista; ella puede labrar el Porvenir, porque no tiene complicidades con el Pasado; en sus manos están los ideales de justicia y las esperanzas de solidaridad, en esta hora inicial de los tiempos nuevos.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
ADVERTENCIA DEL AUTOR	7
EL SUICIDIO DE LOS BÁRBAROS	11

IDEALES VIEJOS E IDEALES NUEVOS

La engañadora poesía del pasado	15
Los ideales de la sociedad feudal	18
La verdad revolucionaria	20
Los ideales de la sociedad moderna	22
Conflicto de ideales en el siglo XIX	25
Aspectos del conflicto	27
La guerra europea	30
Nuevas fuerzas morales	33
Renovación de ideales y de valores	35
Las nuevas aspiraciones	37
Para nuestros hijos	39

SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA DEL MOVIMIENTO MAXIMALISTA

Lo que nadie ignoraba	41
La tesis olvidada	43
La significación moral de la guerra	46
La Revolución Rusa	49
Wilsonismo y Maximalismo	52
La Revolución Alemana	55
Las aspiraciones maximalistas	57
Su reflejo en América	60
¿Cómo vendrá?	62

LA INTERNACIONAL DEL PENSAMIENTO

Los ideales del Grupo ¡Claridad! 65
Un nuevo estado de espíritus 68
Unidad de orientación 70
Convergencias renovadoras 72
La Internacional del Pensamiento 74

LA DEMOCRACIA FUNCIONAL EN RUSIA

Una nueva filosofía política 79
La Revolución Francesa y la soberanía popular 85
La representación parlamentaria falsea la soberanía 89
Partidos políticos y funciones sociales 94
Hacia la representación funcional 99
Del federalismo político al federalismo funcional 103
La representación funcional en Rusia 109
Presente y porvenir 116

LA EDUCACIÓN INTEGRAL EN RUSIA

La función social de la educación pública 121
El comisario Lunatcharsky y la organización educacional 125
Los principios básicos de la reforma escolar 133
La educación de los adultos 141
Algunos resultados 152
De Eliseo Reclús a Romain Rolland 160
Nota 167

ENSEÑANZAS ECONÓMICAS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

La doctrina y los métodos 173
Las influencias de la guerra 177
El ambiente desfavorable a la Revolución 181
Los cimientos económicos de la nueva Rusia 184
Los hechos capitales 199
La socialización industrial 201
La socialización agraria 204
Condiciones de la expropiación 207
¿Colectivismo o Comunismo? 210
El proceso revolucionario internacional 213

LAS FUERZAS MORALES DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Inmoralidad del régimen capitalista 219
La nueva conciencia de la humanidad 225
Conflicto entre dos conciencias morales 232
El triunfo de las fuerzas morales 237



La edición de 5,000 ejemplares se
terminó de imprimir el día 30
de Junio de 1955.
Editora Latino Americana, S. A.
México, D. F.

JOSÉ INGENIEROS

LOS TIEMPOS NUEVOS